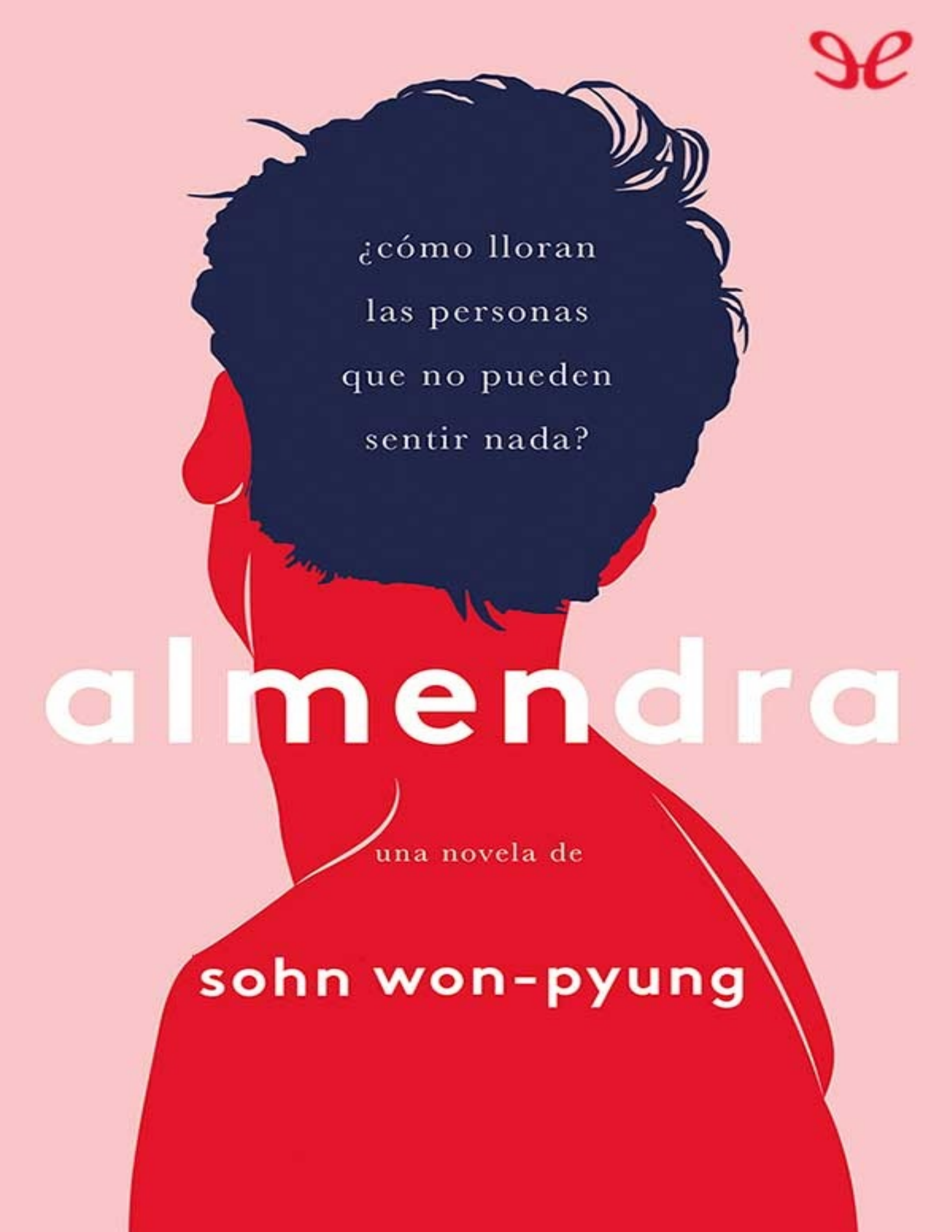

¿cómo lloran
las personas
que no pueden
sentir nada?
almendra
una novela de
sohn won-pyung

Almendra es una historia sobre crecer, descubrirse a uno mismo y aceptar que la ayuda no siempre viene por donde la esperamos.

Yunjae tiene dieciséis años, está en la edad de las emociones desbordadas, el amor y la rabia. Pero las amígdalas de su cerebro son pequeñas, más pequeñas que una almendra y, como consecuencia, Yunjae es incapaz de sentir nada.

Educado por su madre y su abuela, aprende a identificar las emociones de los demás y a fingir estados de ánimo para no destacar en un mundo que pronto lo tachará de extraño. «Si tu interlocutor llora, tú entrecierra los ojos, baja la cabeza y dale una suave palmada en la espalda», le dice su madre. Así construye una aparente normalidad que se hace trizas el día en que un psicópata ataca a ambas mujeres en la calle. Desde entonces, Yunjae debe aprender a vivir solo, sin deseo de derramar una lágrima, sin tristeza ni miedo ni felicidad.

A Yunjae le tienden la mano personas improbables: un antiguo amigo de su madre, una chica capaz de romper certezas e incluso un abusón con más afinidad de la esperada. Los tres quebrarán la soledad del protagonista de *Almendra*.

Una novela breve y lacerante en la que solo la empatía puede llevar a la esperanza.

Sohn Won-pyung

Almendra

ePub r1.1
Titivillus 23-04-2022

Título original:
Sohn Won-pyung, 2017
Traducción: Sumne Yoon
Edición de Andrés Felipe Solano
Corrección de estilo: Rosa Iglesias Madrigal
Este libro está publicado con el apoyo del Instituto de Traducción Literaria de Corea (LTI Korea)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Primera Parte

1

Ese día hubo un herido y seis muertos. Primero mamá y la abuela. Luego un estudiante universitario que quiso disuadir al hombre. A continuación, dos señores cincuentones que iban al frente de un grupo del Ejército de Salvación y un policía. Y, por último, el propio hombre. Se eligió a sí mismo como el destinatario final de sus cuchillazos indiscriminados. Se clavó el arma bien hondo en el pecho y, al igual que las otras víctimas, murió antes de que llegaran las ambulancias.

Como siempre, yo me quedé viendo todo lo que sucedía con cara inexpresiva.

2

El primer suceso ocurrió cuando yo tenía seis años. Los síntomas aparecieron mucho antes, pero fue entonces cuando la cosa salió a la luz. De todos modos, fue bastante más tarde de lo que había previsto mamá. Fue una negligencia de su parte, porque ese día no vino a buscarme al jardín de infancia. Según me contó después, estaba con mi papá, al que hacía años que no veía. Acariciando las paredes desvaídas del osario donde descansaban sus restos, le dijo que iba a olvidarlo. No había conocido a otro hombre, pero quiso decírselo de todos modos. Mientras ella le ponía de esta manera el punto final a su historia de amor, se olvidó por completo de mí, que era el fruto imprevisto de esa relación de juventud.

Después de que se marcharan los demás niños, salí tranquilamente del jardín. Todo lo que sabía a los seis años acerca de dónde estaba mi casa era que quedaba en algún lugar al otro lado del puente. Al llegar allí, saqué la cabeza por la barandilla. Abajo, los coches corrían veloces deslizándose sobre el asfalto. De pronto me acordé de haberlo visto hacer en algún lado y junté toda la saliva que pude para darle a alguno de los coches que pasaban, pero la baba desapareció en el aire antes de llegar al suelo. Repetí la operación varias veces, absorto en lo que ocurría, hasta que me sobrevino un mareo y me sentí como flotando.

—¿Qué haces, niño? ¡No hagas porquerías!

Levanté la vista y vi a una señora que me miraba mal. Sin embargo, siguió su camino como los coches deslizándose sobre el asfalto y volví a quedarme solo.

Para bajar del puente había escaleras en los cuatro costados, pero yo no sabía qué dirección tomar. De todos modos, el paisaje que se veía era igualmente gris y frío hacia ambos lados. Pasaron unas palomas sobre mi cabeza batiendo sus alas, así que decidí seguirlas.

Cuando me di cuenta de que me había equivocado de camino, ya había ido demasiado lejos. En ese entonces, nos enseñaban en el jardín la canción *Hacia delante* y pensé, como decía la letra, que el mundo era redondo y que en algún momento llegaría a casa si iba siempre hacia delante, de modo que seguí moviendo sin descanso mis pequeños y torpes pies.

Un buen rato después, la avenida se convirtió en una calle estrecha y enfilada por casas viejas. No se veía a nadie. Sobre las paredes derruidas había pintados números desconocidos y leyendas en rojo que decían «Vivienda vacía».

De repente oí un grito quedo. ¿Había sido un «ah» o un «oh»? ¿Quizá un «aaah»? Como sea, había sido breve y bajo. Fui en dirección de donde procedía. El sonido se fue acercando, a veces como un «uuuh», otras como un «iiih». Sonaba tras la esquina y hacia allí fui sin vacilar.

Había un chico tirado en el suelo. No podía estimar su edad, pero era de contextura pequeña. Sobre su cuerpo se cernían y se retiraban sin descanso unas sombras negras. Le estaban pegando. Los gritos cortos no provenían del chico, sino de las sombras que lo rodeaban. Sonaban a algún arte marcial. Estaban dándole patadas y arrojándole escupitajos. Después me enteré de que eran chicos de secundaria, pero en ese momento me parecieron adultos.

Al parecer, hacía rato que lo golpeaban, porque el chico tirado no se resistía ni se quejaba, sino que se zarandeaba hacia un lado y otro como un muñeco de trapo. Una de las sombras le dio un puntapié en el costado a modo de remate y a continuación desaparecieron todos. El chico estaba bañado en sangre como si le hubieran echado encima un tarro de pintura roja. Me acerqué. Tendría unos once o doce años, es decir, el doble de mi edad, pero no me pareció mayor, sino un niño como yo. Como un cachorro recién nacido, su pecho subía y bajaba con rapidez al ritmo de su respiración breve y frenética. Era evidente que corría peligro.

Volví sobre mis pasos. El callejón seguía desierto y lo único que veía eran las confusas leyendas rojas sobre las paredes grises. Después de deambular un buen rato, encontré una pequeña tienda de dulces y comestibles. Tras abrir la puerta corrediza, me dirigí al dueño:

—Señor…

En la televisión estaban poniendo *Diversión en familia*. El dueño se reía entre dientes mirando el programa y no parecía haberme oído. Los participantes jugaban a tratar de entender con los oídos tapados la frase que le decía la persona de delante para repetírsela a la de atrás. La frase que había que transmitir era «Muerto de miedo». No sé cómo me acuerdo todavía de aquello, ya que en ese entonces no tenía ni idea de lo que significaba. Como sea, una mujer joven había pronunciado con voz fuerte y clara una frase totalmente diferente y eso provocó la hilaridad del público presente en el estudio y del dueño de la tienda. Al final

se acabó el tiempo y el equipo de la mujer perdió el juego. El dueño se pasó la lengua por los labios como lamentando que hubiera terminado.

—Señor… —repetí.

—¿Sí? —dijo dándose la vuelta por fin.

—Hay alguien tirado en la calle.

—¿En serio? —respondió sin hacer mucho caso y acomodándose mejor.

En la televisión, los equipos se aprestaban a enfrentarse en una revancha que daba muchos puntos y podía revertir el resultado de la competencia.

—Se puede morir —le dije, toqueteando los caramelos que se exhibían en orden bajo la vitrina del mostrador.

—¿Sí?

—Sí, de verdad.

Justo en ese momento, giró de nuevo la cabeza hacia mí:

—Dices cosas terribles como si nada. ¿No te han enseñado que no se debe mentir?

Me quedé callado un momento buscando palabras que sonaran más convincentes, pero mi vocabulario no era lo que se puede decir muy amplio a los seis años. Como no se me ocurría otra cosa que sonara más real que lo que acababa de decirle, volví a decir:

—Se puede morir.

3

Pensé todo el tiempo en el chico tendido en el suelo frío. Pensé en él mientras el dueño de la tienda ponía la denuncia por teléfono a la policía y se quedaba viendo el programa hasta el final, también cuando me dijo que me fuera si iba a quedarme toqueteando los caramelos sin comprar nada y también mientras la policía se dirigía al lugar después de mil vueltas. Sin embargo, hacía ya rato que el chico estaba muerto cuando llegaron.

El problema fue que resultó ser el hijo del dueño de la tienda.

Me quedé sentado en un banco de la comisaría balanceando las piernas, que aún no me llegaban al suelo. Las movía de manera alterna y eso levantaba un vientecillo frío. Ya había entrado la noche y me moría de sueño. Justo cuando iba a dormirme, apareció mi mamá por la puerta de la comisaría. Al verme, se puso a gimotear y a acariciarme la cabeza sin parar hasta que me dolió. Pero, antes de que se apaciguara su alborozo por haberme encontrado, volvió a abrirse la puerta y entró el dueño de la tienda. Llegó con la cara bañada en lágrimas y lanzando aullidos desgarradores mientras lo sostenían varios policías. Tenía una expresión completamente diferente a cuando estaba en la tienda viendo la televisión. Se dejó caer en cuclillas temblando y empezó a golpear el suelo con los puños. De pronto, se levantó de un salto y comenzó a gritar y a señalarme con el dedo. No podía entender todo lo que me decía, pero logré captar lo siguiente: «Si lo hubieras dicho de un modo más serio, no habría sido tan tarde». A su lado, un policía lo calmó diciéndole: «¿No ve que no es más que un niño?», y lo sostuvo cuando se dejó caer de nuevo al suelo.

No comprendía por qué me reprendía aquel señor. Yo era serio todo el tiempo. De hecho, jamás me reía ni me excitaba, de modo que no había ninguna razón para que me dijera aquello. Sin embargo, como era demasiado pequeño para expresarlo en palabras, me quedé callado. Fue mi mamá la que habló en mi lugar. En un abrir y cerrar de ojos, la comisaría se convirtió en un caos por los gritos del hombre que había perdido a su hijo y los gritos de la mujer que había encontrado al suyo.

Esa noche jugué con los bloques de construcción, como siempre. Hice una jirafa que se convertía en un elefante cuando le doblaba el cuello hacia abajo. A mi lado, mamá no dejaba de escrutarme.

—¿No tuviste miedo? —me preguntó.

—No —le respondí.

No sé cómo, pero muy pronto corrió el rumor de lo que pasó aquel día. Sobre todo, el hecho de que no se me movió un músculo de la cara a pesar de que vi a una persona morir a golpes. A partir de entonces, comenzaron a ocurrir las cosas que tanto preocupaban a mamá.

Todo se agravó cuando entré en la escuela primaria. Un día, una niña que caminaba delante de mí cuando salíamos de la escuela tropezó con una piedra y se cayó de bruces. Como me impedía el paso, me quedé esperando a que se levantara con la vista fija en el pasador de Mickey Mouse que sujetaba su pelo a la altura de la nuca. Sin embargo, la niña se quedó tirada en el suelo sin parar de llorar. De pronto apareció su madre y la ayudó a ponerse en pie.

—¿No sabes preguntarle a una compañera que se ha caído si no se ha hecho daño? Eres peor de lo que me han contado —dijo la madre mirándome enfadada.

No se me ocurrió qué contestarle, así que me quedé con la boca cerrada. Los chicos se arremolinaron alrededor de nosotros al percatarse de que había pasado algo y sus cuchicheos llegaron hasta mis oídos. No podría asegurarlo, pero creo que repetían lo que me acababa de decir la madre de la niña. La que me salvó de aquella situación fue mi abuela. Apareció de la nada, como Wonder Woman, y me alzó en sus brazos.

—No hable sin saber. Su niña tropezó por accidente, ¿por qué le echa la culpa a mi nieto?

Después de arremeter ásperamente contra ella, no se olvidó de darles su merecido también a los chicos:

—¿Qué estáis mirando? ¿Os parece divertido? ¡Fuera de aquí, mocosos!

Cuando nos alejamos del gentío, alcé la vista para mirar a mi abuela. Tenía los labios fuertemente apretados.

—Abuela, ¿por qué dicen todos que soy raro?

Borrando la mueca de su boca, me respondió:

—Será porque eres especial. La gente no soporta a los que son diferentes. ¡Ay, mi hermoso monstruito!

Al decirme esto, me abrazó con tanta fuerza que me hizo daño en las costillas. Ya me habían llamado «monstruo» alguna vez, pero ella era la única que me lo decía sin darle un sentido negativo.

4

Para ser sincero, me llevó bastante tiempo comprender el mote cariñoso que me puso la abuela. Los monstruos que había visto en los libros de cuentos no eran precisamente hermosos. De hecho, eran monstruos porque estaban muy lejos de ser bonitos; ¿por qué me llamaba entonces «mi hermoso monstruito»? Incluso después de que aprendí que había algo que se llamaba «paradoja» para expresar ideas con conceptos contradictorios, el mote me confundía porque no estaba muy seguro de si mi abuela ponía el acento en lo de «hermoso» o en lo de «monstruo». En fin, ella decía que me llamaba de esa manera porque me quería, así que decidí creerla.

Lo primero que hizo mamá cuando la abuela le contó el incidente de la chica del pasador de Mickey Mouse fue echarse a llorar.

—Sabía que iba a pasar algo así… No me imaginé que sería tan pronto…

—¡No quiero oírte! ¡Si vas a llorar, hazlo en tu habitación!

Mamá interrumpió sus sollozos asustada por el enfado de la abuela, pero luego la miró de reojo con furia y se puso a llorar todavía más fuerte. La abuela chasqueó la lengua, sacudió la cabeza de lado a lado, lanzó un largo suspiro y fijó la mirada en un rincón del techo. Era una escena que solía producirse con mucha frecuencia entre las dos.

En efecto, las preocupaciones de mi madre databan de hacía mucho tiempo, pues yo me había mostrado diferente de los otros niños al poco tiempo de nacer.

El problema era que yo no sonreía.

Al principio, mamá pensó que mi desarrollo era un poco lento, pero los libros sobre recién nacidos decían que los bebés eran capaces de sonreír al tercer día. Al hacer cálculos, vio que yo tenía casi cien días de vida.

Como un príncipe que hubiera sido maldecido para no sonreír jamás, yo no movía un músculo de la cara. Mi mamá recurrió a todos los medios que se le pasaron por la cabeza para hacerme reír, como una princesa extranjera dispuesta a hacer lo que fuera para despertar el corazón del príncipe encantado. Batió palmas, compró sonajeros de todos los colores y me los sacudió en la cara, y hasta se puso a bailar como un payaso al compás de las canciones infantiles. Cuando se cansaba de estos afanes, salía al balcón y se fumaba un cigarrillo.

Tuve la ocasión de ver un vídeo que grabó en esa época. Mientras ella sudaba la gota gorda tratando de hacerme reír, yo permanecía inmóvil y contemplándola con una mirada demasiado profunda y serena para ser la de un bebé.

En resumen, no hubo manera de hacerme reír. El pediatra del barrio al que consultó no le sirvió de gran ayuda. Salvo que no reía, mi estatura, peso y comportamiento entraban dentro de los parámetros normales de los bebés de mi edad. Después de la revisión, el médico le restó importancia al asunto y le dijo que se fuera tranquila, que yo estaba creciendo sano y fuerte. Al oír eso, mi mamá se esforzó por tomarse las cosas con calma, diciéndose que lo único que ocurría era que yo era un poco más serio que los demás niños. Sin embargo, cuando cumplí el primer año sucedió algo realmente inquietante.

Un día, mamá puso una tetera roja con agua caliente sobre la mesa. Mientras me daba la espalda y preparaba el biberón, estiré la mano para tocarla. La tetera se cayó al suelo y el agua caliente salpicó por todas partes. Todavía conservo una cicatriz borrosa como recuerdo de aquella quemadura. Me puse a llorar desconsoladamente y mamá pensó que en adelante le tendría miedo al agua hirviendo y también a la tetera roja. Al menos, ese era el comportamiento habitual en los demás niños. Sin embargo, no fue así. Aunque humeara caliente, si veía la tetera delante de mí, seguía extendiendo la mano como si no hubiera pasado nada.

Pero eso no era todo. No me asustaba del anciano tuerto que vivía en el piso de abajo ni del enorme perro negro que tenía atado en el cantero de flores del edificio. Me quedaba mirando tranquilamente la pupila blanquecina del viejo y, si mamá se descuidaba, me acercaba con la mano tendida al perro que me gruñía mostrándome los dientes. Todo eso a pesar de que había visto cómo el animal mordía a un niño vecino y lo dejaba sangrando. Naturalmente, mamá tenía que estar siempre pendiente para venir corriendo y salvarme de los peligros.

Al repetirse este tipo de situaciones, mamá se preguntó si yo no tendría un retraso mental, aunque no había nada en mi fisonomía ni en mi comportamiento que lo evidenciara. Como no sabía a qué atenerse conmigo, hizo lo que hacen todas las madres: se aferró a la conclusión más optimista.

«Es mucho más tranquilo y valiente que otros niños de su edad».

Así me describió entonces en su diario.

Al final, el que no sonriera a pesar de tener más de cuatro años extremó su

inquietud, por lo que me llevó a una clínica universitaria. Los primeros recuerdos propios que conservo en mi memoria son los de aquel día. Algunas escenas son borrosas, como si las viera a través del agua, pero otras son increíblemente nítidas.

Un hombre con bata blanca está sentado delante de mí. Sonríe con todos los dientes, me va mostrando toda clase de juguetes e incluso agita algunos. Luego me golpea las rodillas con un pequeño martillo. Sin querer, mi pantorrilla sube como un columpio. Me mete los dedos debajo de las axilas y me río un poco porque me hace cosquillas. Ahora me muestra unas fotos y me hace preguntas. Me acuerdo muy bien de una de ellas.

—El niño de la foto está llorando porque ha desaparecido su mamá. ¿Cómo crees que se siente?

No sé la respuesta y miro a mamá, que está a mi lado. Ella me sonríe y me acaricia la cabeza, pero veo que se muerde el labio inferior.

Un tiempo después, mamá dice que haremos un viaje espacial, pero me lleva a la clínica. Le pregunto por qué hemos venido de nuevo si no me duele nada, pero se queda callada. Me acuestan en una superficie fría y entro lentamente en un túnel blanco. Suena un pitido y el viaje espacial termina del modo más decepcionante.

En la siguiente escena hay varios hombres con batas blancas. El de más edad le muestra a mamá una imagen borrosa en blanco y negro y dice que es una foto de mi cabeza. Es evidente que es una mentira porque no se parece en nada, pero mamá parece creérselo porque no hace más que asentir todo el tiempo. Cada vez que el hombre de más edad dice algo, los otros, que son mucho más jóvenes, toman notas. Me aburro y empiezo a balancear las piernas hasta que golpeo el escritorio del doctor con la punta de los pies. Mamá me dice que no haga eso y me pone la mano en el hombro. Veo que le corren las lágrimas por las mejillas.

Después solo recuerdo que no para de llorar. Llora, llora y sigue llorando. No para ni siquiera cuando salimos del consultorio. En la pantalla de la televisión de la sala de espera están pasando dibujos animados, pero no me puedo concentrar por su llanto. El guerrero espacial vence a los malvados, pero ella sigue llorando. Al final, un anciano que dormita en la primera fila se enfada y la regaña: «¡Compóngase, por favor! ¿No se da cuenta del escándalo que está armando?».

Entonces mamá aprieta con fuerza los labios y llora en silencio sacudiendo los hombros, como una colegiala castigada.

5

Mamá me daba de comer muchas almendras. Empecé por las de Estados Unidos y luego probé las de Australia, China y por último las de Rusia. En fin, todas las que se importan al país. Las chinas tienen un dejo amargo desagradable y las australianas huelen ligeramente ácidas, como a tierra. También están las nacionales, pero, para mi gusto, no hay ninguna como las de Estados Unidos y, en particular, las de California.

Tengo mi propia manera de comer las almendras de color canela que guardan dentro el sol californiano. Cojo el paquete y las toco desde fuera para sentir su obstinada dureza bajo el envoltorio. Corto con cuidado la parte superior, abro el cierre hermético con los ojos cerrados e introduzco la nariz. Hago una inspiración breve y suave para que el aroma se propague con lentitud dentro de mí. Cuando me he llenado del olor, cojo un puñado de almendras y me las meto en la boca. Las muevo de un lado a otro con la lengua para disfrutar de su textura. Siento sus extremos puntiagudos y acaricio sus arrugas. Sin embargo, no conviene alargar mucho este momento, pues la saliva las ablanda y les resta sabor. Es solo un proceso previo para llegar al clímax. Si es muy corto, no tiene gracia; y si es muy largo, se esfuma el impacto. Cada uno tiene que regular el tiempo como mejor le vaya. Para alcanzar el clímax, hay que imaginar que las almendras crecen. Pequeñas al principio, se vuelven como uvas, luego como kiwis, luego como naranjas y finalmente como melones grandes como pelotas de *rugby*. Es el momento de disfrutarlas con los dientes. Es el instante en que, con un alegre sonido crocante, los rayos de sol de la lejana California se expanden por la boca.

No llevo a cabo este ritual porque me gusten las almendras. No podía evitarlas, ya que mamá me las ponía en las tres comidas del día, así que tuve que buscar una forma agradable de comerlas. Me las daba con la creencia de que, comiendo muchas almendras, crecerían las que tengo en mi cabeza. Era la única esperanza a la que podía aferrarse.

Todos tenemos en la cabeza dos almendras. Están metidas en algún rincón del cerebro más o menos a la altura de las orejas. Tanto por la forma como por el tamaño, son iguales a estos frutos secos, por eso se las llama «amígdala», que significa «almendra» en griego. El nombre exacto es «cuerpos amigdalinos» o «amígdalas cerebrales».

Cuando estas amígdalas reciben un estímulo exterior, se enciende una lamparita roja. Dependiendo del tipo de estímulo, se despiertan sentimientos como el miedo, el enfado, el agrado o el asco. Sin embargo, las almendras de mi cerebro parecen tener un desperfecto, ya que no se enciende del todo esa lamparita roja. Por esta razón, nunca sé por qué los demás se ríen o lloran y apenas puedo percibir de manera vaga lo que es la tristeza, el amor o el miedo.

Para mí, palabras como «sentimiento» o «empatía» no son más que un conjunto de letras con un sentido muy impreciso.

6

El diagnóstico de los médicos fue alexitimia, que es la incapacidad para expresar los sentimientos. No podía ser síndrome de Asperger por lo claros que eran los síntomas y por mi escasa edad. Además, no presentaba otros problemas de desarrollo, así que descartaron cualquier trastorno autista. En realidad, lo que tengo no es tanto incapacidad para expresar sentimientos como dificultad para sentirlos. No tengo problemas para armar frases o comprenderlas, como les ocurre a las personas que tienen dañadas las áreas de Broca y Wernicke, implicadas en la producción del lenguaje. No experimento del todo los sentimientos, ni tampoco puedo leerlos correctamente en los demás y confundo unos con otros. Los médicos concluyeron que había nacido con las almendras de mi cerebro demasiado pequeñas y que, además, no había una comunicación fluida entre el sistema límbico y el lóbulo frontal.

Uno de los síntomas de mi condición es que no sé lo que es el miedo. Si alguno piensa que deber ser muy bueno que me muestre siempre valiente, no tiene ni la más mínima idea del problema. El miedo es un método de defensa instintivo que cuida la integridad física. No saber lo que es el miedo no significa ser valiente, sino ser un idiota que se queda inmóvil cuando se le viene encima un automóvil. Lo cierto es que yo no había tenido mucha suerte. No es frecuente que, además de tener el miedo aletargado, también se nazca con la incapacidad de sentir y percibir los sentimientos, como era mi caso. De todos modos, los médicos dijeron que tenía que agradecer que, teniendo unos cuerpos amigdalinos tan pequeños, no presentara síntomas de retraso intelectual.

También le explicaron a mi madre que, como todos los cerebros eran distintos, había que observar cómo evolucionaba el mío. Incluso le hicieron una oferta muy atractiva diciéndole que yo podría contribuir a desvelar los misterios todavía no resueltos del cerebro humano. Si daba su autorización, yo podría participar en un proyecto de investigación a largo plazo, durante el cual los investigadores de la clínica universitaria me someterían a diversas pruebas médicas a lo largo de mi crecimiento y luego publicarían los resultados en revistas especializadas. Por supuesto, no tendría que pagar nada por los gastos de las pruebas e incluso podría ocurrir que, si los resultados lo ameritaban, le

pusieran Seon Yunjae, mi nombre, a una zona del cerebro, tal y como había ocurrido con las áreas de Broca y Wernicke. Sin embargo, harta de los médicos, mamá rechazó de plano la propuesta.

El asunto era que mamá sabía muy bien que Broca y Wernicke no eran los nombres de los pacientes sometidos a las pruebas sino de los investigadores que las llevaron a cabo. Lo tenía claro porque había ido a una biblioteca pública cerca de casa y se había leído varios libros sobre el funcionamiento del cerebro. Otra cosa que le molestaba era que los médicos no me vieran como un ser humano, sino como una masa de carne interesante y curiosa. Muy pronto se dio cuenta de que no podrían curarme. Todo lo que harían sería someterme a pruebas extrañas y hacerme tomar medicamentos no aprobados para observar mis reacciones y finalmente lucirse exponiendo los resultados en un congreso de medicina. Al llegar a esta conclusión, dijo aquello tan manido y discutible que sueltan todas las madres cuando se enfadan:

—Yo conozco a mi hijo mejor que nadie.

El día que pisó por última vez la clínica, lanzó un escupitajo al jardín que adornaba el frente del edificio y exclamó:

—¡Ni siquiera saben lo que tienen en su propia mollera!

A veces mamá era dada a las bravuconadas sin fundamento.

7

Mamá se arrepentía de todo el estrés que había sufrido durante el embarazo, del par de pitillos que se había fumado a escondidas y de los sorbos que le dio a una cerveza en el último mes sin poder aguantarse las ganas. En realidad, estaba claro cuál era la causa del problema de mi sesera: había tenido mala suerte. Al fin y al cabo, la suerte es la culpable de muchas cosas tremendas que ocurren en el mundo.

Dada la situación, mamá esperaba en su fuero interno que yo tuviera la memoria de un ordenador o una aptitud artística tan extraordinaria que fuera capaz de pintar cuadros increíbles, como había visto en las películas. Entonces aparecería en los programas de televisión y mis cuadros hechos con pintura arrojada al tuntún sobre una tela se venderían por cientos de miles de dólares. Sin embargo, yo no era un genio ni había sido bendecido con ningún talento especial.

Después de lo ocurrido con la niña del pasador de Mickey Mouse, mamá emprendió la tarea de «educarme», pues, más allá de que era una lamentable desgracia, mi falta de sentimientos implicaba muchos peligros.

No funcionaba que alguien me regañara poniendo una expresión severa. Por ejemplo, para mí era difícil de entender que el levantar la voz, gritar o fruncir el entrecejo tuvieran un significado determinado. En otras palabras, no percibía que detrás de toda manifestación había un sentido oculto y solo entendía el mundo de manera literal.

Lo que hizo mamá fue escribir frases en papelitos de colores y pegarlas en una cartulina del tamaño de un pliego. Las frases que adornaban el cartel que colgó en una pared eran de este tenor:

> Se acerca un automóvil → quítate de en medio o sal corriendo
> Se acerca una persona → hazte a un lado para no chocarte
> El otro sonríe → sonríe del mismo modo

Debajo de todo había puesto:

> La solución más cómoda es poner siempre la expresión más parecida a la de la otra persona.

Sin embargo, era una oración demasiado complicada para mí, que acababa de cumplir siete años.

Las situaciones que ejemplificaban las frases del cartel eran interminables. Mientras los chicos de mi edad memorizaban la tabla de multiplicar, yo me aprendía aquellos ejemplos como si fueran los años de reinado de los monarcas de la dinastía Joseon y los hacía coincidir con la recomendación pertinente. Por supuesto, mamá me preguntaba la lección periódicamente para comprobar que me los había aprendido. Las reglas sociales que el resto de las personas adquirían de manera «instintiva» y sin ninguna dificultad, yo tenía que estudiármelas de memoria una por una. La abuela sacudía la cabeza dudando de que este tipo de educación memorística fuera a dar resultados, pero de todas maneras recortaba las flechas para el cartel.

8

Pasaron varios años y mi cabeza se hizo más grande, pero las almendras de mi cerebro no crecieron. Al complicarse mis relaciones con las personas y aparecer variables que las fórmulas que me enseñaba mamá no podían resolver, no pude evitar convertirme en un chico «de cuidado». Mis compañeros me fichaban como un chico raro ya desde el primer día de clase y me llevaban al fondo del campo de deportes, donde me convertía en un mono de feria delante de todos. Siempre me estaban haciendo preguntas raras y, como yo no sabía mentir, las respondía al pie de la letra, sin tener la menor idea de por qué se revolcaban de la risa. En consecuencia, aunque no fuera mi intención, todos los días hacía desesperar a mamá. Pero ella no se rindió.

—No debes llamar la atención. Con eso ya es más que suficiente.

Lo que quería decirme era que no dejara que los demás se dieran cuenta de que yo era diferente. Si me descubrían, llamaría la atención y en ese caso me convertiría en el blanco de sus burlas. No alcanzaba con seguir una instrucción simple y directa del tipo «Si viene un automóvil, quítate de en medio». Tenía que volverme todo un actor si quería esconderme. Mamá era incansable y, desplegando toda la imaginación de la que era capaz, no paraba de inventar diálogos supuestos como un dramaturgo. Ahora tenía que aprender de memoria no solo el «verdadero sentido» de las cosas que me decían, sino también la «intención adecuada» que debía darle a todo lo que yo decía.

Por ejemplo, si un compañero me mostraba un útil escolar o un juguete nuevo y me daba explicaciones sobre él, lo que en realidad estaba haciendo no era «explicar» sino «alardear». Según mamá, la respuesta modélica a esa situación era: «¡Qué suerte tienes!», que en realidad significaba «Te envidio».

Si alguien me decía algo positivo —por supuesto, debía memorizar las cosas que entraban dentro de esta categoría—, del tipo «¡Qué guapo eres!» o «¡Lo has hecho muy bien!», debía responderle «Gracias» o «No es para tanto». Mamá me explicaba que «Gracias» era la respuesta más común y corriente, pero que «No es para tanto» denotaba mayor confianza en mí, por lo que podía hacerme quedar mucho mejor.

Por supuesto, sin hacer caso de sus enseñanzas, yo siempre elegía la respuesta más simple.

9

Como mamá tenía una letra ilegible, buscó en internet los ideogramas chinos que significaban «alegría», «enfado», «tristeza», «placer», «amor», «odio» y «vergüenza» y los imprimió en folios. Mi abuela chasqueó la lengua y la reprendió diciendo que había que ponerle más dedicación a lo que hacía. A continuación, a pesar de no haber estudiado nunca caligrafía china, se puso a copiar bien grandes los ideogramas como si fueran dibujos y mamá los pegó por toda la casa a modo de cuadros o talismanes de la suerte.

Cuando iba a ponerme las zapatillas, el ideograma chino de «alegría» me sonreía desde el mueble zapatero. Cada vez que abría el frigorífico, veía sobre la puerta el ideograma de «amor». Y antes de dormirme, el ideograma de «placer» me contemplaba desde la cabecera de la cama. Mamá los había colocado sin tomar demasiado en cuenta el sitio, pero siguiendo sus ideas supersticiosas había pegado dentro del baño los ideogramas que correspondían a las cosas malas. Allí estaban «enfado», «tristeza» y «odio». Con el tiempo, los papeles se arrugaban y los caracteres se hacían borrosos por la humedad, pero mi abuela se encargaba de renovarlos periódicamente copiándolos de nuevo. Al final se los aprendió de memoria y llegó a escribirlos con un estilo bastante elegante.

Mamá inventó un juego que se llamaba «Alegría, enfado, tristeza, placer, amor, odio y vergüenza». Ella me describía una situación y yo debía decirle cuál era la emoción más adecuada. Si alguien me convidaba con algo rico, debía sentir alegría y agradecimiento; si alguien me hacía daño, enfado; y así sucesivamente.

Una vez le pregunté qué debía sentir si alguien me daba de comer algo malo. Debí de pillarla por sorpresa, pues se tomó su tiempo para responder. Después de pensárselo durante un buen rato, dijo que la reacción básica era la de enfado. De hecho, la había visto quejarse más de una vez en un restaurante porque la comida no era buena. Sin embargo, también me dijo que, dependiendo de la persona que me lo daba, podía reaccionar con alegría y agradecimiento, más allá del mal sabor de la comida. En este punto recordé que la abuela la reprendía cuando se quejaba en los restaurantes diciéndole que siempre debía agradecer cualquier alimento.

Cuando pasó el tiempo y cumplí los diez años, se hizo mucho más frecuente que mamá no respondiera de inmediato o se quedara titubeando cuando yo le preguntaba algo. Al final, para evitar que siguiera haciéndole más preguntas, concluía diciendo que las siete emociones que habíamos trabajado eran las más importantes y que me las aprendiera bien de memoria.

—Tienes que dominar lo básico, lo complicado es secundario. Quizá piensen que eres demasiado seco, pero con lo básico ya entras dentro de la normalidad.

En realidad, a mí no me importaba mucho lo que dijeran de mí. Del mismo modo que no podía comprender las diferencias sutiles que había entre las palabras, no me hacía ninguna mella parecer normal o anormal.

10

Gracias al tenaz esfuerzo de mamá y al duro entrenamiento al que me sometía todos los días por costumbre y obligación, aprendí la manera de llevar sin grandes problemas mi vida escolar. Al pasar a cuarto de primaria, incluso pude mezclarme con los demás, así que se puede decir que se cumplió su deseo de que no llamara la atención. La mayoría de las veces era suficiente con que me quedara callado. Si no decía nada cuando estaba enfadado, significaba que era paciente; si no reía cuando los otros lo hacían, era serio y prudente, y si no lloraba cuando debía hacerlo, era fuerte. Sin duda alguna, el silencio valía oro. En compensación, tenía que pronunciar todo el tiempo «gracias» y «perdón», pues eran las dos palabras mágicas que me permitían resolver muchas situaciones incómodas. Hasta aquí era fácil, se parecía a entregarle el cambio a alguien que me daba un billete de mil wones.

Lo realmente difícil era extender yo mismo ese billete de mil wones, es decir, cuando era yo quien expresaba lo que deseaba, lo que quería hacer o lo que me gustaba. Era complicado porque requería de una energía adicional, un cálculo extra. Yo tenía que pagar, pero no quería comprar nada ni sabía cuánto tenía que dar. Era tan agotador como crear olas en la superficie de un lago tranquilo.

Digamos que al ver a un chico con un Choco Pie en la mano tenía que decir «Yo también quiero uno» con una sonrisa, a pesar de que no me apetecía en absoluto; o que tenía que quejarme con un «¿Qué te pasa?» cuando alguien pasaba dándome un empujón o no cumplía una promesa que me había hecho y, además, debía hacerlo cerrando los puños y con los ojos llorosos. Este tipo de cosas eran las que más me costaban. Yo habría preferido no tener que hacerlas, pero mamá me decía que me tildarían de chico raro si me veían demasiado tranquilo y pasivo, así que convenía tomar la iniciativa de vez en cuando.

—Los seres humanos somos productos de la educación. ¡Tú también puedes! —me decía.

Solía decirme que todo era por mi bien y que lo hacía porque me quería. Sin embargo, según lo veía yo, aquello no era más que un esfuerzo inaudito de su

parte para no sentirse herida. Si el amor era pronunciar sermones para indicarme qué hacer y qué no hacer en tal o cual situación mientras me miraba con los ojos llenos de lágrimas, ¿no era acaso mejor no darlo ni recibirlo? Por supuesto, nunca se lo dije. Y no lo hice gracias a que, entre esos innumerables principios de comportamiento que me hizo memorizar hasta el cansancio, había uno que rezaba «Cuando eres demasiado sincero, puedes lastimar al otro».

11

Como decía mi abuela, yo hacía mejores migas con ella que con mamá. En realidad, salvo que a las dos les gustaban los caramelos con sabor a ciruela, no se parecían prácticamente en nada, ni en la fisonomía, ni en los gustos, ni en el carácter.

La abuela me contó un día que la primera vez que mamá robó algo en una tienda fue una bolsa de caramelos de ciruela. «La primera y la última», la interrumpió mamá en voz alta.

—Ya conoces el dicho «Quien roba un huevo, roba un buey». Menos mal que no se cumplió en tu caso —le respondió la abuela riéndose.

A las dos les gustaban los caramelos de ciruela por una razón bastante especial. Los caramelos, que eran de un atractivo color blanco perlado, estaban cruzados por una línea roja. El hacerlos rodar lentamente en la boca era uno de los mayores placeres que disfrutaban ambas. Como la línea roja se derretía más rápido que el resto, a menudo se cortaban la lengua con las aristas afiladas que quedaban en el caramelo.

—Pero ¿sabes qué es lo más raro? Sabe muy bien cuando el gustillo salado de la sangre se mezcla con el sabor dulce de la ciruela —decía riéndose la abuela, abrazando contra su pecho la bolsa de caramelos, mientras mamá se levantaba para ir en busca de una pomada para la boca.

Lo que realmente me parecía extraño era que nunca me aburría con las cosas que contaba la abuela, aunque las repitiera una y otra vez.

Aún no lo he mencionado, pero la abuela apareció en mi vida de un día para otro. Ellas no se habían visto durante casi siete años hasta que mamá, agotada por los reveses de la vida, le envió señales de auxilio. La causa de que se rompiera la relación entre madre e hija fue un hombre: mi padre.

Mi abuela perdió a su marido cuando estaba embarazada de mi madre, de modo que sacrificó su juventud tratando de que nadie señalara a su hija con el dedo por haber crecido sin padre. Se puede decir que vivió prácticamente por y para ella. Por fortuna, aunque nunca fue brillante, mamá era una estudiante

aplicada y logró ser admitida en una universidad femenina de Seúl. Pero resulta que la niña de sus ojos perdió la cabeza por un zángano —esta era la palabra que solía usar mi abuela para referirse a mi padre— que vendía baratijas en un puesto callejero delante de la universidad. El zángano le puso a esa hija preciosa un anillo barato en el dedo —alguno de los que vendería en su puesto— y le prometió amor eterno. La abuela juró que no aprobaría esa relación ni muerta, pero mamá le replicó que el amor no necesitaba de aprobaciones, por lo que recibió una soberana bofetada. Después amenazó a la abuela con quedarse embarazada si seguía oponiéndose a la relación y exactamente un mes después cumplió la amenaza. La abuela le lanzó un ultimátum: no la volvería a ver jamás si tenía a ese niño. Mamá se marchó de casa y se distanciaron definitivamente.

He visto a mi padre tan solo en fotografías. Cuando mamá estaba embarazada de mí, un motociclista borracho se abalanzó contra su puesto de baratijas, matándolo en el acto. Por toda herencia, nos dejó un puñado de accesorios chillones y baratos. Dada la situación, no pudo ponerse en contacto con la abuela. La había abandonado para ir detrás del amor y ahora no podía volver cargada de desgracias. Así pasaron siete largos años, hasta que la resistencia de mamá llegó a un límite y tuvo que reconocer que no podía lidiar sola conmigo.

12

Mi primer encuentro con la abuela fue en un McDonald’s. Mamá casi nunca me compraba hamburguesas, pero ese día pidió dos combos. Sin siquiera tocar el suyo, permaneció con la vista fija en la puerta. Cada vez que entraba alguien, sus pupilas se dilataban y luego se achicaban, sus hombros se enderezaban y luego se encogían. Cuando le pregunté más tarde por estas reacciones, me contestó que era el modo de comportarse de alguien que siente temor y luego alivio.

En el instante en que, cansada de esperar, se disponía a levantarse de la mesa, se abrió la puerta y se coló una ráfaga de viento. Levanté la cabeza y vi a una mujer de hombros anchos y complexión robusta. Llevaba un sombrero violeta adornado con una pluma sobre sus cabellos grises. Se parecía a las ilustraciones de Robin Hood que había visto en los libros para niños. Era la madre de mi madre.

Mi abuela era enorme. No se me ocurre otra palabra más adecuada para describirla. Si tuviera que compararla con algo, diría que era como un gran roble que siempre está en pie. No solo su cuerpo, sino también su voz y hasta su sombra eran enormes. Sobre todo, recuerdo sus manos, grandes como las de un hombre fuerte. Se sentó junto a mí con los brazos cruzados y con la boca apretada en una línea recta. Mamá bajó los ojos y empezó a balbucir algo, entonces la abuela le ordenó con voz grave y gruesa:

—Come primero.

Mamá no tuvo más remedio que meterse en la boca la hamburguesa fría. Ninguna de las dos habló hasta que desapareció la última patata frita. Humedecí el índice con saliva y cogí los restos de patatas que habían quedado en la bandeja marrón, expectante a lo que iba a suceder a continuación. Mamá siguió mordiéndose el labio inferior con los ojos fijos en la punta de sus zapatos, mientras mi abuela permanecía de brazos cruzados. Cuando, por fin, la bandeja quedó completamente limpia, mamá apoyó sus manos sobre mis hombros y dijo con un hilo de voz:

—Es él…

La abuela tomó una gran bocanada de aire y, echándose hacia atrás, lanzó un bufido. Cuando le pregunté más tarde qué había querido decir con eso, me dijo

que fue un «¡Te hubieras portado mejor, desgraciada!». A continuación, con una voz atronadora que resonó en todo el local de McDonald’s, exclamó:

—¡Mira la pinta que tienes!

Todos giraron la cabeza para mirarnos y mamá empezó a llorar. Moviendo apenas los labios, le contó las adversidades que había sufrido durante esos siete años. Lo único que pude oír fueron sus sollozos y que de vez en cuando se sonaba la nariz, pero, quién sabe cómo, mi abuela pareció entenderle todo. Aflojó los brazos que mantenía sobre el pecho como una puerta atrancada y los dejó caer sobre las rodillas. Cuando llegó a la parte de las explicaciones sobre mí, puso una cara muy parecida a la que tenía mamá. Siguió callada hasta que su hija terminó de hablar, pero de repente cambió la expresión y se dirigió a mí:

—Si todo lo que dice tu mamá es verdad, entonces eres un monstruito.

Mamá la miró estupefacta y con la boca abierta, pero la abuela se rio acercándose a mí. Lo hacía con toda la cara, como si los bordes de su boca fueran a tocarse con los bordes de sus ojos.

—Eres el monstruito más hermoso del mundo. ¡Eso eres tú!

Diciendo esto, me acarició la cabeza tan fuerte que me hizo daño. Así fue como comenzamos a vivir los tres juntos.

13

El nuevo oficio que eligió mamá cuando empezamos a vivir con mi abuela fue la venta de libros de segunda mano. Por supuesto, pudo hacerlo gracias a su ayuda. Sin embargo, mi abuela era de las que nunca olvidan una ofensa —al menos, eso decía mamá— y se lo echaba en cara cada vez que podía:

—Me rompí el lomo para darte una buena educación y no se te ocurre otra cosa que ponerte a vender libros usados. ¡Desgraciada!

Si se piensa bien, «desgraciada» es una palabra terrible, pero la abuela se lo decía todo el tiempo y sin ningún miramiento.

—Mamá, ¿te parece bien decirle «desgraciada» a tu propia hija?

—¿Qué? ¿Me equivoco? La vida no te sonrió mucho que digamos. No es un insulto, sino la pura verdad.

Después de que las dos se reconciliaran, dejamos de mudarnos de aquí para allá y nos asentamos en un sitio. Por suerte, la abuela no le reprochaba a mamá que se dedicara a algo tan poco rentable. Era de esas personas que sienten un gran respeto y admiración por las letras. Nunca había escatimado en comprarle libros a mamá cuando era pequeña a pesar de que no vivían con holgura, y siempre había deseado que su hija se convirtiera en una mujer culta. Su deseo secreto era que fuese escritora y, de ser posible, le habría encantado que permaneciera soltera y envejeciera como una espléndida y respetada mujer de letras. En realidad, era la vida que habría elegido para ella misma si pudiera dar marcha atrás en el tiempo. Era por eso por lo que le había puesto el nombre de Jieun[1] a su hija.

—Creí que con ese nombre escribiría frases hermosas. Hice que leyera mucho para que se volviera más lista, pero todo lo que aprendió en los libros fue a perder la cabeza por un zángano ignorante. ¡Desgraciada!

Las quejas de mi abuela eran todas de este tenor.

Hacía ya un tiempo que estaban en su apogeo las ventas de artículos usados por internet, así que nadie pensaba que una tienda de libros de segunda mano fuera a ser un buen negocio. Sin embargo, mamá se obstinó. Fue la decisión más

idealista que pudo tomar una persona tan pragmática como ella. Tener una tienda de libros usados había sido su sueño durante mucho tiempo, pues, como quería mi abuela, en algún momento ella también había acariciado el deseo de ser escritora. Sin embargo, no quiso trasladar al papel las vicisitudes de su vida porque eso habría sido como lucrarse con su existencia y no le parecía propio de un escritor. Además, tampoco se sentía capaz de hacerlo. En lugar de ello, decidió vender libros escritos por otras personas, libros que olieran al paso del tiempo. No al tiempo que se acumula por sí solo, sino al tiempo que ella misma elegía. Esto significaban los libros usados para mamá.

Puso la librería en una callejuela del barrio de Suyudong. Era una zona residencial donde todavía mucha gente se refería al lugar como «pueblo de Suyuri». Me pregunté quién vendría a comprar libros usados hasta este sitio, pero la confianza de mamá era imbatible. Por suerte, tenía buen ojo para elegir los títulos y aprendió la forma de comprar a bajo precio aquellos ejemplares que buscaban los aficionados. La tienda tenía detrás una vivienda con dos habitaciones, un salón y un baño sin bañera. Era perfecto para los tres. Mamá podía salir a atender a un cliente aunque estuviera recostada dentro y bastaba con cerrar la puerta si no le daba la gana trabajar. Pegó letras hasta formar las palabras «Libros usados» sobre el cristal del escaparate y colgó afuera un cartel luminoso que decía «La librería de Jieun». La noche anterior a la inauguración de la tienda, mamá se sacudió el polvo de las manos y, esbozando una sonrisa, dijo:

—Ya no nos volveremos a mudar. Esta es nuestra casa.

Estaba en lo cierto. Aunque la abuela mascullaba para sí que nunca se lo habría imaginado, lo cierto es que la venta de libros usados alcanzaba para mantenernos.

14

Yo también me sentía cómodo en ese lugar. Quizá otros, con esa manera exagerada de expresarse que tienen, dirían que era «buenísimo» o que les «encantaba», pero lo máximo que podía decir yo era que me encontraba cómodo. El olor de los libros usados me parecía familiar y me sentí como en casa desde el primer día. Cada vez que los abría para olerlos, la abuela se burlaba preguntándome qué les encontraba de bueno a esos libros viejos y mohosos.

Los libros me transportaban en un instante a los lugares donde no podía ir, me transmitían las confesiones de personas que no conocía y me mostraban las vidas que no podía observar de cerca. También estaban repletos de sentimientos que no podía sentir y de experiencias que no había vivido.

Eran por completo diferentes en su naturaleza a la televisión o al cine. El mundo que mostraban las películas, las telenovelas o los dibujos animados era tan concreto y detallado que no dejaban resquicios por donde yo pudiera meterme. Las historias existían únicamente de la manera en que habían sido filmadas o dibujadas. Por ejemplo, si el libro decía «Una chica rubia estaba sentada con una pierna doblada sobre un almohadón marrón en una casa de forma hexagonal», la película o los dibujos animados fijaban de un modo definitivo el aspecto de esa chica, desde la tonalidad de su piel y su expresión hasta el largo de sus uñas. En un mundo así, no había nada que yo pudiese modificar.

Los libros eran diferentes porque estaban llenos de espacios vacíos, no solo entre palabras, sino también entre líneas. Yo podía entrar en esos espacios para sentarme, caminar o anotar mis pensamientos. No importaba mucho si no entendía todo lo que leía. Abrir un libro en cualquier página ya era una batalla ganada a medias.

> Te amaré eternamente. No cambiaré de camino aunque sea un pecado, aunque no sepa si será veneno o miel para mi existencia.

No me llegaban en absoluto estas frases, pero no importaba. Bastaba con que mis ojos fueran detrás de las letras. Aspirando el olor del libro, seguía

lentamente con la mirada sus formas y sus trazos. Para mí era una tarea tan sagrada como la de degustar las almendras. Una vez que me parecía que las había palpado lo suficiente con los ojos, las leía en voz alta muy despacio. Las dejaba salir a través de mi garganta después de masticarlas y saborearlas durante un buen rato. Lo hacía una y otra vez hasta que me aprendía de memoria las oraciones.

Cuando uno repite muchas veces algo, llega un momento en que se desdibuja el sentido. Entonces las letras dejan de ser letras y las palabras dejan de ser palabras y empiezan a sonar como un lenguaje extraterrestre, incomprensible. En ese instante es cuando me siento mucho más cerca de «amor» o «eternamente», cuyos significados difícilmente me llegarían de otro modo. Cuando le conté a mamá que practicaba este juego, me dijo lo siguiente:

—Cuando repites algo muchas veces, al principio crees que lo entiendes mejor, pero, pasado un rato, cambia de significado y se decolora. Al final, se diluye y todo queda en blanco.

Amor, amor, amor, am… or, a… mor, aaaaaam… oooorrr, a… moora moor… a mo… raaa.

Eterno, eterno, eterno, e… ter… no, eeeternoooo, eeeet… eeerrrrn… ooooo.

¡Ya está! Ya no tienen ningún sentido. Ahora se parecen a mi cabeza, un papel completamente en blanco.

15

Como si las estaciones se movieran respondiendo al signo de repetición de una partitura, terminado el invierno, se volvía a la primavera. Mi mamá y mi abuela discutían por las razones más diversas y también se reían con frecuencia a carcajadas, pero cuando comenzaba a caer el sol, se ponían indefectiblemente melancólicas. A medida que el ocaso coloreaba la atmósfera de rojo, la abuela empinaba con fruición algunas copitas de *soju* dejando escapar algunas interjecciones de placer y mamá le seguía el ritmo exclamando «Es lo máximo» con una voz que le salía de lo más hondo del pecho. Mamá me explicaba luego que esas interjecciones y exclamaciones eran sinónimos de felicidad.

Mamá era muy popular entre los hombres. Tuvo varios novios incluso después de que empezáramos a vivir con la abuela. Esta solía decir que mamá los atraía a pesar de su mal carácter porque se parecía a ella en su juventud. Mamá hacía muecas con la boca cuando la oía decir eso, pero al final terminaba reconociendo que la abuela había sido guapa de joven, cosa que me resultaba difícil de creer. El patrón de los amoríos de mamá era siempre el mismo. Al principio eran los hombres los que querían ligar con ella, pero al final era ella la que no quería soltarlos. La abuela me explicaba que los tipos solo buscaban un romance, pero lo que ella quería era alguien que fuese un padre para mí.

Ella era esbelta y delgada. Siempre usaba un delineador marrón, por lo que sus ojos oscuros y redondeados se veían todavía más grandes. Su cabello liso y largo hasta la cintura era negro como las algas y se pintaba los labios de rojo como un vampiro. Cuando me ponía a ojear sus fotografías antiguas, comprobaba que no había cambiado en nada desde que era niña hasta sus casi cuarenta años. No solo la ropa y el peinado, sino también su aspecto seguía siendo casi el mismo. Era como si solo hubiera crecido de estatura sin cambiar ni envejecer nunca. Como siempre se enfadaba cuando mi abuela le decía «desgraciada», se me ocurrió ponerle «agraciada», pero hizo un gesto con la boca y dijo que tampoco le gustaba.

Con la abuela sucedía igual, no parecía pasar el tiempo para ella. Sus cabellos grises no se ponían más canosos de lo que ya eran; y tanto su

corpulencia como la cantidad de alcohol que era capaz de ingerir no disminuían a pesar de los años.

Todos los solsticios de invierno subíamos sin falta a la azotea y, apoyando la cámara en un ladrillo, nos tomábamos una foto de familia. Yo era el único que crecía sin parar entre mi madre vampiro y mi abuela gigante, que no cambiaban nunca.

El año que ocurrió aquello descubrí algo nuevo en el rostro de mamá un poco antes de la primera nevada. Al principio pensé que era un cabello que se le había quedado pegado y alargué la mano para quitárselo, pero no era eso, sino una arruga. Quién sabe cuándo había aparecido, pero era bastante profunda y larga. Fue entonces cuando me percaté de que mamá también envejecía.

—Tienes una arruga, mamá.

Al oírme, esbozó una gran sonrisa y eso extendió aún más la arruga. Traté de imaginarme su aspecto en unos años, pero me fue imposible.

—Lo único que me queda en la vida es ponerme vieja, hijo.

Mientras lo decía, se le borró la sonrisa. Se quedó mirando a la lejanía con cara absorta y luego cerró con fuerza los ojos. ¿Qué habría pensado? ¿Se habría imaginado como una anciana encorvada? Si así era, se equivocaba. Nunca tendría la oportunidad de envejecer.

16

Cuando fregaba los platos o le pasaba el trapo al suelo, mi abuela tarareaba lo siguiente, poniéndole cualquier melodía: «Maíz en verano, batata en invierno. ¡Qué dulces! ¡Qué sabrosos!».

Eran los productos que había vendido en la terminal de autobuses cuando era joven. Sentada a un costado de la entrada, los ofrecía a los transeúntes que pasaban por el lugar.

El único lujo que se daba entonces consistía en deambular por el interior de la larguísima terminal cuando acababa su jornada. En especial, se quedaba embelesada con el aspecto que tomaba el lugar los días del Nacimiento de Buda y Navidad. A finales de la primavera o a principios del verano, hileras de faroles de papel, redondos como flores de loto, colgaban del techo hasta fuera de la entrada; y en invierno, todo relucía con los vistosos adornos navideños. Aunque era su lugar de trabajo, ese espectáculo representaba todo lo que anhelaba. Su mayor deseo entonces era llegar a poseer algún día uno de esos faroles o uno de esos árboles de plástico. Cuando por fin logró abrir una tienda de tentempiés *tteokbokki* con el dinero que ganó vendiendo maíces hervidos y batatas asadas, lo primero que hizo fue comprar un bonito farol de papel y un pequeño árbol de Navidad. Sin importar que correspondieran a la época o no, los dos objetos adornaban su local todo el año.

Después de que la abuela cerrara su tienda de *tteokbokki* y mamá abriera la librería de segunda mano, una de las normas invariables que adoptaron fue festejar sin falta y por todo lo alto el Día del Nacimiento de Buda y la Navidad.

—No hay duda de que tanto Buda como Jesús fueron verdaderos santos. Fíjate que hasta eligieron nacer en épocas diferentes para no estorbarse. Pero si tuviera que quedarme con una sola fecha, yo diría que no hay una como la Nochebuena —me decía la abuela, acariciándome la cabeza.

Yo cumplía años en Nochebuena. Todos los años salíamos a comer para festejar la fecha. Esa víspera de Navidad también lo hicimos. Fue un día especialmente frío. El cielo estaba encapotado y la humedad se filtraba a través de la ropa hasta

la piel. Mientras me acomodaba el cuello del abrigo, me pregunté si era necesario que saliéramos de fiesta con semejante tiempo. De hecho, no deberíamos haber dejado la casa nunca.

17

El centro estaba repleto de gente. Esa Nochebuena fue diferente de las otras porque empezaron a caer copos de nieve al poco rato de subir al autobús. Las calles estaban muy congestionadas y en la radio comentaban que caería una copiosa nevada durante toda la noche. Así que tendríamos la primera Navidad blanca en diez años. A decir verdad, yo no recordaba que hubiese nevado alguna vez el día de mi cumpleaños.

La nieve que caía ligera se fue acumulando de un modo inquietante, como si fuera a tragarse la ciudad entera. El gris de las calles se suavizó bajo el manto blanco. Quizá por eso nadie se quejaba a pesar de que el autobús avanzaba a paso de tortuga en medio de un gran atasco. Todos miraban a través de las ventanillas como embelesados y no paraban de hacer fotos con el móvil.

—Vayamos a comer fideos fríos *naengmyeon* —propuso de pronto mi abuela.

—Con unos *mandu* de carne bien humeantes —agregó mamá, pasándose la lengua por los labios.

—Y un caldo hirviendo —añadí y las dos se rieron.

Seguramente se habían acordado de que les pregunté un día por qué la gente no comía *naengmyeon* en invierno e interpretaron que lo dije porque tenía ganas de comer ese plato.

Después de dormitar y despertar a intervalos, nos bajamos por fin en el paseo del arroyo Cheonggyecheon y nos pusimos a caminar por sus orillas. El mundo se había tornado completamente blanco. Eché atrás la cabeza para contemplar los interminables copos precipitándose al suelo y mamá se puso a dar gritos de alegría y a sacar la lengua para probar la nieve como una niña. Luego nos internamos por las callejuelas adyacentes para ir a un restaurante de *naengmyeon* tradicional que conocía la abuela, pero, cuando llegamos allí, vimos que hacía tiempo que había desaparecido. La fría humedad que mojaba los dobladillos de mis pantalones había subido hasta las pantorrillas cuando entramos por fin a una

casa de *naengmyeon* que mamá encontró a duras penas con el móvil. Estaba ubicada junto a varias cafeterías y era parte de una cadena de restaurantes.

Un cartel escrito con letras bien grandes anunciaba que los *naengmyeon* eran al estilo de Pyongyang. En efecto, los fideos se cortaban al mero contacto con los dientes, pero eso era todo. El caldo olía a grasa, los *mandu*, a quemado, y el *naengmyeon* sabía a bebida carbonatada. Era un sabor mediocre, logrado con poco esfuerzo, y cualquiera podía percibirlo aunque probara por primera vez aquel plato. Aun así, mamá y la abuela se comieron hasta el último fideo. A veces lo que abre el apetito no es tanto el sabor de la comida como el ambiente que lo rodea a uno. Naturalmente, era la nieve la que creaba el ambiente adecuado. Mamá y la abuela no dejaron de sonreír durante toda la comida. Yo me metí en la boca un trozo de hielo grande que nadaba en el caldo y lo chupé como un caramelo.

—¡Feliz cumpleaños, monstruito! —exclamó la abuela.

—¡Gracias por nacer, hijo! —añadió mamá, acariciándome la mano.

Aunque eran frases comunes y corrientes, había días que valía la pena oírlas.

Nos levantamos de la mesa sin haber decidido adónde iríamos. Mientras mamá y la abuela pagaban la cuenta, descubrí un caramelo de ciruela en una canastilla colocada delante del mostrador. En realidad, era solo el envoltorio que alguien había dejado en la canastilla vacía. Al ver que yo estiraba la mano para cogerlo, el empleado esbozó una sonrisa y me dijo que esperara un momento, que iría adentro a buscar más caramelos.

Mamá y la abuela salieron del restaurante. La nieve seguía cayendo copiosamente y mamá se puso a dar saltos con las manos estiradas para agarrar los copos como si no existiera felicidad más grande. La abuela la miraba agarrándose el estómago de la risa, luego giró la cabeza para dirigirme una gran sonrisa. El empleado se acercó trayendo una enorme bolsa de caramelos y los dejó caer sobre la canastilla hasta llenarla.

—¿Puedo? Es Nochebuena… —le dije al tiempo que tomaba dos puñados grandes.

El empleado dudó una fracción de segundo, pero enseguida sonrió y asintió con la cabeza.

Mamá y la abuela seguían riéndose al otro lado de los cristales del restaurante. Un coro compuesto de hombres y mujeres pasó junto a ellas en larga

procesión. Entonaban villancicos vestidos con gorros y mantos rojos como Santa Claus. «Noel, Noel, Noel, Cristo nació rey de Israel…», decía la canción. Yo me metí las manos en los bolsillos y me dirigí hacia la puerta, mientras los envoltorios de los caramelos me pinchaban las palmas.

Justo en ese instante gritaron varias personas al mismo tiempo. Los villancicos cesaron y se oyó otra tanda de gritos y alaridos que rasgaron el aire. Llevándose la mano a la boca, la gente empezó a retroceder precipitadamente.

Vi a través del cristal a un hombre que blandía algo contra el cielo. Vestía de traje y ya lo había visto dando vueltas por la zona antes de que entráramos al restaurante. En contraste con su atuendo, llevaba un cuchillo en una mano y un martillo en la otra. Se movía agitando con violencia los brazos, como queriendo apuñalar los copos de nieve. Cuando se acercó al coro, varios sacaron a toda prisa el móvil.

De pronto, el hombre volteó la cabeza. Sus ojos se posaron en mamá y la abuela. Cuando dirigió sus pasos hacia ellas, la abuela tiró de su hija. Al instante se desplegó una escena imposible de creer. El hombre le asestó un martillazo en la cabeza a mamá. No una, sino dos, tres…, cuatro veces.

Mamá cayó al suelo salpicándolo todo de sangre. Yo empujé la puerta del restaurante para salir, pero la abuela me lo impidió con un grito. El hombre dejó caer el martillo al suelo y se puso a dar cuchilladas al aire. Yo golpeé el vidrio, pero mi abuela sacudió la cabeza y sujetó la puerta con todas sus fuerzas. Casi llorando, me repetía algo una y otra vez. El hombre se aproximó a ella desde atrás. Cuando la abuela se giró y lo vio, lanzó un alarido. Solo uno. Su enorme espalda me impidió ver lo que pasaba, pero el vidrio se manchó de sangre. Lo único que pude hacer fue quedarme viendo cómo la mancha se hacía más roja y más grande. Mientras tanto, nadie hizo nada. Solo se veía la calle congelada como un telón de fondo. Como si el hombre, mamá y la abuela interpretaran una obra teatral, todos contemplaban la escena inmóviles. Eran los espectadores de la función y yo era uno más.

18

Ninguna de las víctimas tenía relación alguna con el hombre. Según se supo después, había sido un oficinista como cualquier otro, alguien con una vida común y corriente. Había estudiado en la universidad y trabajado durante catorce años en el departamento de ventas de una empresa mediana, pero había perdido su puesto de la noche a la mañana por el recorte de personal que decretaron para sortear el estancamiento económico. Con la indemnización de despido que le dieron, abrió un restaurante de pollo frito, pero solo le duró dos años. Su familia terminó abandonándolo y todo lo que le quedó fueron deudas. Desde entonces, y durante tres años y medio, vivió recluido en su casa, que era un semisótano. Nunca salía a la calle, salvo cuando iba a comprar algo al supermercado o a leer a la biblioteca pública.

La mayoría de los libros que había pedido prestados trataban de artes marciales, técnicas de defensa y manejo de cuchillos. En cambio, los libros que encontraron en su casa eran sobre desarrollo personal y hablaban de cómo triunfar y adoptar una actitud positiva en la vida. Sobre una mesa dejó un papel bien a la vista que decía con trazos grandes y enérgicos:

> Hoy me llevaré conmigo a cualquiera que se esté riendo, sea quien sea.

Dejó también muchas señales de su odio al mundo en su diario. Dejaba entrever en varias partes que lo asaltaba un instinto asesino cada vez que veía a alguien riéndose en este mundo que él consideraba infeliz. Cuando se dieron a conocer los datos sobre su vida y sus escritos, el interés de la gente se desplazó del crimen a las razones sociales que lo habían llevado a ese comportamiento. Los hombres de edad madura suspiraron de tristeza al ver que la vida del asesino no difería demasiado de las suyas. Entre la opinión pública se extendió un sentimiento de compasión y todos enfocaron su atención no en el asesino, sino en la realidad del país que empujaba a cometer esas atrocidades. Entonces dejó de importar quiénes habían sido las víctimas.

El suceso fue la noticia de primera plana durante varios días y se publicaron artículos de prensa con títulos como «¿Qué lo convirtió en un asesino?» o «Un país donde se muere la gente que ríe». Pasado un tiempo, como si se retirara la marea, la gente dejó de hablar de lo ocurrido. Bastaron solo diez días para que se completara este proceso.

La única que sobrevivió al ataque fue mamá. Sin embargo, su cerebro se sumergió en un sueño profundo del que había pocas probabilidades de que despertara y, aunque lo hiciera, ya no sería la misma. Un poco por propia voluntad y otro poco por presión externa, los familiares acordaron que las víctimas recibieran un funeral colectivo. Salvo yo, todos lloraban desconsoladamente, con los gestos y las expresiones que cabía esperarse de los que habían perdido a sus seres queridos en un episodio tan atroz como ese.

Una mujer policía que asistió al funeral se puso a llorar al darles el pésame y no pudo parar. Un rato después, vi que otro policía de mayor edad la reprendía en el pasillo:

—Vas a ver infinidad de cosas como estas, así que será mejor que aprendas a controlarte…

Su mirada se cruzó con la mía e interrumpió su discurso. Yo me limité a hacerle una inclinación de cabeza y me dirigí hacia el baño.

Al ver que yo permanecía impasible durante los tres días de velatorio, la gente empezó a cuchichear y a hacer toda clase de suposiciones: «Debe de estar demasiado conmocionado», «Es muy pequeño para entender lo que pasó», «Se ha quedado huérfano y su madre está como muerta, es natural que esté afectado».

Seguramente la gente esperaba que yo mostrara tristeza, soledad o desesperación, pero dentro de mí solo tenía preguntas, ningún sentimiento.

¿Qué les parecería tan gracioso a mamá y a la abuela, que no paraban de reír?

Si eso no hubiera pasado, ¿adónde habríamos ido al salir del restaurante?

¿Por qué había hecho aquello ese hombre?

¿Por qué se había puesto a matar personas en lugar de romper un televisor o un espejo?

¿Por qué nadie había ayudado a mamá y a la abuela antes de que fuera demasiado tarde?

¿Por qué…?

Todos los días se agolpaban estas y otras preguntas mordiéndose la cola hasta volver al principio y comenzar el ciclo, una y otra vez. Sin embargo, no tenía la respuesta a ninguna. Probé a hacérselas a los policías o a los psicólogos que me atendieron preocupados. Me animaron diciendo que podía hablar todo lo que quisiera, pero ninguno pudo darme una sola respuesta. La mayoría se quedaron con la boca cerrada y otros intentaron murmurar algo, pero al final no dijeron nada. Era natural, había muerto cualquiera que podría haberme dado alguna explicación y mamá se encontraba en un estado de coma profundo. Las respuestas habían desaparecido para siempre. Decidí no volver a pronunciar esas preguntas en voz alta.

Lo que estaba fuera de toda duda era que mamá y la abuela ya no existían. La abuela no existía ni en cuerpo ni en espíritu, y de mamá solo quedaba su cáscara. Salvo yo, no había nadie que las recordara, así que debía continuar viviendo a toda costa.

Cuando terminaron los funerales, ocho días exactos después de mi cumpleaños, empezó un nuevo año. Acababa de cumplir dieciséis y me encontraba completamente solo. Todo lo me quedaba eran los incontables libros de la librería de mamá. Salvo esto, todo había desaparecido en mi vida. Ya no hacía falta colgar faroles de papel ni lucecitas brillantes por la casa, ni aprender en qué consistían los sentimientos de alegría, enfado, tristeza, placer, amor, odio y vergüenza. Tampoco volvería a ir al bullicioso centro de la ciudad a celebrar mi cumpleaños en Nochebuena.

Segunda parte

19

Iba todos los días al sanatorio a ver a mamá, que permanecía inmóvil y respirando acompasadamente. Había sido trasladada a una sala de seis camas después de pasar un tiempo en cuidados intensivos. Todo lo que hacía cuando iba a verla era quedarme sentado junto a ella tomando el sol.

El médico me informó con frialdad de que las posibilidades de que despertara eran remotas. Salvo mantenerla con vida, no había otra cosa que se pudiera hacer. Las enfermeras retiraban su orina y sus heces con gestos mecánicos y me ayudaban a acostarla cada tanto de lado para evitar que se le formaran úlceras en la espalda y la cadera. Era como mover un fardo pesado. El médico me pidió que le comunicara mi decisión. No entendí lo que me quiso decir y se lo volví a preguntar. Lo que quería saber era si estaba dispuesto a seguir pagando el tratamiento del sanatorio o si la trasladaría a un hospicio en las afueras de la ciudad donde recibiría cuidados paliativos y el coste sería más económico.

La indemnización que había recibido por el seguro de vida de mi abuela me permitiría despreocuparme por un tiempo de los gastos para mantenerme. Mamá había dispuesto las cosas de esta manera para protegerme en caso de que me quedara solo.

Tuve que ir a declarar la defunción de mi abuela en la oficina municipal. El funcionario que me atendió soltó un chasquido y sacudió la cabeza sin decir nada. Poco después se presentó un trabajador social en casa. Echó un vistazo a las condiciones en que vivía, me explicó que existía la posibilidad de alojarme en un centro de acogida por ser menor de edad y me preguntó qué quería hacer. Yo le respondí que me diera tiempo. En realidad, no pensaba considerar esa posibilidad. Literalmente, necesitaba un poco de tiempo.

20

La casa estaba silenciosa como una tumba. Lo único que oía todo el día era mi propia respiración. En las paredes todavía estaban los carteles que habían pegado mamá y la abuela, pero no servían de nada porque ya no tenía a nadie que me enseñara. Era obvio cómo sería mi vida si iba a un centro de acogida. A mí no me importaba, pero no estaba muy seguro de lo que podría ocurrir con mamá.

Traté de imaginar lo que me aconsejaría ella en este caso, pero permanecía muda. Me esforcé por recordar las cosas que me decía en busca de una pista. La frase que me repetía hasta el cansancio era «Debes vivir normalmente».

Sin saber qué hacer, me puse a buscar entre las aplicaciones del móvil y me llamó la atención una que permitía hablar con el aparato. Al bajarla, apareció una pantalla de diálogo con un pequeño emoticono.

—Hola.

Apenas escribí esto, llegó la respuesta:

—Hola.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Bien, ¿y tú?

—Yo también.

—Me alegro.

—¿Qué significa ser normal?

—Ser parecido a los demás.

Después de una pausa, probé a escribir frases más largas:

—¿Qué es ser parecido a los demás? Todo el mundo es diferente, ¿a quién debo tomar como modelo? ¿Qué me diría mamá?

—Ya está lista la comida. Ven a comer.

Las respuestas llegaban al instante, apenas apretaba el botón de enviar, como interrumpiéndome. Seguí un rato más, pero no obtuve más que frases incongruentes. Allí no iba a encontrar ninguna pista. Sin despedirme, cerré la aplicación.

Todavía faltaba para que empezaran las clases. Tendría tiempo para acostumbrarme a vivir solo.

Volví a abrir la librería dos semanas después de lo sucedido. Al recorrer las estanterías, se levantó una nube de polvo. Cada tanto entraban algunos clientes y otros hacían sus pedidos por la página web. Compré a buen precio una colección de cuentos infantiles que mamá pensaba adquirir y los coloqué en el rincón más visible de la tienda.

Me sentía cómodo sin tener que decir más que unas cuantas palabras al día. No tenía que exprimirme la cabeza buscando frases adecuadas a las situaciones en que me encontraba. A los clientes bastaba con decirles «Sí», «No» o «Un momento». Aparte de eso, todo lo que tenía que hacer era pasar la tarjeta de crédito por el lector, calcular el dinero del cambio o pronunciar mecánicamente «¿En qué puedo ayudarle?» y «Que le vaya bien».

Una vez pasó una señora que daba clases de lectura para niños en el barrio y era una conocida de mi abuela.

—¿Trabajas en la librería porque estás de vacaciones? ¿Dónde está tu abuela?

—Murió.

La señora se quedó boquiabierta.

—Sé que a los chicos de tu edad os gusta hacer bromas de ese tipo, pero no está bien. ¿Qué va a decir tu abuela? —dijo frunciendo mucho el entrecejo.

—Es la verdad.

—¿Ah, sí? Dime entonces cómo falleció —dijo la señora cruzándose de brazos y alzando la voz.

—La acuchillaron. Fue en Nochebuena.

—¡Dios mío! —exclamó llevándose las manos a la boca—. ¡Lo que dijeron en las noticias! ¿Cómo puede ser Nuestro Señor tan poco misericordioso?

La señora hizo la señal de la cruz y salió a toda prisa de la tienda, como si yo estuviera apestado y no quisiera contagiarse.

—¡Espere! —La llamé, deteniéndola—. No ha pagado…

A la señora se le subieron los colores hasta la coronilla.

Después de que se marchara, me puse a pensar qué le habría gustado a mamá que yo dijera en esa situación. A juzgar por la reacción de la señora, había cometido un error, pero no tenía la menor idea de cuál había sido ni cómo corregirlo. ¿Debería haberle dicho que la abuela se fue de viaje? No, porque esa señora cotilla habría seguido haciendo más y más preguntas. ¿No debería haberle cobrado el libro? Eso tampoco entraba dentro de lo razonable. Decidí confiar en

el refrán que dice «Malo es callar cuando conviene hablar» y traté de convencerme de que había hecho bien. De todas maneras, lo mejor era hablar lo menos posible, aunque no estaba muy seguro de cuánto era ese «lo menos posible».

De repente, me acordé de un libro. Mi abuela, que todo lo que leía eran los letreros de la calle, lo había leído por casualidad y le había gustado. Me costó un poco encontrarlo. Era un libro de bolsillo no más grande que la palma de mi mano y costaba dos mil quinientos wones cuando salió en 1986. Se trataba de una antología de cuentos de Hyun Jin-geon y el relato en cuestión era «La gobernanta B y las cartas de amor».

Todas las noches la gobernanta B robaba las cartas de amor de las estudiantes y las leía como si representara un monólogo, en donde ella sola hacía los papeles de hombre y de mujer. Tres estudiantes la descubrieron, pero sus reacciones fueron muy diferentes. Una se rio y se mofó de la gobernanta, la segunda dijo que le daba miedo y la tercera lloró de lástima.

Era un final que no se ajustaba a las enseñanzas de mamá, pero no me disgustó. Mostraba que en este mundo no había respuestas preestablecidas. ¿No significaba eso que no siempre hacía falta responder de una manera determinada a lo que los demás decían o hacían? Puesto que todos éramos diferentes, habría alguien para quien mis reacciones «anormales» serían las correctas.

Ponía en aprietos a mamá cuando le hacía este tipo de planteamientos. El día que hablamos de ello, se quedó un buen rato pensando y finalmente me dijo que, como la historia terminaba con la estudiante que lloraba, esta era la reacción más adecuada.

—Pero en el método deductivo la conclusión viene primero. ¿La reacción correcta no sería entonces la de la primera estudiante? —le discutí.

Mamá se rascó la cabeza. Sin darme por vencido, volví a preguntarle:

—¿Tú habrías llorado si hubieras descubierto a la gobernanta haciendo su monólogo?

Entonces mi abuela se metió en la conversación:

—Tu madre duerme como un tronco por las noches y no se daría cuenta si la raptaran, así que jamás se despertaría en medio de la noche. Solo podría hacer el papel de una extra que duerme en la habitación de las estudiantes…

Me parecía estar escuchando la voz y la risa de mi abuela mientras lo decía.

De pronto una sombra cubrió el libro. Vi a un señor de mediana edad ante mí, pero desapareció enseguida dejándome un papelito sobre el mostrador. Decía que subiera a verlo al primer piso.

21

La librería estaba en la planta baja de un edificio de dos pisos. Arriba había una panadería, lo que no es muy corriente. Además, la tienda no tenía nombre y solo había un letrero destartalado que decía «Pan». Cuando vio por primera vez el cartel, mi abuela dijo que aquella panadería no tenía pinta de tener bollos sabrosos, aunque para mí era un misterio que pudiera figurarse eso con solo ver el letrero.

En todo caso, los únicos panes que vendían allí eran pan de molde de leche y bollos recubiertos con miga de masa *soboro* o rellenos con crema. Además, el dueño abría la panadería a las cuatro de la tarde. Así y todo, parecía irle muy bien, puesto que solía haber una cola de gente que llegaba hasta la planta baja. Eso nos beneficiaba de rebote, porque los que estaban al final de la fila a veces entraban a la librería a echar un vistazo.

Mamá también compraba a menudo en esa tienda. La bolsa de plástico donde traía los bollos decía «Panadería de Shim Jaeyeong». Ese era el nombre del panadero, pero mamá lo llamaba siempre «doctor Shim». Después de probar los bollos, la abuela no volvió a decir que no tenían pinta de ser sabrosos. A mí no me despertaban mucho entusiasmo, pero en realidad tampoco lo hacía ninguna comida. De cualquier forma, era la primera vez que subía a la panadería.

El doctor Shim me ofreció un bollo relleno de crema. Al darle un mordisco, asomó una espesa y abundante crema color amarillo patito. El doctor Shim apenas pasaba los cincuenta años, pero tenía el cabello blanco como la nieve, por lo que aparentaba muchos más.

—¿Te gusta?

—Tiene sabor.

—Bueno, menos mal que sabe a algo —dijo sonriendo.

—¿Trabaja usted solo aquí? —pregunté echando una ojeada a mi alrededor.

Era un local grande, con la caja, el mostrador de panes y una mesa por todo mobiliario. En el centro había una mampara. Supuse que detrás amasaría los panes y horniaría los bollos.

—Sí, soy el dueño y el único panadero. Es más cómodo así. Además, puedo hacer todo el trabajo yo solo —me dijo, dándome una respuesta

innecesariamente larga.

—¿Para qué quería verme, señor?

—Es una verdadera desgracia lo que te ha ocurrido. Lo he estado pensando mucho y me gustaría ayudarte —dijo sirviéndome un vaso de leche.

—¿De qué manera?

—Pues… Es la primera vez que nos vemos y quizá te cueste decírmelo, pero ¿no hay nada que necesites o algún favor que quieras pedirme?

Hablaba haciendo repiquetear los dedos sobre la mesa. Debía de ser un hábito inconsciente, pero la verdad es que el ruido me molestaba.

—Me gustaría que dejara de hacer eso.

El doctor Shim me miró por encima de sus gafas, pero enseguida esbozó una sonrisa.

—¿Has oído hablar de Diógenes? Me has hecho recordar esa historia. Cuando Alejandro Magno le dijo que estaba dispuesto a cumplirle cualquier deseo, Diógenes le dijo que se apartara porque le tapaba el sol.

—Pues usted no me recuerda a Alejandro Magno.

Esta vez lanzó una gran carcajada y continuó diciendo:

—Tu madre me habló mucho de ti. Me dijo que eras un chico especial.

¿Especial? Me imaginaba en qué sentido había usado mamá esa palabra.

—Dejaré de dar golpecitos en la mesa, pero es una manía que tengo y no será fácil quitármela —dijo cerrando el puño—. Esperaba que me pidieras un favor que me costara más.

—¿Que le costara más?

—Sí, como una ayuda económica o algo así. Quizá tengas dificultades para arreglártelas solo.

—Tengo el seguro de mi abuela. Por el momento estoy bien.

—Tu madre me pidió en varias ocasiones que me ocupara de ti si llegaba a ocurrirle algo. Ella y yo éramos muy buenos amigos. Tu madre era de esas personas que lo hacen sentirse bien a uno.

Me di cuenta de que hablaba en tiempo pasado y le pregunté:

—¿Ha ido a verla al sanatorio?

El doctor Shim asintió con la cabeza, bajando un poco las comisuras de la boca. Si se trataba de una expresión de tristeza por lo que le había ocurrido, mamá se alegraría de saberlo. Ella me había enseñado que compartir la aflicción ajena era algo bueno, como la regla de matemáticas «menos por menos da más».

—¿Por qué lo llaman «doctor»?

—Porque lo fui, pero ya no lo soy.

—Un cambio de profesión interesante…

El doctor Shim volvió a lanzar una carcajada. Como comprobé las siguientes veces que nos vimos, siempre se reía de mis comentarios aunque no los hubiera dicho con la intención de ser chistoso.

—¿Te gustan los libros?

—Sí, solía ayudarla con el trabajo de la librería.

—Entonces hagamos esto. Sigue adelante con la tienda. Soy el propietario de este edificio y no te cobraré la renta. Además, te pagaré por tu trabajo. Guarda el seguro para cuando vayas a la universidad o tengas otro gasto importante y cubre tus gastos con el sueldo que te voy a dar. Si estás de acuerdo, me encargaré de resolver los trámites más complicados.

Le respondí que lo pensaría, como lo había hecho con el trabajador de la seguridad social que vino a verme. Había aprendido que, cuando alguien hace una oferta poco corriente, lo mejor es no apresurarse.

—Cualquier problema que tengas, dímelo. Ha sido grato hablar contigo, mucho más de lo que creía. Me he llevado una gran sorpresa. Y, ya que vas a encargarte de la librería, hazlo lo mejor que puedas.

—Por casualidad, ¿usted salía con mi madre? —le pregunté antes de irme.

El doctor Shim abrió los ojos, pero enseguida los entrecerró.

—¿Te di esa impresión? Tan solo éramos amigos, muy buenos amigos —dijo, mientras la sonrisa de su cara se disipaba lentamente.

22

Decidí aceptar la oferta del doctor Shim, pues no me pareció que representara un riesgo. Después de ese día, ya no se me presentaron más situaciones comprometidas y la vida continuó como siempre. Siguiendo su consejo sobre la librería, dediqué mi tiempo a buscar y conseguir por internet libros en buen estado que se vendían bien o del tipo de los que preparaban para los exámenes de la Administración pública. Los días muy fríos no entraba un solo cliente a la tienda, por lo que pasaba el día entero sin decir palabra. Hasta me olía mal el aliento cuando abría la boca para beber agua.

Los tres seguíamos iguales en la fotografía enmarcada que estaba en un rincón de mi escritorio. Madre e hija se reían, mientras yo permanecía inexpresivo. A veces me dejaba llevar por la vana fantasía de que mamá y la abuela se encontraban de viaje, un viaje inacabable. Ellas constituían todo mi universo, pero ahora que no estaban debía aprender que existían otras personas en el mundo. Fueron apareciendo en mi vida de una a una y lentamente. La primera de ellas fue el doctor Shim. A veces pasaba por la librería para dejarme unos bollos o me apretaba el hombro para decirme que debía ser fuerte. Y eso que yo no me sentía debilitado.

Cuando caía la tarde, iba a ver a mamá. Ella permanecía acostada en la cama como la Bella Durmiente del bosque. ¿Qué querría que hiciera en esta situación? ¿Que me quedara junto a ella todo el día y cada tanto la cambiara de posición? Probablemente no. Lo que querría era que fuera al colegio, puesto que en eso consistía la vida «normal» de un chico de mi edad. Fue por esta razón por lo que decidí proseguir mis estudios.

El viento gélido fue atemperándose. Cuando pasó San Valentín y se aproximó el Año Nuevo Lunar, la gente comenzó a vestirse con abrigos menos gruesos y yo terminé secundaria. Como todos, iría a otro colegio para comenzar el bachillerato. Tendría que asistir a clase todos los días y me encontraría con profesores y compañeros nuevos. Fue entonces cuando mi vida comenzó a cambiar.

23

El nuevo colegio era un centro mixto de unos veinte años de antigüedad. No destacaba por enviar a muchos chicos a las mejores universidades, pero tampoco tenían mala fama los estudiantes ni el colegio en sí.

El doctor Shim se ofreció a ir conmigo al acto de inicio de clases, pero rehusé y contemplé desde lejos un evento que no tuvo nada de especial. El edificio era de color rojizo y le habían hecho arreglos y remodelaciones durante las vacaciones. Olía intensamente a pintura y a materiales de construcción. Además, no estaba acostumbrado al uniforme y lo sentía rígido e incómodo.

Al día siguiente de comenzar las clases, la tutora me llamó aparte. Enseñaba química, era su segundo año en la docencia y tendría solo unos diez años más que yo. Más que sentarse, se tiró en el viejo sofá de color violeta que había en la sala de profesores. Se levantó una nube de polvo, por lo que tosió un par de veces llevándose el puño a la boca y por último se aclaró la garganta con un «¡ejem!». En el colegio era una profesora, pero probablemente en su casa sería la menor, la niña mimada de sus padres. Después de una sucesión de molestas tosecillas, habló por fin con tono animado:

—Lo has pasado muy mal, ¿no es cierto? ¿Cómo puedo ayudarte?

Parecía estar al tanto de lo que me había sucedido. El psicólogo y el abogado que habían atendido a los familiares de las víctimas debían de haber llamado a la escuela.

—Estoy bien —le contesté de inmediato.

No debió de ser la respuesta que esperaba porque extendió a todo lo ancho las comisuras de la boca y alzó ligeramente las cejas.

La cosa se destapó al día siguiente, en la última hora. La profesora había hecho el gran esfuerzo de aprenderse de memoria los nombres de todos los alumnos de su clase, pero nadie parecía muy conmovido por eso. Su afán solo le sirvió para decir «Fulano, cállate», «Mengano, siéntate en tu sitio» y cosas así. Era evidente que no tenía mucho talento para ganarse la buena voluntad de los estudiantes.

Además, intercalaba aquel «ejem» todo el tiempo cuando decía algo, pues tenía el hábito de soltar una tosecilla falsa cada tres segundos.

—Otra cosa, chicos —exclamó de pronto la profesora alzando la voz—. Un compañero ha vivido una experiencia muy dolorosa. Perdió a toda su familia la Navidad pasada. Démosle un aplauso para darle ánimo. ¡Seon Yunjae! ¡Levántate, por favor!

Hice lo que me pedía.

—Yunjae, ¡mucho ánimo! —exclamó y, levantando en alto los brazos, se puso a aplaudir. Parecía una de esas personas que trabajaban detrás de las cámaras en los estudios de grabación para indicarle al público cuándo batir palmas.

La reacción de mis compañeros no pudo ser más tibia. Aplaudieron con desgana y algunos solo simularon hacerlo. Se oyeron algunas palmas gracias a unos cuantos que lo hicieron de verdad, pero se apagaron enseguida. Lo que sí sentí fueron docenas de pares de ojos fijos en mí, en medio del silencio casi sepulcral que siguió a continuación.

Me equivoqué al responderle que estaba bien cuando la profesora me preguntó el día anterior si había algo que pudiera hacer por mí. Debería haberle dicho que su indiferencia era la mejor ayuda que me podía proporcionar.

24

No hizo falta mucho tiempo para que empezaran a correr los rumores sobre mí. Antes de terminar de escribir «Navidad» en la casilla de búsqueda del navegador de internet, automáticamente aparecían frases como «Cruel asesinato en Navidad» o «Espantoso crimen en Navidad». Tampoco era difícil encontrar artículos de prensa sobre el muchacho de dieciséis años que había perdido a su madre y a su abuela a la vez. La foto del velatorio estaba pixelada, pero lo habían hecho de manera tan tosca que cualquiera que me conociese podía reconocerme.

Las reacciones de mis compañeros fueron diversas. Algunos me señalaban con el dedo cuando me veían aparecer en el pasillo o se ponían a cuchichear sin ambages cuando me veían pasar, pero también estaban los que se venían a sentar a mi lado y me daban conversación a la hora de la comida. Y si giraba la cabeza en clase, siempre me encontraba con los ojos de alguno que me estaba observando.

Un día, uno de los chicos me hizo la pregunta que todos se hacían. Habíamos terminado de comer y estábamos volviendo al aula. Vi que se agitaba una pequeña sombra en la ventana del pasillo. Era una rama con un botón amarillo de forsitia en la punta que chocaba contra el vidrio. Me acerqué, abrí la ventana y torcí la rama hacia el lado contrario para que recibiera mejor el sol. Fue entonces cuando resonó una voz por todo el pasillo:

—Oye, ¿qué sentiste cuando murió tu madre ante tus ojos?

Me volví hacia la voz. Era un chico de complexión pequeña. A menudo contestaba de mala manera a los profesores y disfrutaba viendo las reacciones que desencadenaba con sus gestos y palabras. En todas partes siempre hay alguno así.

—Mi madre no murió, la que murió fue mi abuela.

Al oír mi respuesta, lanzó una exclamación de satisfacción por lo bajo. Luego echó un vistazo a su alrededor y se puso a reír con algunos que le devolvieron la mirada.

—¿Ah, sí? Perdona. Entonces te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué sentiste cuando viste morir a tu abuela?

Las chicas que estaban a su alrededor reprobaron su conducta con frases como «¿Qué te pasa?» y «¿Qué haces?».

—¿Qué? ¿No os interesa saberlo? —preguntó el chico alzando los hombros y mostrando las palmas, pero bajando un poco la voz.

—¿Queréis saberlo? —pregunté, pero nadie respondió. Todos se quedaron callados—. Pues no sentí nada.

Cerré la ventana y entré en el aula. De inmediato estalló un gran alboroto, pero ya era imposible volver atrás en el tiempo.

25

Me hice bastante famoso después de aquel incidente. Por supuesto, no era una fama buena o positiva. Cuando pasaba por los pasillos, los chicos se hacían a un lado como si se dividieran las aguas del mar y podía oír sus cuchicheos: «¡Es él, es él!» o «Y eso que parece normal». Cosas así. Hasta venían los estudiantes de segundo y tercer año a nuestro pasillo para conocerme. Yo era el chico que había estado en el lugar del crimen, el que había visto con sus propios ojos cómo alguien de su familia moría desangrado. El mismo que, aun así, era capaz de decir que no había sentido nada sin que se le moviera un pelo.

Muy pronto, los rumores se desbordaron. Comenzaron a aparecer chicos que decían haber estado en la misma clase que yo en primaria o secundaria y habían sido testigos de mi extraño comportamiento. Como suelen ser todos los rumores, eran bastante exagerados. Decían que mi coeficiente intelectual era de 200 y que podía apuñalar a cualquiera que se me acercara demasiado. Hasta llegaron a asegurar que era yo el que había matado a mi madre y a mi abuela.

Mi mamá solía explicarme que en un grupo siempre hacían falta los chivos expiatorios. Si había querido enseñarme algo tan cruel era porque sabía que las probabilidades de que yo fuese uno eran muy altas. Ahora que ni ella ni mi abuela estaban conmigo, su temor se había hecho realidad. Los chicos percibieron enseguida que yo no mostraba ninguna reacción a lo que me decían y de inmediato se pusieron a bombardearme con preguntas y a hacerme bromas pesadas sin el menor titubeo. Ya no tenía a mamá para que añadiera nuevas situaciones a la lista y creara los supuestos diálogos posibles, así que quedé en un estado de total indefensión.

Y no solo eso, también me convertí en el tema de discusión del claustro de profesores. Al parecer, habían recibido las llamadas de algunos padres quejándose de que mi presencia en la clase perturbaba la atmósfera de estudio y la concentración de los chicos, a pesar de que yo no había hecho nada para atraer la atención. Los profesores sencillamente no me comprendían. El doctor Shim tuvo que venir al colegio para tener una larga charla con mi tutora. Esa noche nos sentamos los dos frente a frente en un restaurante chino con sendos platos de tallarines *jjajangmyeon* de por medio. El doctor Shim no fue al grano hasta que

terminé de comer. Dio muchas vueltas para explicarse, pero, en resumen, opinaba que tal vez la escuela no fuese lo mejor para mí.

—¿Quiere que deje el colegio?

El doctor Shim negó con la cabeza.

—Nadie te puede pedir eso. Lo que quiero decir es que no sé si podrás aguantar ese trato. Es algo que puede continuar hasta que te hagas adulto.

—A mí no me importa mucho. Usted ya conoce mi problema, se lo habrá explicado mamá.

—No creo que a tu madre le guste que pases por algo así.

—Lo que quería mamá era que tuviera una vida normal, aunque la verdad es que a veces no estoy muy seguro de qué significa eso.

—Lo que quería era que tuvieras una vida corriente, como la de todo el mundo.

—Corriente… —murmuré para mí.

Probablemente, el doctor Shim no se equivocaba. Mamá quería que fuera igual a los demás, que tuviera una vida sin grandes vicisitudes, que fuera a la escuela como los otros chicos, que me graduara, que con un poco de suerte estudiara en una universidad, que consiguiera un empleo más o menos bueno, que me casara con alguien que me gustara, que formara una familia, que tuviera hijos… Cosas así, cosas que venían a ser lo mismo que su deseo de que no llamara la atención.

—Los padres esperamos mucho de nuestros hijos, pero, cuando vemos que no es posible que lo logren, nos conformamos con que sean como el resto del mundo y pensamos que eso es lo mínimo que se puede esperar de ellos. Pero, si se piensa bien, una vida común y corriente a veces es lo más difícil de alcanzar.

Lo que en el fondo había querido mi abuela para mamá era que tuviera una vida como la de todo el mundo, ya que ella no la había tenido. Como decía el doctor Shim, no era fácil ser como todos. La gente habla a la ligera e incluso desdeña ser común y corriente, pero ¿cuántos gozan de la tranquilidad que implica ese tipo de vida? Para mí en particular, era algo casi irrealizable porque precisamente no había nacido como el resto del mundo. Ni tampoco había nacido con dotes especiales, así que yo no era más que un chico raro que estaba perdido en algún punto entre ambos extremos. Por ello, decidí aceptar el desafío de ser como el resto del mundo.

—Voy a seguir yendo al colegio.

Esta fue la conclusión de nuestra conversación.

El doctor Shim asintió con la cabeza y dijo:

—La cuestión es «cómo». Déjame darte un consejo. Cuanto más uses tu mente, más se desarrollará. Si la usas mal, cultivarás la parte mala; pero si la usas bien, cultivarás la parte buena. Tengo entendido que tienes una zona de tu cerebro menos desarrollada que las demás. Yo creo que, si la ejercitas, podrás hacer que cambie.

—Me ejercito mucho. Mire, por ejemplo, hago esto… —dije subiendo todo lo que pude las comisuras de los labios, aunque sabía muy bien que mi sonrisa no se parecía en nada a la de los demás.

—Díselo a tu madre.

—¿Qué?

—Que has empezado el bachillerato y que te va bien en el colegio. Se alegrará mucho.

—No serviría de nada. Ella no me puede oír.

El doctor Shim no dijo nada más y pensé que me daba la razón.

26

La lluvia primaveral resbalaba en largas gotas por el cristal de la ventana. A mamá le agradaba la lluvia, decía que le gustaba cómo olía, pero ahora no podía oír siquiera su repiqueteo. ¿Olor a lluvia? No era más que el olor que se desprendía del asfalto mojado. Sentado junto a su cama, le tomé la mano. Su piel se había vuelto áspera. Cogí la crema hidratante con aroma de rosas y se la puse en las mejillas y las manos. Luego salí de la sala para ir a cenar. En el instante en que se abrió el ascensor, me crucé con la mirada de una persona. Fue la que me presentó al monstruo, la que hizo que nuestras vidas se encontraran.

Era un señor de mediana edad de cabellos grises. Vestía de un modo impecable, pero caminaba con los hombros caídos y tenía los ojos vidriosos. Si su expresión hubiera sido alegre, habría podido decir que era guapo. Sin embargo, se veía demacrado e incluso abatido.

Cuando nos cruzamos en el ascensor, sus pupilas se agrandaron de un modo indudable. Presentí que lo volvería a ver muy pronto. Por supuesto, soy consciente de que el verbo *presentir* no va bien conmigo, puesto que no puedo decir que lo haya sentido literalmente. Pero, si se piensa, los presentimientos no nacen de la nada. Los hechos que experimentamos en la vida diaria se van acumulando en el cerebro y son clasificados en condiciones y resultados. Cuando nos encontramos en una situación similar a otra ya experimentada bajo determinadas condiciones, inferimos el resultado sin darnos cuenta. En otras palabras, los presentimientos son datos que se derivan de causas muy concretas, del mismo modo que sabemos que, si metemos una fruta en la licuadora, obtendremos su zumo. La forma en que me miró aquel señor fue lo que provocó que me surgiera ese «presentimiento».

Lo había visto a menudo en el sanatorio. Ya fuera en el restaurante o en los pasillos, cuando me daba la vuelta porque tenía la impresión de que alguien me estaba mirando, indefectiblemente era él. Parecía observarme o querer decirme algo, por eso lo saludé con mucha naturalidad el día que apareció en la librería.

—Hola, ¿cómo le va?

El señor hizo un ligero movimiento de cabeza y se puso a mirar los libros en las estanterías. Sus pasos eran lentos y pesados. Pasó por la sección de filosofía y se quedó un buen rato en la de literatura, hasta que sacó un libro y se acercó a la caja con él en la mano.

Me sonreía ampliamente, pero por alguna razón no me miraba a los ojos. Mamá me había dicho que eso sucedía cuando uno estaba nervioso por algo. Me tendió el libro y me preguntó el precio.

—Un millón de wones —le respondí.

—Es mucho más caro de lo que pensaba —dijo hojéandolo de un lado y del otro—. ¿Tiene ese precio por alguna razón especial? No se trata de una primera edición… Además, es una traducción, así que, aunque lo fuera, no importaría mucho.

El libro en cuestión era *Demian*.

—Sí, pero de todas maneras vale un millón de wones.

Ese libro era de mamá. Había estado en un estante de su escritorio desde la secundaria. Era el libro que le había provocado el deseo de escribir y no pensaba venderlo bajo ningún concepto. Me pareció muy significativo que eligiera justo ese libro. El señor lanzó un profundo suspiro. Parecía no haberse afeitado en varios días porque le asomaba la barba.

—Voy a presentarme primero. Mi nombre es Yoon Kwonho. Soy profesor de Administración Empresarial en una universidad. Puedes encontrar mis datos en internet. No lo digo para presumir, sino para que sepas que soy una persona de confianza.

—Sí, lo conozco. Lo he visto varias veces en el sanatorio.

—Me alegro de que me reconozcas —dijo suavizando la expresión—. Me he entrevistado con tu tutor, el doctor Shim. Me contó por lo que has pasado. También me ha dicho lo especial que eres. Me animó a que hablara directamente contigo y por eso he venido. Es que quisiera pedirte un favor.

—¿Un favor?

—No sé por dónde empezar… —dijo después de una pausa.

—Si quiere que le haga el favor, tiene que decírmelo primero.

—Eres un chico muy lúcido, como me han dicho —dijo esbozando una breve sonrisa—. ¿Cómo está tu madre? Yo tengo a mi mujer enferma. Le queda muy poco tiempo de vida. Quizá solo unos días…

Su espalda se fue arqueando como un camarón. Respiró hondo y retomó lo que estaba diciendo:

—Me gustaría pedirte dos cosas. Una es que me acompañaras a ver a mi esposa. La segunda… —Se detuvo para tomar aire otra vez—, ¿podrías simular delante de ella que eres nuestro hijo? No será difícil. Solo tienes que repetir unas cuantas palabras. Yo te las diré.

No era una petición muy corriente. Nunca había oído algo así y me pareció muy raro. Le pregunté la razón para hacer semejante cosa, pero en lugar de responderme se levantó y dio una vuelta por la librería. Parecía ser del tipo de persona que necesita tomarse su tiempo para poder hablar.

—Nuestro hijo desapareció hace trece años —se explicó por fin—. Hicimos todo cuanto estuvo a nuestro alcance por encontrarlo, pero fue inútil. No nos faltaba el dinero y yo me convertí en profesor titular muy joven, poco después de que volviera de estudiar fuera. Mi esposa también tenía una carrera envidiable. Ambos teníamos eso que la gente llama éxito, pero todo cambió cuando perdimos a nuestro hijo. Nuestra relación se rompió y ella enfermó. Para mí tampoco han sido fáciles estos años. No sé por qué te estoy contando todo esto…

—¿Y entonces? —lo interrumpí temiendo que su relato se hiciera muy largo.

—Hace poco recibí una llamada avisándome de que había un chico que podía ser mi hijo, así que fui a verlo… —Hizo otra pausa y se mordió con fuerza el labio inferior—. Me gustaría que mi esposa viera a su hijo antes de que se vaya de este mundo, el hijo que siempre ha deseado —dijo haciendo mucho énfasis en las últimas palabras.

—¿El chico que encontró no es su hijo?

—Me cuesta… Es difícil de explicar… —concluyó bajando la cabeza.

—¿Y por qué yo?

—Mira esta foto.

Me tendió una hoja de papel. Era un volante pidiendo ayuda para dar con el paradero de un niño. Junto a la foto de un pequeño que tendría unos dos o tres años, había otra que permitía suponer su aspecto actual. No lo podría asegurar, pero podía decirse que se parecía a mí. No con exactitud, pero sí que tenía un aire semejante.

—¿El chico que encontró no tiene este aspecto? —volví a preguntar, pues no comprendía sus razones.

—No. De hecho, es parecido a la foto… o sea que se parece a ti. El problema es que el chico no está en situación de ver a mi esposa. Te lo pido, hazme el favor… Haré que trasladen a tu madre a una sala mejor. También le pondré una

cuidadora. Aparte de esto, haré cualquier cosa que me pidas si está en mis manos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Como siempre, le contesté que necesitaba tiempo para pensarlo.

No me había mentido. Pude encontrar fácilmente en internet información sobre su trabajo, su familia y su hijo perdido. Me acordé de que mi abuela solía decir: «Si no causa perjuicio, es mejor ayudar». Cuando vino a verme de nuevo al día siguiente, le dije que sí, que lo haría.

Sin embargo, si hubiera conocido a Goni antes, no habría aceptado. Pues por culpa de esta decisión, sin querer, le robé algo para siempre.

27

Toda clase de flores adornaban la habitación, que estaba cálidamente alumbrada por lámparas encendidas en varios lugares. Era muy diferente de la sala para seis donde estaba mamá. No parecía que estuviera en un sanatorio, sino en una habitación de hotel de cinco estrellas como las de las películas. A la señora debían de gustarle mucho las flores. La cabeza me daba vueltas debido al perfume que desprendían. El empapelado de las paredes también era de flores y me mareaba la vista. Tenía entendido que no se permitían flores en los sanatorios, pero al parecer hacían algunas excepciones.

El profesor Yoon se acercó con lentitud a la cama de la enferma llevándome del codo. Rodeada de tantas flores, la mujer producía la impresión de estar ya en un ataúd. Cuando me asomé, tenía la cara de los pacientes terminales que había visto en las películas. Ni siquiera el sol que entraba por la ventana lograba alejar la sombra cenicienta de su rostro. De pronto, extendió hacia mí su brazo flaco como una rama y me tocó la mejilla con una mano sin vida.

—¡Eres tú! Isu, mi hijo, mi precioso hijo, ¿por qué has tardado tanto en venir? —dijo mientras le escurrían las lágrimas.

Me pregunté de dónde sacaría las fuerzas para llorar de esa manera. Cada vez que se sacudía con sus sollozos, parecía que quedaría reducida a un montón de polvo y desaparecería.

—Perdóname, hijo. Quería hacer muchas cosas contigo… Comer y viajar juntos, ver cómo crecías… Pero nada salió como esperaba. A pesar de todo, te has convertido en un espléndido muchacho. Gracias, hijo…

Repitió más de una docena de veces las palabras «gracias» y «perdóname», y se puso a llorar otra vez. Después hizo un esfuerzo y trató de sonreír. Durante los treinta minutos que estuve allí, no me soltó la mano ni dejó de acariciarme las mejillas. Se podría decir que derramó sobre mí las últimas y pocas energías que le quedaban.

No dije mucho. Cuando ella se interrumpió por un momento, el profesor Yoon me hizo una seña y pronuncié las palabras que tenía preparadas. Dije que había crecido con una buena familia, sin pasar grandes dificultades, y que de ahora en adelante viviría con papá y estudiaría mucho. Y que no tenía nada de

qué preocuparse. No olvidé decir esto último con una ligera sonrisa. Debía de estar rendida, porque se le cerraron los ojos.

—¿Puedo abrazarte?

Fue lo último que me dijo. Con sus brazos delgados como ramas secas, me rodeó con fuerza la espalda. Me abrazó tan fuerte que me sentí cogido en una trampa imposible de escapar. Incluso pude percibir los latidos de su corazón y el calor de su pecho. Un rato después, se aflojaron sus brazos. «Se ha dormido», dijo la enfermera que estaba a su lado.

28

La señora había sido una periodista reconocida. Era una cronista arriesgada y enérgica. Escribía artículos agudos y dejaba con la boca abierta a sus entrevistados con preguntas que otros no se animaban a hacer. Sin embargo, estaba tan ocupada que, muy a su pesar, tenía que dejar a su hijo al cuidado de otras personas.

Ese día se tomó la tarde libre y llevó a su niño a un parque de atracciones. Subió a un carrusel con el pequeño en brazos. El sol estaba tibio y el paseo no pudo ser mejor. Sonó el móvil. El niño quería dar otra vuelta, pero lo tomó de la mano y se bajaron. Fue una conversación breve, pero cuando terminó la llamada, el niño ya no estaba. Ni siquiera recordaba haberlo soltado.

En ese entonces no había cámaras de seguridad en todas partes como ahora y las pocas instaladas dejaban muchos puntos ciegos. A pesar de que la policía llevó a cabo una larga investigación, no pudieron encontrar al niño. El matrimonio hizo todo lo que estuvo a su alcance, pero la esperanza de dar con él fue disminuyendo con el paso de los meses. Rezaban para que por lo menos estuviera vivo y en manos de buenas personas, pero lo cierto es que sufrían día y noche imaginando las cosas más terribles. La culpa no dejaba de atormentar a la señora, que concluyó que el éxito que había perseguido no era más que un engañoso espejismo. Estos oscuros pensamientos la fueron enfermando.

En el fondo, el profesor Yoon le echaba la culpa de la desaparición del niño, pero tenía miedo a la soledad y no quería perderla también a ella. Sin embargo, un buen día dejó de reconfortarla diciendo que el niño volvería con ellos algún día, como hacía al principio.

Poco antes de conocerme, había recibido una llamada de una institución de acogida. Cuando le dijeron que había un chico que podía ser su hijo, se presentó de inmediato en el lugar y se reencontró con él después de trece años. Sin embargo, aquel chico no podía reunirse con su madre en las circunstancias actuales, pues no era otro que Goni.

29

Quizá de verdad gastó en mí sus últimas energías, porque la señora entró en coma después de mi visita y falleció unos días después. El profesor Yoon me transmitió la noticia en un tono solemne y seco. No creo que muchas personas sean capaces de dar la noticia de la muerte de un ser querido de esa manera. Solo quienes tienen un desperfecto en la cabeza como yo o quienes hace mucho que se despidieron en sus corazones.

No sé por qué asistí al funeral. En realidad, no era necesario, pero lo hice. Tal vez porque la señora me había abrazado con demasiada fuerza.

El velatorio de mi abuela fue completamente diferente. Además de la confusión que reinaba por ser un funeral colectivo, yo era el único pariente de pie frente a su fotografía. En cambio, el velatorio de la señora parecía una reunión de viejos amigos que no se veían desde hacía tiempo. Todos estaban impecables y bien vestidos. Tenían profesiones y la forma de hablar propia de lo que se conoce como «personas cultas». También se llamaban mutuamente con títulos, como «profesor», «doctor», «presidente», «director» y otros por el estilo.

La foto de la difunta no se parecía en nada a la señora que yo había conocido. Sus labios tenían color, sus cabellos eran abundantes, tenía los pómulos carnosos y redondeados y sus ojos brillaban como velas encendidas. Además, parecía demasiado joven. ¿Por qué habrían utilizado una fotografía de cuando tendría poco más de treinta años? Como si se hubiera percatado de mi intriga, el profesor Yoon me explicó lo siguiente:

—Así era antes de que perdiéramos a nuestro hijo. Después de aquello, nunca más volvió a tener una expresión parecida. Ella misma quiso que utilizara esa foto.

Encendí una varilla de incienso e hice una reverencia. El tan anhelado deseo de reencontrarse con su hijo se había cumplido antes de morir. Al menos, así lo había creído. Si hubiera sabido quién era en realidad su hijo, ¿habría sido menos feliz?

Pensé que mi deber había concluido y estaba a punto de irme cuando sentí una especie de ráfaga fría. El aire gélido se expandió con rapidez. Todos se callaron como si hubieran sufrido el asalto de un silencio ineludible. Algunos se quedaron como congelados y con la palabra en la boca. Como si se hubieran puesto de acuerdo, las miradas convergieron en un solo sitio. Ahí estaba él.

30

Un chico muy delgado y bajo permanecía de pie con los puños cerrados. Sus brazos y piernas eran desproporcionadamente largos, pero parecía musculoso. Era un físico que recordaba al protagonista del manga japonés *Joe del mañana*. Sin embargo, no era un cuerpo conseguido a base de ejercicios y entrenamiento, sino como el que tenían los chicos pobres en los documentales de la televisión: un cuerpo tallado por el afán de rebuscar todo el día en la basura y andar detrás de los turistas mendigando un dólar para sobrevivir. Su piel era morena, pero no brillaba. Debajo de las cejas espesas como sombras, un par de pupilas de color negro azabache observaban desafiantes a la concurrencia. Lo que había hecho callar a la gente era esa mirada, la mirada de una fiera que muestra los colmillos aunque nadie tenga la intención de hacerle daño.

El chico lanzó un escupitajo al suelo. Parecía ser su manera oficial de saludar a la gente, como ya lo había hecho antes. Así era, no fue en el velatorio la primera vez que nos vimos.

Días atrás, había llegado un estudiante nuevo a mi clase. Se abrió la puerta del aula y entró un chico. Era Goni. Se quedó de brazos cruzados y apoyado en una sola pierna. Era su forma de demostrar que no estaba intimidado delante de tantos desconocidos. La profesora titubeó un poco, como si la nueva fuera ella, y luego le dijo a Goni que se presentara.

—Mejor hágalo usted —dijo pasando el peso de su cuerpo a la otra pierna.

Estallaron las risas y algunos hasta aplaudieron y gritaron. La profesora se puso colorada y agitó las manos para callar a la clase.

—Este es Yoon Isu. Ahora, saluda a los chicos.

Goni lanzó una interjección de fastidio e hizo un brusco movimiento con la cabeza haciendo sonar los huesos del cuello. A continuación, empujó uno y otro lado del interior de sus mejillas con la lengua, esbozó una sonrisa sardónica y finalizó con un escupitajo.

—Ya está, ¿no?

Se oyeron unos gritos ensordecedores de entusiasmo, pero, a diferencia de antes, también algunos insultos. En otras circunstancias, la profesora habría puesto orden y habría dicho que la siguiera de inmediato a la sala de profesores. Esta vez no dijo nada y miró hacia otro lado. Solamente se puso más roja por el esfuerzo que hizo para tragarse las palabras. Apenas una hora después de su presentación, Goni se marchó del colegio.

De inmediato comenzó la caza de sus datos personales. No habían pasado treinta minutos y ya todos sabían dónde había estado y qué había hecho antes de llegar a nuestro colegio. Uno de los chicos difundió la información que le dio un primo suyo, el cual iba a la misma escuela a la que había ido Goni después de salir del orfanato. A petición de todos, el chico llamó a su primo por teléfono y puso el manos libres. Toda la clase se ubicó en torno a él, mostrando un espíritu de unión nunca visto. Algunos incluso se subieron a los pupitres para escuchar mejor. Yo me quedé lejos, pero pude oír con claridad lo que decían:

—¡Es un delincuente! ¡Salvo matar a alguien, debe de haber hecho de todo!

Uno de ellos se dio la vuelta y se mofó de mí riéndose a carcajadas:

—Eh, idiota, ¿qué vas a hacer ahora? Has pasado a la historia ahora que llegó el nuevo.

Todos guardaron silencio cuando Goni entró al aula al día siguiente y se dirigió tranquilamente hacia su asiento. Los chicos miraron hacia otro lado o bajaron la cabeza como si estuvieran concentrados leyendo. Cuando parecía que se iba a sentar, Goni tiró su mochila sobre el pupitre.

—¿Quién ha sido? —preguntó furioso, como si estuviera muy al tanto de lo que había pasado el día anterior—. ¿Quién ha sido el que ha chivado mis datos personales? Será mejor que se levante solito.

Una ligera vibración recorrió el aire. El chico que difundió la información se levantó temblando:

—No… es que… mi primo me dijo que te conocía… —dijo con un hilo de voz.

Goni volvió a empujar las mejillas con la lengua y se sentó en su sitio.

—¡Pues gracias! Ya no hace falta que diga quién soy. Me has ahorrado el trabajo.

El día que me enteré del fallecimiento de la esposa del profesor Yoon, Goni faltó a clase, aduciendo la muerte de un familiar para justificar su inasistencia. Ni se me cruzó por la cabeza que pudiera ser el verdadero hijo de la señora que acababa de morir.

31

Abriéndose paso entre la gente, Goni se puso ante la fotografía de su madre. Siguiendo las indicaciones del profesor Yoon, encendió una varilla de incienso, llenó una copa de licor e hizo una reverencia. Sus movimientos fueron demasiado rápidos, se levantó de golpe sin realizar la segunda reverencia y en su lugar hizo un ligero ademán con la cabeza. El profesor Yoon le dio un pequeño empujón en la espalda para que la hiciera, pero Goni rechazó el contacto y desapareció.

A petición del profesor Yoon, me quedé a comer. La comida era parecida a la que preparaba mamá en las festividades tradicionales: sopa caliente, frituras, pasteles de arroz y frutas. Debía de tener hambre, porque comí con ganas.

A veces la gente no se da cuenta del tono de su voz cuando habla de otras personas. Piensa que lo está haciendo en voz baja, pero siempre hay alguien que oye. Aquí y allá, no hicieron más que hablar de Goni mientras yo comía. Decían que se presentó el segundo día del velatorio porque en realidad no quería venir, que había preparado una buena apenas salir del orfanato, que otro chico había hecho el papel del hijo ante la difunta y muchas otras cosas más. Yo permanecí sentado en un rincón y de espaldas a todos. No sé por qué, pero pensé que era lo mejor.

Cuando se hizo de noche y se fue la mayoría de la gente, Goni apareció de nuevo. Me clavó los ojos como señalándome y vino a sentarse a mi mesa sin quitarme la vista. Comió en silencio dos porciones de sopa de ternera picante con arroz y, secándose el sudor de la cara, me dijo:

—¿Eres tú el cabrón que se hizo pasar por mí?

No hizo falta contestarle, pues siguió hablando sin esperar mi respuesta:

—Te esperan tiempos difíciles. Aunque también puede que sea divertido.

Lanzó una risita y se levantó de la mesa. Al día siguiente supe qué me había querido decir.

32

Siempre había dos chicos andando detrás de Goni. Uno flacucho que hacía las veces de secretario y transmitía sus palabras y otro grandote que hacía de guardaespaldas. Sin embargo, los tres no parecían muy amigos, más bien daban la impresión de andar juntos por una especie de relación contractual o un objetivo en común que los unía.

En todo caso, el molestarme se convirtió en el nuevo pasatiempo de Goni. Como si fuera una de esas cajas sorpresa de las que al abrirse salta un muñeco, aparecía cuando menos lo esperaba. Se emboscaba en el quiosco del colegio para lanzarme un golpe o se paraba al final del pasillo para ponerme el pie y hacerme tropezar. Cada vez que tenía éxito con esas triquiñuelas, se reía a grandes carcajadas como si celebrara un gran triunfo y era imitado por los dos que lo escoltaban, que hacían eco de sus risas.

Yo no le respondía de ningún modo. Fue creciendo en todos el miedo a Goni y la lástima hacia mí, pero nadie le dijo a la profesora lo que pasaba. En parte porque sabían que les acarrearía consecuencias molestas, pero también porque yo no daba muestras de necesitar ayuda. La actitud de la mayoría consistía en asistir como espectadores al número que se montaban los dos tipos raros de la clase.

Sabía de sobra cuál era la reacción que Goni esperaba de mí. Ya había conocido chicos de ese tipo en primaria y secundaria. Lo que buscaban era ver cómo se les desfiguraba la cara de la angustia a quienes hostigaban y que luego les rogaran llorando que los dejaran tranquilos. En general usaban la fuerza para conseguir lo que querían. Sin embargo, yo sabía que, si lo que ansiaba Goni era ver el más mínimo cambio de expresión en mi cara, jamás lo lograría. De hecho, cuanto más lo intentara, más crecería su frustración.

Pasado un tiempo, pareció darse cuenta de que el blanco de sus maldades no era como los demás. Siguió molestándome, pero ya no se lo veía tan seguro. «¿Se habrá achicado? Hasta parece nervioso», cuchicheaban los chicos por lo bajo.

Cuanto más indiferente me mostraba y cuanto más tiempo pasaba sin pedir ayuda a nadie, más crecía la tensión en el ambiente.

Goni debió de cansarse porque, un tiempo después, en lugar de hacerme tropezar todos los días o darme golpes a la cabeza, me retó oficialmente a un duelo. Apenas se marchó la profesora del aula al acabar las clases, su compinche flacucho fue corriendo a la pizarra y empezó a escribir con letras torcidas:

Mañana después de la comida delante de la incineradora

—Estás advertido, así que elige. No aparezcas si no quieres que te muela a golpes. Sabré que te has cagado y no te volveré a molestar. Pero si se te pasa por la cabeza venir, es mejor que te prepares —dijo Goni alzando la voz y con tono amenazador.

Me colgué la mochila y me levanté del pupitre sin responderle. Goni me tiró un libro a la nuca.

—¿Me has oído, idiota? Si no quieres que te mate a golpes, ¡ni te asomes!

Goni se había puesto rojo de furia y jadeaba.

—No pienso evitarte. Voy a ir por donde voy siempre. Si no estás, no pasará nada; pero si estás, nos encontraremos y ya está —le respondí sin alzar la voz y me fui del aula tranquilamente, dando la espalda a los insultos que me lanzaba.

Todo lo que pensé fue que Goni se estaba fastidiando a sí mismo con sus tonterías.

33

El colegio entero supo de nuestro duelo. Todos estaban alborotados desde por la mañana y no hacían más que hablar de lo que iba a suceder después de comer. «Ahhh, ¡no pasa el tiempo!», exclamaba alguno, y otro replicaba: «¿Te parece que Yunjae va a ir?». También estaban quienes hacían apuestas acerca del ganador. Yo asistí a todas las clases como de costumbre. Para mí el tiempo no transcurría ni más rápido ni más lento, sino como siempre. Al término de la cuarta hora, sonó la campana que anunciaba la hora de la comida.

Nadie se sentó a mi lado en el comedor. Hasta ahí todo era igual que siempre. Cuando me levanté de la mesa después de comer, vi a varios que se levantaron también. Al empezar a moverme, se sumaron muchos más. Salí del comedor. El camino más corto para ir a las aulas era pasando por la incineradora. Me puse a andar hacia allí con pasos lentos. Goni estaba solo, sin sus compinches. Le pegaba a la pila de leña con el pie, pero dejó de hacerlo en cuanto sintió que me aproximaba. Todavía nos encontrábamos lejos, pero pude ver cómo cerraba sus puños. A medida que se fue acortando la distancia entre ambos, los chicos que me seguían se dispersaron.

Goni tenía una cara difícil de descifrar. Para estar enfadado, se mordía demasiado fuerte el labio; y para estar triste, tenía los ojos muy abiertos. No sabía cómo leer su expresión.

—¡Se ha cagado encima! No sabe qué hacer el Isu ese —gritó alguien.

Ahora solo nos separaban unos cuantos pasos de distancia. Yo continué andando a la misma velocidad. Lo único que quería era llegar cuanto antes al aula para echarme una siesta corta con la cabeza sobre los brazos, ya que siempre me entraba sueño después de comer. Casi sin darme cuenta, pasé de largo a Goni, como si fuera parte del paisaje. Oí unos gritos y algo me dio en la nuca. Quizá no había apuntado bien, pues solo me rozó, sin que llegara a dolerme. Sin embargo, antes de que me diera la vuelta, recibí una patada que me hizo caer de bruces.

—Te dije… que… no… apa… re… cie… ras…, idiota… Te… lo… has… bus… cado… tú… solo… —dijo haciendo coincidir las pausas con las patadas.

Sus golpes se fueron haciendo cada vez más fuertes. Dejé escapar algunos quejidos y se me acumuló la sangre en la boca mientras seguía tumbado en el suelo, pero no podía darle lo que él quería.

—¿Qué clase de bicho eres? ¡Cabrón de mierda! —gritaba Goni con la cara crispada, como si fuera a echarse a llorar.

Los chicos que contemplaban el espectáculo comenzaron a inquietarse: «¡Le puede pasar algo!», «¡Que alguien avise a la profesora!». Cuando Goni oyó estas voces que se destacaban entre la bulla generalizada, se dio la vuelta y, paseando la mirada por los presentes, gritó:

—¿Quién ha sido? Salid al frente en lugar de murmurar a mis espaldas, ¡malditos bastardos!

Entonces comenzó a coger cuanto objeto había en el suelo para tirárselo a los mirones. Volaron por el aire latas vacías, trozos de madera y botellas. Los chicos se asustaron y salieron corriendo y gritando. Era una escena que yo conocía bien. Cuando sucedió lo de mamá y la abuela, la gente se comportó de un modo parecido. No podía dejar que pasara lo mismo. Escupí la sangre que me llenaba la boca y le dije:

—No sigas. No puedo darte lo que quieres.

—¿Qué? —gritó Goni bufando.

—Para darte lo que quieres, tendría que actuar y eso me cuesta mucho trabajo. De hecho, no puedo, me es imposible. Así que no sigas. Todos parecen tenerte miedo, pero en el fondo se ríen de ti.

Goni miró a su alrededor. Se hizo el silencio. Era como si el tiempo se hubiera detenido. La espalda de Goni se arqueó como la de un gato enfurecido y gritó:

—¡Mierda! ¡Idos todos al diablo!

Comenzó entonces a lanzar una sarta de insultos y maldiciones sin parar, exhibiendo una rabia imposible de describir.

34

El verdadero nombre de Goni era Yoon Isu, como lo había presentado la profesora el primer día. Se lo había puesto su madre, pero no se acordaba de que nadie lo hubiera llamado así alguna vez. Además, no le gustaba porque lo hacía parecer débil. De todos los nombres que había tenido, Goni era su preferido.

Se encuentra en un lugar desconocido y rodeado de gente que habla en un idioma extraño. Es tan pequeño que no tiene la menor idea de qué hace allí, solo oye mucho alboroto y griterío. Ese es su primer recuerdo. Dice que vivió con un matrimonio de ancianos chinos en una vivienda minúscula de Daerim-dong. Lo llamaban Zheyang. Durante varios años no lo dejaron salir a la calle y seguramente por esta razón fue imposible dar con su paradero en los primeros tiempos.

Los ancianos desaparecieron cuando se presentaron los inspectores de inmigración en busca de ilegales en la zona y Goni pasó de una familia a otra hasta que acabó en un orfanato. Todos creían que era el nieto de esos ancianos. Como no había registros oficiales de que se hubieran vuelto a su país, no se abrió una investigación ni buscaron a sus verdaderos padres.

Después de pasar un tiempo en aquel orfanato, fue adoptado por un matrimonio sin hijos. Allí lo llamaron Donggu. Sin embargo, no lo tenían en las mejores condiciones y, cuando la mujer dio a luz un hijo propio dos años después, solicitaron la anulación de la adopción. Goni volvió al orfanato, pero tuvo que ser internado varias veces en un reformatorio por sus fechorías. El nombre de Goni se lo había puesto él mismo cuando estaba en el Centro de la Esperanza.

—¿Qué significa? ¿Se puede escribir en caracteres chinos?

—No, yo no me complico la vida. Simplemente se me ocurrió —me dijo esbozando una sonrisa irónica.

Así era Goni. Yo también estaba de acuerdo en que Goni iba mucho mejor con él que Zheyang, Donggu o Isu.

Por el episodio de la incineradora lo expulsaron durante una semana. Quién sabe lo que podría haber ocurrido si ese día alguien no hubiera avisado a tiempo a la profesora. Citaron al profesor Yoon a la escuela y tuvo que sentarse cara a cara con el doctor Shim, mi tutor oficial. Este se mostró bastante indignado, pero no alzó la voz y dijo que lamentaba haberle dado su permiso para ponerse en contacto conmigo. Con la cabeza hundida en los hombros, el profesor Yoon escuchó en silencio a la profesora, quien le explicó que tendría que cambiar a Goni de escuela si no mejoraba su comportamiento después de la expulsión.

Unos días después, Goni y yo nos sentamos frente a frente en una pizzería. Sus ojos ya no hervían de furia, seguramente porque estaba con su padre. Según supe después, el profesor Yoon lo había azotado por primera vez. Como era un caballero, tiró contra la pared el vaso que tenía en la mano cuando se enteró de lo sucedido y lo zurró con una vara en las pantorrillas. Sin embargo, consideró aquello como una mancha en la imagen de intelectual que se había forjado a lo largo de toda su vida y eso dificultó aún más la relación ya de por sí incómoda entre padre e hijo.

Debía de ser duro ser castigado por un padre al que no se ha visto durante más de diez años. Y, para colmo, antes de llegar a intimar o conocerse bien.

El doctor Shim decía que el profesor Yoon era un hombre demasiado adusto. La máxima que guiaba su vida era no causar perjuicio al prójimo y no podía soportar que alguien de su progenie se dedicara a violar sistemáticamente ese principio. Su enojo por que el hijo que tanto había esperado se comportara de esta manera era mucho más grande que la compasión que le despertaba. En consecuencia, eligió el camino de azotar a Goni y pedir perdón a todo el mundo. Se disculpó con los profesores, con los compañeros de su hijo y también conmigo.

Hacer que nos sentáramos en una pizzería y pedir el plato más caro fue también una forma de pedir perdón. El profesor puso sus manos en las rodillas y repitió varias veces las mismas frases en voz alta para que las oyera Goni. Su voz temblaba y no me miraba a los ojos.

—Te ofrezco mis sinceras disculpas por lo que tuviste que sufrir. Es mi culpa…

Yo tomé la pajita y sorbí con lentitud mi Coca-Cola. Parecía que la disculpa no fuera a acabar nunca y, a medida que el profesor hablaba, la expresión de

Goni se fue endureciendo. Me hacía ruido la panza y la pizza en el centro de la mesa se estaba enfriando.

—No siga, por favor. No he venido para oír sus disculpas. En todo caso, quien las tiene que pedir es su hijo, así que le agradecería que nos dejara solos.

El profesor se había sorprendido, porque abrió mucho los ojos. Goni también levantó las cejas.

—¿Estarás bien?

—Sí. Si llega a pasar algo, lo llamaré.

Goni resopló por la nariz. El profesor tosió unas cuantas veces, pero luego se puso en pie con torpeza.

—Yunjae, seguro que él lo lamenta también.

—Tiene boca para decírmelo, señor.

—Está bien, comed la pizza. Llámame si ocurre algo.

—Lo haré.

Antes de marcharse, apoyó su mano con pesadez sobre el hombro de Goni. Este no hizo ningún gesto de rechazo, pero apenas se marchó su padre se limpió el hombro con la mano.

35

La Coca-Cola burbujeaba como si hirviera, pues Goni no dejaba de soplar por la pajita. Tenía los ojos vueltos hacia el cristal del escaparate, pero, salvo algunos automóviles que pasaban de vez en cuando, no había nada para ver afuera. Había un pimentero de acero plateado en la mesa. Sus curvas perfectas reflejaban el entorno como una lente de gran angular. Me miré en él la cara llena de costras y moretones. Parecía un boxeador que había perdido una pelea. Goni también me observaba a través del reflejo. Nuestras miradas se encontraron en la superficie del pimentero.

—Estás muy guapo —comentó Goni con sorna.

—Todo gracias a ti.

—¿Crees que voy a pedirte disculpas?

—Eso me tiene sin cuidado.

—Entonces ¿por qué le has pedido que nos deje solos?

—Porque tu padre habla demasiado y quería un poco de silencio.

Goni volvió a resoplar por la nariz, como escondiendo la risa.

—Así que tu padre te pegó…

Le dije lo primero que se me vino a la cabeza. No debió de ser un comienzo adecuado porque se le dilataron las pupilas.

—¿Quién te dijo eso?

—Él mismo.

—¡Cállate! Yo no tengo padre.

—No porque digas eso tu padre deja de ser tu padre.

—¿Quieres morir? ¡Cierra la puñetera boca!

Goni tomó el pimentero. Lo aferró con tanta fuerza que las uñas se le pusieron blancas.

—¿Qué? ¿Vas a armar escándalo aquí también?

—¿Y por qué no?

—Haz lo que quieras. Te lo pregunto para tomar mis propias precauciones.

Como si hubiera desistido, acercó el vaso de Coca-Cola y otra vez se puso a hacer burbujas. Lo imité. Goni se metió un pedazo de pizza en la boca, lo

masticó unas cuantas veces y lo tragó, lanzando una exclamación de satisfacción. Yo hice exactamente lo mismo.

—Chiflado estúpido —murmuró al percatarse de que lo imitaba.

—Chiflado estúpido —dije también.

Goni hizo un par de gestos con la boca y yo hice lo mismo. Entonces, probó a hacer muecas raras y se puso a mascullar cosas como «pizza», «caca», «inodoro» y «muérete de una vez». Como un loro o un payaso, yo repetí exactamente sus palabras y sus gestos, incluso el ritmo de su respiración.

El extraño juego del espejo siguió un rato, pero Goni empezó a cansarse. Dejó de reírse y tardaba en encontrar expresiones y gestos difíciles. Yo copiaba hasta los ruidos que hacía con la boca o cuando fruncía ligeramente las cejas sin querer. Parecía que mi maniática imitación le impedía imaginar nuevos gestos y palabras.

—Basta ya —dijo por fin Goni.

—Basta ya —repetí sin hacer caso.

—¡Basta, idiota!

—¡Basta, idiota!

—¿Te parece divertido, cabrón?

—¿Te parece divertido, cabrón?

Goni se calló y se puso a dar golpecitos en la mesa. Cuando lo imité, dejó de hacerlo al instante. Silencio total. Se quedó mirándome de soslayo sin decir nada. Diez segundos, veinte segundos, un minuto… Corrigió su postura y yo hice lo mismo.

—Si yo…

—Si yo…

—Si yo tiro abajo la mesa y rompo todos los platos, ¿podrías hacer lo mismo?

—Si yo tiro abajo la mesa y rompo todos los platos, ¿podrías hacer lo mismo?

—Si mato a todos los que están aquí con los platos rotos, ¿harías lo mismo?

—Si mato a todos los que están aquí con los platos rotos, ¿harías lo mismo?

—Bien.

—Bien.

—Entiéndelo bien. Esto lo has empezado tú.

—Entiéndelo bien. Esto lo has empezado tú.

—Si te detienes aquí, no vales una mierda, ¿me entiendes?

—Si te detienes aquí, no vales…

Antes de que yo pudiera terminar la frase, Goni barrió con el brazo la Coca-Cola, alzó la mesa y la golpeó contra el suelo y se puso a soltarle insultos a la gente.

—¿Qué miráis? ¡Locos de mierda! ¿Os parece sabroso esto? ¡Metéoslo por el culo!

Goni tiró por los aires la pizza y los botellines de salsa. La pizza cayó a los pies de una señora y la salsa salpicó la cabeza de un niño.

—¿Por qué no haces lo mismo? ¡Pedazo de estúpido! —gritó mirándome furioso—. Tú empezaste esto, ¿por qué no me copias ahora?

Vino corriendo un empleado y trató de disuadirlo, pero Goni no se aplacó en lo más mínimo. Hasta alzó el brazo como si fuera a pegarle. Algunos clientes sacaron sus móviles para tomarle fotos y otro empleado cogió el teléfono para hacer una llamada.

—¡Cópiame, idiota! —volvió a gritar Goni, pero yo ya estaba abriendo la puerta del local para marcharme.

Como había quedado, llamé al profesor Yoon. Llegó de inmediato, antes incluso de atender el móvil. Al parecer, se había quedado cerca por temor a que ocurriera algo. Mientras yo miraba el estropicio a través del vidrio, el profesor abrió la puerta y entró en el local. Vi cómo le temblaba la espalda, cómo abofeteaba a Goni no una, sino dos, tres veces, y le sacudía la cabeza de arriba abajo con sus manazas. Solo vi eso y me alejé del lugar. No era un espectáculo que me divirtiese.

Estaba hambriento, pues casi no había probado la pizza. Comí un cuenco de fideos *udon* en una casa de comidas rápidas cerca del metro y me fui a ver a mamá. Dormía en silencio. Como siempre. El catéter se había salido de la bolsa de orina y colgaba debajo de la cama, dejando escapar el líquido amarillo. Llamé a una enfermera y la puse al tanto de lo que ocurría. El rostro de mamá estaba grasiento. Si pudiera verse al espejo, se habría sorprendido. Mojé un algodón con tónico y se lo pasé por la cara, luego le puse una loción dándole golpecitos suaves con los dedos.

Salí del sanatorio y caminé hasta la librería. Era una noche muy silenciosa. Saqué un libro de la estantería de la tienda. Hablaba de las cosas que le pasaban a un chaval desde el momento que dejaba la escuela hasta que llegaba a su casa. Decía que quería ser un guardián que protege a los niños escondido en un campo de centeno. El libro terminaba con el protagonista viendo cómo su hermana

Phoebe giraba sobre un carrusel arropada con un abrigo verde. Ya lo había leído varias veces. Me gustaba ese final abrupto.

La cara de Goni se superponía a las páginas del libro mientras lo leía, la cara que tenía cuando su padre lo agarraba de los pelos, aunque no estaba muy seguro de qué quería decir su expresión.

Cuando estaba a punto de dormirme, llamó el profesor Yoon. Se interrumpió una y otra vez y llenó esas pausas con silencios y suspiros. Se ocuparía de todos los gastos médicos de mi madre y tomaría medidas para que Goni no volviera a acercarse a mí.

36

«No hay nadie que no pueda ser salvado. Solo hay personas que dejan de intentarlo». Lo dijo el escritor estadounidense P. J. Nolan, que fue sentenciado a muerte por el asesinato de su hijastra. Nolan se declaró inocente y durante el tiempo que estuvo en prisión escribió un ensayo autobiográfico en su defensa. Con los años, el libro se convirtió en un *best-seller*, pero Nolan nunca lo supo, ya que fue ejecutado en la fecha prevista en su condena.

El verdadero asesino confesó diecisiete años después de la muerte de Nolan y probó su inocencia: el que había violado y matado a su hijastra no había sido él, sino el vecino de la casa de al lado.

La ejecución de Nolan provocó una gran polémica. Nolan había sido inocente en lo que respecta a su hijastra, pero tenía un copioso historial por violencia, robo, tentativa de homicidio y otros crímenes cuando fue detenido. Mucha gente estaba convencida de que era una bomba de relojería a punto de estallar y que tarde o temprano habría terminado cometiendo algo terrible. Sea como sea, mientras todo el mundo juzgaba a su antojo a este hombre que había pasado a mejor vida, su libro se vendía como pan caliente.

La mayor parte del ensayo describe con crudeza una infancia infeliz y una juventud repleta de rencor y furia. Nolan narra de un modo tan minucioso lo que sentía cuando clavaba un cuchillo o violaba a alguien y los métodos que utilizaba para hacerlo que el libro fue prohibido en algunos estados de Estados Unidos. Describe los procesos de un modo increíblemente impasible, como si explicara el modo de clasificar los alimentos para guardarlos en la nevera o la manera de ordenar los papeles desperdigados metiéndolos en sobres. «No hay nadie que no pueda ser salvado. Solo existen las personas que dejan de intentarlo». ¿Qué había querido decir con esta frase? ¿Había sido una especie de señal pidiendo auxilio? ¿Era quizá la expresión de un profundo resentimiento hacia el mundo?

¿Goni y el hombre que había apuñalado a mamá y a la abuela pertenecían a la misma clase de personas que Nolan? ¿O tal vez era yo el que se asemejaba más a Nolan?

Deseaba comprender mejor las cosas que sucedían en este mundo y para hacerlo necesitaba a Goni.

37

El doctor Shim se mostraba siempre calmado aunque le dijera cosas que escandalizarían a cualquier otra persona. Así sucedió cuando le conté lo que había pasado con Goni en la pizzería. Fue también la primera vez que le hablé largamente sobre mí. Le expliqué que había nacido con los cuerpos amigdalinos más pequeños de lo normal y que tenía una corteza cerebral poco sensible a los estímulos. También mencioné la educación especial que solía darme mamá. El doctor Shim agradeció mi sinceridad.

—Entonces… no tuviste miedo cuando Goni te pegaba. Pero aun así sabes que eso no significa que seas valiente, ¿verdad? Quiero dejarte bien claro esto: si algo parecido vuelve a suceder, no voy a quedarme de brazos cruzados. Mi responsabilidad es cuidar de ti. Deberías haber evitado a ese chico.

Reconocí que tenía razón. Eso era exactamente lo que me había enseñado mamá, pero, como suele ocurrir, el atleta se relaja en ausencia de su entrenador. Mi cerebro se volvía haragán, esa era su naturaleza.

—Me parece estupendo que sientas curiosidad por las personas, aunque no me alegra nada que el objeto de esa curiosidad sea ese chico.

—En circunstancias normales, me diría que no me acerque a Goni, ¿no es cierto?

—Probablemente. Si fuera tu madre, seguro que te diría eso.

—Quisiera conocerlo mejor. ¿Eso es malo?

—¿Quieres ser su amigo?

—¿Qué quiere decir?

—Pues que, por ejemplo, puedas hablar con él mirándolo a los ojos con sinceridad como lo estamos haciendo tú y yo ahora. Ir a comer juntos, compartir con él lo que piensas, ofrecerle tu tiempo aunque no haya dinero de por medio… En eso consiste la amistad.

—No sabía que usted y yo fuéramos amigos.

—Ja, ja, ja. Lo somos. Espero que pienses lo mismo. Quizá suene trillado, pero si está escrito que te encuentres con él, así será. El tiempo dirá si lo vuestro es o no una amistad.

—¿Le puedo preguntar por qué no me prohíbe que lo vea?

—No me gusta encasillar a las personas, ya que todos somos diferentes. Y menos cuando se trata de chicos de tu edad.

El doctor Shim había sido cardiocirujano en una clínica universitaria. Hacía un gran número de intervenciones quirúrgicas y sus pacientes siempre evolucionaban favorablemente. Sin embargo, mientras él estaba muy ocupado en escudriñar los corazones de los demás, el corazón de su esposa fue enfermando poco a poco. Empezaron a hablar cada vez menos, pero él siguió sin tener tiempo para ella. Un día hicieron un viaje que habían postergado. Fueron a un centro turístico en una isla tranquila y rodeada del mar azul. El doctor Shim estaba contemplando el ocaso con una copa de vino blanco en la mano. Pensaba en todo el trabajo que le esperaba cuando volviera a la clínica. Se quedó dormido antes de que el sol se hundiera en el horizonte, pero se despertó al oír una respiración jadeante. Su mujer se agarraba el pecho con los ojos desorbitados por un fallo en las señales eléctricas de su corazón. Sin ningún síntoma previo, su pulso se elevó a los quinientos latidos por minuto. Todo fue tan rápido que lo único que pudo hacer el doctor Shim fue tomarle la mano llorando y decirle que pronto estaría bien, que aguantara un poco.

El corazón de su esposa latió como un caballo desbocado hasta que se paró de pronto. No había un desfibrilador a mano y nadie vendría corriendo en su ayuda por más que gritara «código azul». Lo único que pudo hacer fue masajear desesperadamente su corazón como un aficionado. Cuando la ambulancia llegó una hora después, ya estaba fría y rígida. Así partió su esposa de su lado. Después de eso, no pudo volver a empuñar el bisturí. No hacía más que pensar cuánto la había amado y se recriminaba no habérselo dicho nunca. No volvió a sentirse capaz de abrirle el pecho a alguien y escrutar un corazón palpitante.

No habían tenido hijos. Cada vez que pensaba en su esposa, le parecía sentir el aroma de un pan recién horneado. Ella siempre le hacía bollos con sus propias manos y esos sabores le recordaban las cosas que añoraba, momentos de la infancia que había olvidado o escenas triviales e inexplicables. A pesar del trabajo que implicaba, nunca se cansó de ponerle bollos calientes y olorosos en la mesa por las mañanas. El doctor Shim decidió aprender a hornear panes para tenerla siempre presente y porque era lo único que podía hacer por ella. En todo caso, no me pareció muy lógico. ¿Qué sentido tenía hornear bollos para su esposa si ella ya no estaba con él y no podía probarlos?

Mamá y el doctor Shim habían hablado muchas tardes. Al principio como inquilina del edificio y luego, como cliente habitual de la panadería, habían charlado de los temas más variados. Ella, que jamás hablaba sobre su hijo con nadie, le había pedido que se ocupara de mí hasta que me hiciera mayor si llegaba a pasarle algo. Me costaba creer que mi madre y aquella que confiaba sus secretos y los míos al doctor Shim fueran la misma persona, pues siempre había hecho todo lo posible para que nadie supiera de mi condición. Había sido una suerte que tuviera esa faceta desconocida para mí.

38

Según mi abuela, la librería era un lugar densamente poblado, en donde miles de escritores, vivos y muertos, convivían apretujados. Sin embargo, los libros permanecían en silencio. Callaban hasta que yo los abría y solo entonces contaban sus historias en voz baja y hasta donde yo quería.

Pensaba en eso con un libro en la mano cuando me pareció oír algo. Un chico de contextura pequeña y con las solapas de la camisa levantadas vaciló un poco al verme y desapareció entre las estanterías. Alcancé a verle una estrella afeitada en la cabeza. Un rato después, me tiró una revista para adultos sobre el mostrador. Con los labios entreabiertos y la espalda ligeramente echada hacia atrás, una mujer rubia con una melena de leona estaba sentada sobre una motocicleta, enfundada en una chaqueta de cuero que no alcanzaba a cerrarse del todo por sus pechos exuberantes.

—¡Qué hortera! Te la compro porque es una antigüedad. ¿Cuánto es?

Era Goni.

—Veinte mil wones. Como bien dices, es de colección. Por eso vale lo que vale.

Rebuscó en los bolsillos refunfuñando y dejó caer de mala gana algunos billetes y monedas.

—Oye… —dijo, poniendo los codos sobre el mostrador, con el mentón entre las manos y mirándome fijamente—. Eres como un robot, ¿no? No puedes sentir nada, ¿no es cierto?

—Más o menos.

Goni resopló un par de veces.

—He hecho mis averiguaciones sobre ti. Para ser más exacto, sobre tu maldito cerebro —dijo, dándose unos golpecitos con los dedos en la cabeza, que sonó como a una sandía madura—. Ahora lo entiendo todo. Ya me parecía raro. Perdí mi tiempo contigo.

—Tu padre me dijo que lo llamara si venías.

—No hace falta que hagas eso —dijo, y le brilló un resplandor en los ojos.

—Lo voy a llamar, se lo prometí.

Levanté el auricular del teléfono de la tienda, pero Goni lo tiró al suelo antes de que pudiera llevármelo a la oreja.

—¿No me has entendido, cabrón? Te he dicho que no lo hagas. No pienso hacerte nada.

Dio una vuelta por la librería y se puso a toquetear algunos libros.

—¿Te dolieron mis golpes? —me preguntó de repente, de lejos y alzando la voz.

—Por supuesto.

—Serás un robot, pero no eres de lata, ¿eh?

Iba a abrir la boca, pero me callé. Como me ocurría siempre, me costaba explicar mi condición. Sobre todo ahora que no tenía a mamá para que me ayudara con las aclaraciones pertinentes.

—Digamos que puedo sentir el frío, el calor, el hambre y el dolor, como todo el mundo. Si no fuera así, no estaría vivo.

—¿Y eso es todo?

—También siento cosquillas.

—¿Te ríes si te hacen cosquillas?

—Probablemente. No estoy muy seguro porque hace mucho tiempo que nadie me las hace, pero creo que sí.

Goni hizo un ruido como de globo desinflado y se acercó de nuevo al mostrador.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Me encogí de hombros.

—Oí que tu abuela se murió. ¿Es verdad? —me preguntó apartando la mirada.

—Sí.

—Y que tu madre es como un vegetal.

—Se puede decir que sí.

—Y que todo ocurrió delante de ti, que viste cómo un loco las acuchillaba.

—Así es.

—¿Y te quedaste mirando sin hacer nada?

—Pues sí.

Goni se volvió hacia mí. Sus ojos temblaban.

—¡Qué pedazo de cabrón! ¿Cómo pudiste quedarte mirando, cuando tu abuela y madre se morían ante tus ojos? ¡Deberías haber matado a palos a ese tipo allí mismo!

—No hubo tiempo para eso. Él mismo se mató enseguida.

—Sí, pero, aunque no se hubiera matado, tú no habrías hecho nada. ¡No eres más que un cobarde de mierda!

—Puede ser.

—¿No te cabrea que te hable así? ¿Cómo es que no se te cambia la cara? ¿No te acuerdas de ellas? ¡Que si no te acuerdas de tu abuela y tu madre!

—Me acuerdo. Mucho. Y a menudo.

—¿Cómo puedes dormir? ¿Cómo puedes levantarte e ir al colegio todos los días? ¿No te das cuenta? ¡Eran tu familia y se desangraron a tus pies!

—No sé cómo, pero uno sigue viviendo. Quizá los demás tarden más, pero yo creo que también terminarían por comer y dormir algún día. Estamos hechos para seguir viviendo.

—¿Quién te crees que eres? Si fuera tú, me daría tanta rabia que no podría pegar ojo. Ni yo pude dormir cuando me lo contaron. Yo a ese tipo lo habría mandado al otro mundo con mis propias manos.

—Perdona, no sabía que no habías podido dormir por mi culpa.

—¿Que te perdone? ¿Sabes pedir perdón pero no derramaste ni una sola lágrima por tu abuela? ¡Desalmado!

—Ahora que lo dices, tienes razón. Es que me enseñaron a usar esa frase en los momentos adecuados.

—No entiendo qué tienes en esa mollera —dijo Goni chasqueando la lengua.

—Seguramente todos piensan eso aunque no lo digan. Me lo dijo mamá.

—¡Idiota!

Después de este último insulto, Goni se quedó callado. Me puse a pensar en el diálogo que habíamos mantenido.

—Pero… ¿ese es todo el vocabulario que sabes usar? —pregunté yo esta vez.

—¿Qué?

—No dices más que palabrotas y, además, siempre las mismas. Me parece que tienes un vocabulario muy limitado. Te ayudaría mucho leer. Podrías conversar más con la gente.

—Míralo al robot dando consejos —replicó Goni riéndose—. Gracias por esto. Volveré si me aburro.

Agitó la revista en el aire y los pechos de la mujer sobre la motocicleta se sacudieron. Antes de salir, se dio la vuelta para decirme:

—¡Ah! Y no hace falta que llames al tipo que dice ser mi padre. Pienso irme

derechito a casa ahora mismo.

—Ojalá que sea verdad. Ya sabes, no me puedo dar cuenta si me mientes.

—¿Quién te crees? Si te digo que voy a casa es que voy.

La puerta se cerró con estrépito y un soplo de aire se coló en la librería. Olía ligeramente a verano.

39

El profesor Yoon debió de llegar a un acuerdo con la pizzería porque nadie notificó al colegio lo ocurrido y solo circuló como un rumor entre los chicos. Durante un tiempo hubo en el ambiente una tensión fría, como si fuera a estallar algo, pero pronto todos se dieron cuenta de que no pasaría nada. Goni andaba con la cabeza bien gacha y no hablaba con nadie. Los dos chicos que lo seguían a todas partes lo dejaron y se fueron con otra pandilla. Goni buscaba un rincón apartado para comer solo y, en lugar de andar buscando pelea, dormía durante las clases con los brazos sobre el pupitre. No pasó mucho tiempo hasta que de ser el chico problemático se convirtiera en uno más del montón. Y a medida que Goni dejó de ser el centro de atención, también dejaron de interesarse en mí. Siempre había algo nuevo que atraía la curiosidad de los chicos. Alguien pasó la fase preliminar de un programa televisivo de audiciones y estuvo en el candelero un tiempo.

Según la manera de catalogar de los chicos, Goni y yo éramos oficialmente «enemigos», como era de esperarse tras lo sucedido. Por esta razón, si bien nunca nos pusimos de acuerdo sobre ello, en el colegio nos ignorábamos por completo. No nos hablábamos ni cruzábamos las miradas. Como las tizas, los borradores y las pizarras, simplemente formábamos parte de la escuela. En ese sitio, ninguno de los dos era como era de verdad.

40

—Esta porquería es demasiado artística. No muestra nada —se quejó Goni arrojándome al mostrador la revista que había comprado.

Hablaba con el mismo tono y los mismos gestos de siempre, pero habían perdido intensidad. No había tirado la revista al suelo y ya no gritaba. Tampoco tenía los hombros contraídos.

No sé la razón, pero las visitas intempestivas de Goni se hicieron cada vez frecuentes, aunque no hice nada para fomentarlas. Llegó a pasar por la librería casi todas las tardes, pero no había manera de saber cuánto tiempo se quedaría. A veces soltaba unas cuantas frases insulsas y se iba tan pronto como había llegado. Otras veces se quedaba mirando los libros sin decir nada y bebiendo a sorbos una lata de gaseosa. Quizá pasaba tan a menudo porque yo nunca le hacía preguntas.

—Lamento que no te haya gustado, pero, por política de la tienda, no te puedo devolver el importe, salvo que el ejemplar tenga algún defecto. Y menos todavía cuando ha pasado tanto tiempo desde que la compraste.

—¿Y quién te ha pedido una devolución? —dijo Goni resoplando—. La he traído porque me daba no sé qué tenerla en casa. Digamos que me la llevé prestada.

—Es un clásico en su género. Hay gente que las colecciona.

—¡Así que elegí un clásico! La pondré en la lista de libros leídos para el colegio —dijo lanzando una risita, como si le divirtiera lo que acababa de decir, pero al ver que no me reía se puso serio enseguida.

Reírme por lo que ha dicho alguien entra dentro de las cosas que más me cuestan. Aunque me esfuerce, lo máximo que puedo hacer es levantar un poco las comisuras de la boca. Como se nota que es una sonrisa forzada, la gente la confunde fácilmente con una burla.

La mayoría de las veces que me tildaron de frío y seco fue precisamente por mi sonrisa. Incluso mamá quedaba agotaba a la hora de explicarme que sonreír de manera natural en los momentos adecuados era muy importante en las relaciones sociales. Al final ideó otra salida. Me dijo que aparentara estar haciendo otra cosa o no haber oído bien. Aun así, no acertaba el momento de

hacer estas cosas y dejaba que fluyera un silencio incómodo hasta que encontraba algo que decir. Pero ya no tenía necesidad de hacer nada de esto con Goni.

—Es del año 1995, toda una reliquia para ser una revista —continué hablándole del tema de los clásicos—. Cuesta mucho conseguirla. Tal vez no todos opinen lo mismo, pero es un clásico de verdad.

—Entonces recomiéndame otra cosa. Que sea un clásico también.

—¿Un clásico en ese género?

—Sí, un clásico de verdad, como tú dices.

Los clásicos suelen estar en las librerías en sitios ocultos a la vista. Guie a Goni hasta una estantería apartada. Saqué un volumen del rincón más profundo y polvoriento del mueble. Era un álbum de fotografías obscenas de fines del siglo XIX. Se veía a nobles abrazando a cortesanas *gisaengs* en distintas poses sexuales. Habían sido tomadas sin tapujos y eran muy provocativas, pues la mayoría dejaban ver los genitales sin ningún disimulo. Lo único que las hacía diferentes de las fotos actuales era que todos estaban vestidos a la usanza tradicional y que eran en blanco y negro.

Le tendí el libro y Goni se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Se quedó boquiabierto al pasar las páginas.

—¡Impresionante! ¡Mira qué émulo nos dejaron los antepasados!

—Querrás decir «ejemplo». Para serte sincero, te hacen falta más lecturas.

—¡Eres un cabronazo!

A pesar del insulto, Goni siguió pasando las hojas. Lo hacía con lentitud y tragando saliva a ritmos regulares. Algo parecía incomodarle porque subía y bajaba los hombros, y descruzaba y volvía a cruzar las piernas.

—¿Cuánto vale?

—Es caro. Y mucho. Es una edición especial. Aunque sea una copia, es una pieza de colección.

—¿Hay gente que busca esto?

—Los conocedores que saben lo que vale. Quedan muy pocos, así que no pienso venderlo si no es a un coleccionista. Ten cuidado con él.

Goni cerró el libro y se puso a mirar las otras publicaciones de ese rincón de la estantería: *Penthouse, Hustler, Playboy, Sunday Seoul*… Eran todos ejemplares raros y caros.

—¿Quién consiguió todo esto?

—Mamá.

—¡Pero qué buen ojo! —Y añadió de inmediato—: Es un elogio. Quiero decir que es buena para los negocios.

41

Goni se equivocaba. Mamá no tenía el más mínimo talento para los negocios. Salvo en lo que a mí concernía, en todo lo demás se dejaba llevar por el romanticismo y el arrebato. La librería de segunda mano era la prueba más patente. En los primeros tiempos de la tienda, se devanó los sesos pensando con qué libros le convenía llenar las estanterías, pero no se le ocurrió ningún tema en especial. Al final terminó comprando de todo: libros técnicos, académicos, ejercicios de exámenes, infantiles y de ficción, como cualquier otra librería. Al sobrarle un poco de dinero, pensó que sería una buena idea instalar una cafetera automática. Según ella, el aroma del café y los libros combinaban de maravilla.

—¡Qué cafetera ni qué ocho cuartos! —se burló la abuela.

La abuela tenía un talento especial para hacerle perder la paciencia con solo unas palabras. Mamá se enfureció al oír esa frase que echaba por tierra su supuesto gusto refinado, pero mi abuela, sin que se le moviera una pestaña, añadió bajando un poco la voz:

—Mejor trae libros obscenos.

Mamá se quedó boquiabierta y se puso a resoplar indignada, pero la abuela supo ser persuasiva:

—En mi opinión, las mejores pinturas de un maestro antiguo como Kim Hongdo son las eróticas. Se convierten en clásicos cuando pasa el tiempo. Cuanto más explícitas son, más valor alcanzan. Busca ese tipo de libros. —Y remató con la misma frase con que había empezado—. ¡Qué cafetera ni qué ocho cuartos!

Mamá se lo pensó durante varios días hasta que decidió hacerle caso. Buscó por internet a personas que quisieran vender revistas eróticas viejas y su primera transacción fue con un hombre que la citó en la estación de Yongsan. Eran una buena cantidad, así que la abuela y yo la acompañamos para ayudar a traerlas. El sujeto, que tendría alrededor de cincuenta años, debió de asustarse al ver llegar a dos mujeres y a un chico, porque desapareció a toda prisa cuando mamá le dio la suma pactada. Las pilas estaban atadas con cordeles y con las tapas al descubierto. Durante el viaje en metro, la gente no paraba de mirarnos al descubrir las revistas junto a nosotros.

—No me extraña. ¡Eran pilas y pilas de mujeres desnudas! —comentó la abuela chasqueando la lengua cuando llegamos a casa.

—¡No te hagas la santa, que fue tuya la idea! —le respondió mamá alzando la voz.

Después de varias transacciones directas de este tipo, mamá consiguió ejemplares tan raros como el que le mostré a Goni. Gracias a ese arduo trajín a pie, se completó lo que llamamos la «colección de clásicos» de la abuela.

Desafortunadamente, la intuición de la abuela no funcionó. Si bien a veces algunos señores de mediana edad se detenían en el rincón de las revistas para adultos, ya no estábamos en los tiempos en que los aficionados a los vídeos eróticos tenían que alquilarlos directamente en las tiendas venciendo el pudor, como ocurría cuando mamá era joven. Ahora esa clase de aficiones reservadas se podían resolver desde casa por múltiples vías sin que se enterara nadie. No era corriente que en los 2010 una librería de segunda mano ofreciese material pornográfico y, menos todavía, que los clientes pusieran ese material en el mostrador para comprarlo, sobre todo cuando la propietaria del lugar era una mujer. Salvo unos cuantos ejemplares que compró el dueño de una tienda de discos usados para decorar su local, los clásicos de ese género jamás se vendieron y terminaron arrumbados en un rincón. Goni fue el primero en elegir y comprar una de esas revistas con total desenvoltura.

42

Ese día Goni compró varias revistas más con la excusa de que eran «clásicos». Me preguntó si podía llevárselas prestadas, pero le dejé claro que esto era una librería y no una biblioteca.

—Ya te entendí, cabezota de mierda. En fin, te las voy a devolver después de mirarlas porque, como podrás imaginar, no puedo tenerlas en casa.

Seguía usando palabrotas, pero su tono era más amable.

Unos días después volvió con las revistas. Le dije que no hacía falta que me las trajera, pero se empecinó en dejármelas.

—Tómalas, idiota. Son demasiado conservadoras para mi gusto.

No valía la pena insistir, así que se las acepté. Sin embargo, noté que faltaban algunas páginas en uno de los ejemplares y que otras habían sido recortadas. Miré el nombre que aparecía en la tapa de la revista: Brooke Shields. Como si lo hubiera pillado en falta, Goni me lanzó una mirada desafiante.

—Esta es muy difícil de conseguir. Casi no quedan revistas de Brooke Shields de su mejor época en la estantería.

—¿No tienes otras fotos de ella?

—Espera.

Encendí el ordenador que estaba sobre el mostrador y escribí en el buscador «Young Brooke Shields». La pantalla desbordó de fotos de cuando era niña y jovencita y de cuando estaba en la cúspide de su carrera. Goni no paraba de asombrarse:

—¿Cómo un ser humano puede ser tan hermoso?

Fue mirando las fotos de una a una con la boca abierta hasta que de pronto lanzó una exclamación de desagrado:

—Puaj, ¿qué es esto?

«Brooke Shields ahora». Había visto la foto de una mujer cincuentona y llena de arrugas que ocupaba toda la pantalla. Su juventud se había marchitado, pero todavía conservaba algo de su belleza. Sin embargo, Goni no parecía pensar lo mismo:

—¡Qué fiasco! Se me hizo trizas la fantasía. Mejor que no la hubiera visto…

—No digas eso, nadie envejece porque quiere. Es imposible escapar del paso del tiempo y la vida siempre nos depara las sorpresas más extrañas.

—¿Te crees que no lo sé? Hablas como un viejo.

—¿Quieres que te pida disculpas?

—¡Cállate! Pero ¿por qué…? ¿Por qué tuvo que cambiar así? No me tenías que haber mostrado esa foto. ¡La culpa es tuya, idiota!

Esa tarde Goni se quedó despotricando un buen rato contra Brooke Shields y contra mí y al final se marchó sin comprar nada.

Apareció un par de días después.

—Tengo una pregunta que hacerte.

—¿Cuál?

—He estado viendo más fotos de Brooke Shields. No las de antes, sino las de ahora.

—¿Has venido para decirme eso?

—No te pases.

—Perdón, no lo hago a propósito.

—En fin, estuve viendo fotos de ella y me puse a pensar…

—¿En qué?

—En el tiempo y el destino.

—Jamás lo habría imaginado de ti.

—Oye, idiota, ¿sabías que a veces puedes ser un gran cabrón?

—No, no lo sabía.

—¿Quieres que te sacuda?

—Mejor no.

Goni explotó en una carcajada. Inhaló una bocanada de aire y su risotada se desdobló en cinco jajás continuos. No tenía la menor idea de por qué se reía, así que cambié de tema.

—¿Sabías que los chimpancés y los gorilas también se ríen?

—¿Y qué?

—¿Sabes en qué se diferencia su risa de la humana?

—¿Qué me importa? Ya sé que quieres dártelas de listo, así que dilo de una vez.

—Los seres humanos pueden lanzar una carcajada larga con una sola inhalación, pero los primates solo pueden reírse una vez con cada expulsión del

aire. Es como si hicieran respiración abdominal: ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!, ¡ja!

—¡Me voy a descojonar! —exclamó Goni y volvió a reírse.

Esta vez no fue una sucesión de jajás, sino de jijís. Luego, como si quisiera calmarse, hizo una inspiración profunda y largó el aire con lentitud. Algo estaba cambiando. Era mínimo, pero era algo.

—¿Qué es eso que pensaste del destino y el tiempo? —le pregunté.

Me sentí raro porque era la primera vez que mantenía un diálogo de ese tipo con Goni, pero no me detuve.

—Es difícil de explicar… ¿Sabría Brooke Shields cuando era joven que iba a ser vieja? ¿Que iba a ser tan diferente? Una cosa es saberlo y otra muy distinta el imaginarte que te pondrás viejo y serás otro. Fue lo que se me ocurrió de pronto. Quizá toda esa gente rara que ves cuando vas por la calle… No sé… Esas viejas vagabundas que van hablando solas… O esos lisiados que perdieron las piernas y piden limosna arrastrándose por el suelo… Tal vez toda esa gente era muy diferente cuando era joven… Eso fue lo que se me ocurrió.

—Siddhartha pensó lo mismo que tú y por eso dejó el palacio donde vivía.

—Sid… ¿qué? Me suena.

Su comentario me dejó sin habla, pero preferí no ofenderlo.

—Sí, es bastante conocido.

—En fin… —dijo sin enfadarse. Luego miró a un punto en la lejanía y bajó la voz—. Lo que quiero decir es que quizá tú y yo nos convirtamos luego en algo que no habíamos imaginado.

—Seguramente. Sea en la dirección que sea, así será. De eso se trata la vida.

—Otra vez dándotelas de listo. No te hagas el viejo, que estás tan verde como yo.

—Querrás decir que tenemos la misma edad.

Goni alzó el brazo como si fuera a pegarme, pero lo bajó murmurando «Si no fuera porque…».

—En fin, ya no quiero ver más revistas viejas. No me divierten. Me hacen pensar en cómo se marchita todo lo hermoso. Un robot estúpido como tú jamás lo entendería.

—Ya que has perdido el interés en Brooke Shields, te voy a recomendar un libro que puede servirte de ayuda.

—A ver… —respondió Goni, con indiferencia.

Le recomendé *El arte de amar* de un autor extranjero. Al ver el título, se lo llevó esbozando una sonrisa significativa. Volvió unos días después para

protestar porque le había dado una porquería. Pero al final no resultó ser una recomendación tan en balde.

43

Casi sin darnos cuenta, ya estábamos a principios de mayo. Había pasado tiempo suficiente para que nos habituáramos al colegio y a los compañeros. La gente suele decir que mayo es la reina del año, pero a mí no me lo parece. Lo realmente difícil es que el invierno dé paso a la primavera. Es decir, que la tierra helada se descongele, asomen los botones y broten las flores en las ramas que parecían muertas. El verano, en cambio, llega solo; basta con dar unos pasos más hacia delante con el impulso que trae la primavera. Según lo veo yo, mayo es el mes más holgazán del año y está sobrevalorado con respecto a lo que es capaz de hacer.

Por otro lado, mayo es el mes en que se extrema el contraste entre mi realidad y el mundo. En mayo todo se moviliza y brilla, pero mamá y yo continuamos rígidos y grises, como si viviéramos en un eterno enero.

Como abría la librería solo por las tardes después de volver del colegio, las ventas no crecían. Me acordé de la abuela, que decía que cuando un negocio no marchaba había que cerrarlo sin vacilar. Barría el suelo y desempolvaba las estanterías todos los días, pero tenía la sensación de que todo se deterioraba inevitablemente en ausencia de mamá y la abuela. Ya no me sentía tan seguro de poder seguir ocupándome yo solo de la tienda.

Recorría las estanterías llevando una pila de libros cuando se me cayeron de las manos y una de las hojas me produjo un corte en un dedo. No era un accidente frecuente en un lugar lleno de tomos viejos y cargados de humedad. Fue simple mala suerte. La hoja que me lastimó pertenecía a una enciclopedia de páginas tiesas y gruesas. Me quedé mirando cómo me sangraba la herida. En el suelo quedaron estampadas las gotas rojas como sellos de lacre.

—¿Qué haces ahí, idiota? ¡Estás sangrando!

Era Goni. No me había percatado de su presencia, pero se acercó a inspeccionarme.

—¿Te duele? —me preguntó abriendo mucho los ojos y acercándome un pañuelo de papel.

—No es nada.

—No te hagas el valiente. Si sangra, duele. ¿Eres estúpido o qué?

Goni estaba enfadado. El corte debía de ser más profundo de lo que parecía porque el pañuelo se tiñó enseguida de rojo. Me acercó un par de pañuelos más y me vendé fuerte el dedo con ellos hasta que sentí latir mi pulso. Un rato después la sangre se detuvo.

—¿Ni siquiera puedes cuidarte solo? —me gritó Goni.

—No duele mucho.

—¿Te chorrea la sangre y dices que no duele mucho? ¿Te das cuenta de que eres un robot de verdad? Es por pensar así, por no tomarte las cosas a pecho, por lo que te quedaste mirando como un tarado cuando a tu abuela y tu madre las… Por eso no se te pasó por la cabeza cómo les dolería, ni hiciste nada para evitarlo. Por eso no te enfureciste. ¡Porque no sientes nada!

—Así es, los médicos dicen que es de nacimiento.

Psicópata. Era la palabra que usaban con más frecuencia los chicos para burlarse de mí, incluso desde primaria. Mamá y la abuela se ponían como locas, pero a mí no me parecía del todo equivocado ese calificativo. Quizá lo fuera de verdad. Si le hiciera daño o matara a alguien no me sentiría culpable ni confundido. No sentiría nada de nada, pues así había nacido.

—¿Que eres así de nacimiento? ¡Es lo peor que te pueden decir en el mundo!

44

Un tiempo después, Goni apareció en la librería con una pequeña caja de plástico transparente. Quién sabe de dónde la habría sacado, pero dentro había una mariposa. No tenía suficiente espacio para volar y se chocaba contra las paredes de la caja con un repiqueteo seco.

—¿Qué es esto?

—Hoy pienso enseñarte algo.

Goni no se reía, de modo que no era una broma. Metió la mano con cuidado y extrajo la mariposa de la caja. Se retorcía inútilmente con sus alas finas como pétalos aprisionadas en las manos de Goni.

—¿Qué crees que siente? —me preguntó.

—Creo que le gustaría moverse.

Goni tomó una ala con cada mano y comenzó a tirar. La mariposa movía sus antenas y su cuerpo como enloquecida.

—Si lo haces para hacerme sentir algo, mejor no lo hagas.

—¿Por qué no?

—Porque le dolerá.

—¿Cómo lo sabes si no te lo estoy haciendo a ti?

—Porque duele si te tiran de los brazos. Lo sé por experiencia.

Goni no me hizo caso y las convulsiones de la mariposa aumentaron. La tenía cogida de las alas, pero él miraba hacia otro lado.

—¿Crees que le va a doler? Eso no es suficiente.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que sentir que te duele a ti también.

—¿Y por qué? Yo no soy la mariposa —le respondí.

—Está bien. Seguiré hasta que sientas algo.

Goni tiró un poco más de las alas, mirando todavía hacia otro lado.

—Te dije que no hicieras eso. No está bien jugar con la vida de otros seres.

—No repitas lo que dicen los libros. Ya te lo he dicho. Solo voy a parar cuando vea que sientes algo.

En ese instante se rompió una de las alas. Goni soltó un resoplido breve y rápido. Sin un ala, la mariposa no hacía más que dar vueltas sobre sí, agitando en

vano la que le quedaba.

—¿No te da lástima? —me preguntó Goni jadeando.

—No tiene buena pinta.

—Claro que no, pero ¿no te da lástima, estúpido de mierda?

—Dejemos esto.

—¡No!

Un poco alterado, Goni sacó algo del bolsillo. Era una aguja. La acercó a la mariposa, que no paraba de dar vueltas.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Mira bien.

—No sigas.

—Mira bien. Si no lo haces, te juro que rompo todo.

No quería que dejara la librería hecha un desastre. Sabía muy bien que Goni era capaz de hacer eso y mucho más si se lo proponía. Tenía los ojos fijos en la mariposa como un sacerdote a punto de comenzar un rito de sacrificio cuando, de repente, le clavó la aguja. El bicho se retorció en silencio con todas sus fuerzas, batiendo la única ala desesperadamente.

Goni me miró con fiereza y, apretando los dientes, le arrancó el ala que le quedaba. Pero al que se le cambió la expresión no fue a mí, sino a Goni. Le temblaron las cejas y se mordió fuerte los labios.

—¿Qué tal? ¿Sientes algo? ¿Vas a decirme que no tiene buena pinta y ya? ¿Eso es todo lo que puedes sentir? —me gritó con la voz quebrada.

—Ahora diría que le duele y mucho. El que no tiene buena pinta eres tú.

—Así es, a mí no me gustan estas cosas. Prefiero una buena tunda o que te maten de una vez, pero no soporto las torturas a fuego lento.

—¿Y por qué lo haces? Ya te dije que no puedo darte eso que quieres de mí.

—¡Cállate la boca! ¡Cabrón de mierda!

Tenía la cara fuertemente contraída, como aquel día que me había dado de patadas en el suelo, junto a la incineradora. Goni trató de hacerle algo más a la mariposa, pero no pudo. Despojada de sus alas y con la aguja clavada en la barriga, seguía retorciéndose, pero ya no era una mariposa. Era un ser que manifestaba su dolor con todo el cuerpo. Dando vueltas hacia delante, hacia atrás y hacia los costados, hacía uso de sus últimas fuerzas. ¿Suplicaba para que no siguiera? ¿Quería seguir viviendo a toda costa? Debía de ser el instinto. No la movían los sentimientos, sino el instinto y los sentidos.

—¡Mierda! ¡No aguanto más!

Goni tiró la mariposa al suelo y la pisoteó varias veces, restregándola con todas sus fuerzas.

45

Solo quedó una especie de mancha donde había caído la mariposa. Deseé que se hubiera ido a un lugar mejor que este. También pensé que debería haber hecho algo para que la mariposa no sufriera tanto.

Lo que ocurrió ese día fue como el juego de quién mantiene abiertos los ojos durante más tiempo. Pierde el que los cierra primero. Siempre me llevaba la palma en este tipo de competencias. La gente hace todo lo posible para no cerrar los ojos, pero en mi caso simplemente no sé cerrarlos.

Goni no volvió a aparecer durante un buen tiempo. ¿Por qué se había enfurecido después de hacerle aquello a la mariposa? ¿Fue porque yo no mostré ninguna reacción? ¿Se odió a sí mismo por lo que hizo? Había una sola persona a la que podía preguntarle todas estas cosas.

El doctor Shim siempre se esforzaba por proporcionarme respuestas. También era el único que me escuchaba sin prejuicios cuando le hablaba de la relación especial que mantenía con Goni.

—¿Tendré que vivir así el resto de mi vida, doctor? Me refiero a no sentir nada.

Se lo pregunté mientras comíamos *udon*. El doctor Shim me llevaba a menudo a cenar fuera y en general me invitaba a fideos. Parecía que solo le gustaban los bollos y la pasta.

Terminó de tragarse un pedazo de nabo *danmuji* y se limpió la boca antes de decirme:

—Es una respuesta muy difícil, pero te diré esto: ya es un gran avance que te hagas estas preguntas, así que continúa esforzándote.

—Pero ¿en qué debo esforzarme? Si mi cerebro es así de nacimiento… Mamá me daba almendras todos los días y yo me las comía religiosamente, pero no sirvió de nada.

—Pues… yo creo que estimular tu cerebro puede ser más efectivo que comer almendras. ¿Sabes? El cerebro es mucho más tonto de lo que parece.

Según el doctor Shim, aunque hubiera nacido con los cuerpos amigdalinos más pequeños, si me esforzaba por tener sentimientos, el cerebro creería que eran auténticos aunque en realidad fueran falsos y eso podría activar las amígdalas e influir en su crecimiento. Entonces quizá se me haría un poco más fácil leer los sentimientos de los demás.

—¿Cree que mi cerebro cambiará después de permanecer dieciséis años igual?

—Te daré un ejemplo. Por mucho que una persona sin aptitudes se ponga a practicar patinaje todos los días, seguramente nunca se podrá convertir en un patinador eximio. Es poco probable también que una persona sin oído musical pueda cantar a la perfección el aria de una ópera sobre un escenario y reciba el aplauso del público. Sin embargo, si estas personas se ejercitan a fondo, seguro que la primera podrá cruzar la superficie de un lago congelado tambaleándose un poco y la otra cantar hasta el final una canción equivocándose en algunas notas. Ese el milagro que puede lograr la práctica constante, aunque tenga sus límites.

Asentí lentamente. Entendía lo que quería decirme, pero no me convencía del todo. ¿Funcionaría también para mí?

—¿Desde cuándo te haces estas preguntas?

—Desde hace un tiempo.

—¿Por alguna razón o circunstancia especial?

—No estoy seguro. Es como cuando todos los demás han visto una película y yo no. No pasa nada aunque no la vea, pero, si la veo, tendré más cosas de qué hablar con los demás.

—¡Pero si es un gran avance! ¿Te das cuenta de que con eso que acabas de decirme estás manifestando tu deseo de comunicarte con el mundo?

—Debe de ser la edad del pavo.

El doctor Shim se rio.

—Ya que estás en ello, procura ejercitarte con cosas alegres y bonitas. Tu cerebro es como una hoja en blanco, así que, en lo posible, llénala de cosas buenas y positivas.

—Lo intentaré. No sé muy bien cómo hacerlo, pero cualquier cosa es mejor que quedarme de brazos cruzados.

—Mira, no siempre es bueno llegar a comprender los sentimientos. A veces pueden ser muy traicioneros. El mundo te parecería completamente diferente si los tuvieras. Te darías cuenta de que aun las cosas más pequeñas que te rodean pueden herirte como armas afiladas, que una palabra o una expresión de la cara

pueden pincharte como espinas. Pongamos los guijarros de la calle. No pueden sentir, pero tampoco pueden ser dañados porque no son conscientes de nada. Pero, si se dieran cuenta de que son pateados, pisoteados, aplastados y rotos cientos de veces al día por la gente, ¿cómo crees que se sentirían? Ummm, tal vez no es un buen ejemplo el que te he dado. En fin, lo que quiero decirte…

—Lo sé. Mamá me decía cosas parecidas a menudo. A lo mejor lo hacía para consolarme. Era una mujer muy inteligente.

—Todas las madres lo son —dijo el doctor Shim con una sonrisa.

Dejé pasar un rato antes de volver a hablar.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—¡Claro! La que quieras.

—Es sobre las relaciones humanas…

El doctor Shim lanzó una carcajada, acercó su silla y apoyó los brazos sobre la mesa. Le conté lo que hizo Goni con la mariposa y vi cómo cerraba los puños sin darse cuenta. Sin embargo, cuando terminé de hablar, aflojó la expresión y esbozó una gran sonrisa.

—¿Qué es lo que quieres saber exactamente? ¿Por qué Goni hizo eso? ¿Cuáles son sus sentimientos?

—Creo que las dos cosas.

—Me parece que Goni quiere ser amigo tuyo —dijo el doctor asintiendo con la cabeza.

—Amigo… —repetí en tono indiferente—. ¿Se le arranca las alas y se mata una mariposa cuando se tiene ganas de ser amigo de alguien?

—No, claro que no —dijo entrelazando los dedos—. En todo caso, debió de sentirse herido en su amor propio después de matar la mariposa.

—¿Por qué?

El doctor Shim lanzó un largo suspiro.

—No es fácil hacerme entender las cosas, doctor.

—No, no es eso. Estaba pensando cómo decírtelo de una manera fácil y simple. Yendo directo al meollo, ese chico siente mucha curiosidad por ti. Quiere conocerte y también quiere ser como tú. Por lo que me has contado, siempre es él quien se acerca. ¿Qué tal si te acercas tú?

—¿Cómo lo hago?

—En este mundo, hijo, existen por lo menos cien respuestas diferentes a cada pregunta. Yo no puedo darte la respuesta exacta. Tú mismo debes

encontrarla. Pero si quieres que te dé un consejo, lo haré en forma de pregunta: ¿cuál es la actitud más recurrente que ha mostrado contigo?

—Pegarme.

—Me había olvidado —dijo el doctor, encogiendo los hombros—. Eso no. ¿Qué más?

—Ummm… —Me quedé pensando un rato—. Pues venir a verme.

El doctor Shim le dio un golpecito a la mesa y asintió con la cabeza.

—Me parece que has encontrado una buena manera de empezar.

46

La señora que trabajaba en la casa de Goni me estaba pelando una manzana. Era regordeta y me sonreía. Los rasgos de su boca y sus ojos eran tan dulces que parecía estar siempre sonriendo. La cáscara de la manzana caía enroscándose en forma de espiral sin cortarse. Esperé a Goni sentado en una silla de la cocina. Nunca había estado antes en esa casa. Goni apareció cuando las manzanas se pusieron marrones. Titubeó un poco al verme allí, como si estuviera sorprendido, pero la señora habló primero y la situación no fue tan embarazosa.

—¡Has llegado, Goni! Tu amigo te espera hace como media hora. Tu padre ha dicho que llegará tarde. ¿Has comido?

—Sí, gracias.

Lo dijo con una cara amable que nunca le había visto antes. Además, su tono fue suave y respetuoso. Sin embargo, en cuanto la señora volvió a la cocina, me habló de la manera brusca y cortante de siempre, como si volviera a ser él.

—¿Qué haces aquí?

—Nada, vine a verte.

Goni respondió con una mueca. Un rato después, la señora nos trajo dos cuencos de sopa de fideos. Goni debía de tener mucha hambre, porque comió haciendo bastante ruido con la boca.

—Viene dos veces a la semana y es muy buena. Al menos, me hace sentir mucho más cómodo que el tipo ese que dice ser mi padre —me dijo bajando la voz.

Todo indicaba que la relación con su padre no había mejorado. Goni vivía bastante lejos del colegio. La casa del profesor Yoon era un ático de lujo en un edificio de apartamentos impecable que daba al río Han. Desde allí se podían contemplar la mayoría de los sitios emblemáticos de Seúl. Sin embargo, Goni decía que no sentía nada en absoluto tan arriba.

Hacía tiempo que padre e hijo apenas se hablaban. El profesor Yoon se había esforzado mucho al principio de la relación, pero ahora prácticamente había renunciado a llevarse bien con su hijo. Con la excusa de sus clases y congresos, casi no estaba en casa. La distancia que los separaba no se había acortado ni un milímetro.

—Ese tipo… —dijo Goni, refiriéndose al padre— jamás me ha preguntado cómo viví todos esos años, qué tipo de vida llevaba, con qué chicos me juntaba, con qué soñaba, qué me daba rabia… ¿Sabes qué fue lo primero que hizo cuando me encontró? Me metió en un colegio de Gangnam. Se habrá creído que allí me convertiría automáticamente en un chico modelo e iría a una buena universidad. Sin embargo, supe desde el primer día que yo jamás podría ser como ellos. Lo pude leer en los ojos de todos los que me miraban. Así que armé un poco de jaleo, je, je. Pero allí no se andan con consideraciones, te lo aseguro. ¡Me echaron en cuestión de días! —exclamó lanzando un resoplido—. Después de eso, me aceptaron a regañadientes en este colegio. Debió de ser un consuelo para él que al menos fuera un bachillerato humanístico y no uno tecnológico. Lo único en lo que piensa ese tipo es taparme con una gruesa capa de cemento y construir encima lo que él tiene en mente. Pero no pienso dejarle… —Se quedó un rato con la vista fija en el suelo y continuó diciendo—: Yo no soy su hijo. Soy un trasto que le llegó por error. Por eso ni siquiera me dejó ver a mi madre antes de que se muriera…

Madre… Cuando por casualidad sonaba esta palabra, Goni se hundía de pronto en el silencio. No importaba dónde fuera, podía aparecer en un libro o que la dijera alguien en una película o en la calle, pero siempre que oía «mamá» o «madre», Goni se interrumpía y se quedaba momentáneamente callado.

Tenía un único recuerdo de su madre: sus manos tibias y suaves. Aunque no era capaz de dibujar su cara, no podía olvidar el tacto de sus dedos tersos y algo húmedos. Recordaba también haber jugado a las sombras chinas con ella bajo el sol. Decía que se acordaba de sus manos cada vez que el destino le jugaba una mala pasada. Para él la vida era como una madre que te suelta y desaparece, dejándote solo y abandonado por mucho que quieras aferrarte.

—¿Quién crees que es más infeliz de nosotros dos? ¿Tú que tienes madre pero es como si no la tuvieras? ¿O yo, que ni siquiera la recordaba, pero apareció de la nada para morirse enseguida?

Yo tampoco sabía la respuesta. Goni se quedó un rato largo con la cabeza gacha y luego dijo:

—¿Sabes por qué iba a verte a la librería?

—No.

—Por dos razones. Primero, porque tú no me juzgas fácilmente como el resto del mundo gracias a esa cabezota rara que tienes. Aunque por culpa de eso hice esa maldita tontería con la mariposa… En fin… En segundo lugar, porque… —

Hizo una pausa y luego lanzó una risita—. En realidad, hay algo que quiero preguntarte. Pero, mierda, me cuesta hacerlo…

Se interpuso el silencio entre ambos. Se oía el tictac del segundero del reloj y esperé a que Goni siguiera hablando. Al final me lo dijo casi en un susurro:

—¿Qué te pareció? Me refiero a ella.

Me costó comprender enseguida lo que quería decirme.

—La viste, aunque fuera una vez.

Rebusqué en la memoria. Me acordé de la habitación llena de flores y de su semblante ceniciento. También que su rostro tenía algo de Goni, aunque en ese momento no lo sabía.

—Se parecía a ti.

—He visto fotos suyas, pero no estoy muy seguro… —Lanzó un resoplido, pero volvió a preguntar—: ¿En qué se parecía a mí?

Esta vez lo dijo mirándome fijamente a los ojos. Yo traté de superponer el rostro que recordaba con el de Goni.

—Pues los ojos, la forma de la cara, la expresión cuando te ríes… Se te achican los ojos y se te forman hoyuelos junto a la boca.

—¡Mierda! —exclamó y volvió la cabeza—. Pero te vio a ti y creyó que eras yo…

—Cualquiera lo habría hecho en su situación.

—Pero ¿no se fijó en si te parecías a ella?

—Todo lo que me dijo te lo decía en realidad a ti.

—Y al final de todo, ¿qué fue lo último que te dijo?

—Lo que hizo al final de todo fue abrazarme. Muy fuerte.

Goni sacudió la cabeza de lado a lado y luego preguntó casi en un susurro:

—¿Fue cálido el abrazo?

—Sí, mucho.

Sus hombros, que tenía muy contraídos, empezaron a relajarse poco a poco. Su cara se arrugó como un globo desinflado. Fue bajándola lentamente hasta sepultarla entre sus rodillas. Luego todo su cuerpo comenzó a sacudirse. No se oía nada, pero estaba llorando. Yo me quedé contemplándolo sin decir nada. Me sentí inútilmente alto mirándolo desde arriba.

47

Nos vimos durante todas las vacaciones. Tumbados en el banco que había delante de la librería, Goni me contó muchas cosas durante las noches húmedas y pegajosas de ese verano. Pero ¿qué sentido tendría escribir aquí todo lo que me dijo entonces? Él había vivido su vida, eso era todo. Una vida de dieciséis años plagada de abandonos, desarraigos y que por momentos se podía calificar también de sucia. Estuve a punto de decirle que el destino era un juego de dados, pero me callé la boca, pues no era más que una frase de libro.

Goni era la persona más simple y transparente que había conocido, ya que hasta un tonto como yo podía saber perfectamente qué pensaba. Solía decir a menudo que el mundo era un sitio cruel y que por eso tenía que volverse más y más fuerte. Era la conclusión que había sacado de esos años abandonado a su suerte.

No nos parecíamos en nada. Yo era demasiado insensible y Goni no quería reconocer que era débil aunque aparentase lo contrario.

La gente decía que Goni era un chico imposible de comprender, pero yo no opinaba lo mismo. Simplemente, nadie se tomaba el trabajo de mirarlo bien.

Recuerdo que mamá me cogía fuerte de la mano adondequiera que fuésemos. Jamás me soltaba. A veces yo la retiraba con disimulo porque me dolía, pero entonces ella fruncía el entrecejo y me decía que me agarrara bien, que debíamos ir siempre de la mano porque éramos una familia. Mi otra mano iba cogida de la abuela. Yo nunca había sido abandonado. Mi cabeza era un desastre, pero mi espíritu no se había corrompido gracias al calor de esas manos que habían aferrado las mías a uno y otro lado.

48

A veces me acordaba de una canción que solía cantarme mamá. Tenía una voz cristalina, pero adoptaba un tono grave cuando cantaba. Se parecía al canto de las ballenas que había visto en un documental, pero también al sonido del viento o al lejano rumor de las olas. Su voz, que siempre me rondaba, se hacía cada vez más imprecisa a medida que pasaba el tiempo. Quizá pronto llegaría el día en que la olvidara. Todo lo que conocía se alejaba rápidamente de mí.

Tercera parte

49

Dora es lo opuesto a Goni. Si Goni quiso enseñarme lo que era el sufrimiento, la culpa y el dolor, Dora me mostró las flores y su aroma, el viento y los sueños. Fue como si escuchara una canción por primera vez. Ella sabe entonar de un modo muy distinto las melodías que todos conocemos.

50

Empezó el nuevo semestre, todo parecía igual en el colegio, pero algo había cambiado. El verde de los árboles, de por sí intenso, se había vuelto más oscuro y se respiraba otro aire. Maduraba la estación y los chicos olían de un modo más penetrante. El verano estaba perdiendo su potencia. Las mariposas casi no se dejaban ver y se podían encontrar cigarras muertas en la calle.

La proximidad del otoño produjo una sutil transformación en mí, un cambio difícil de explicar, casi imperceptible. Empecé a ver las cosas de un modo distinto y muchas palabras que antes usaba sin pensar ahora me daban vueltas en la punta de la lengua.

Eso fue justo lo que ocurrió aquel domingo por la tarde. Veía con Goni en la televisión a un grupo de k-pop integrado por chicas que acababa de escalar al primer puesto del *ranking* a tan solo tres años de su debut. Vestidas con faldas cortas y tops diminutos que apenas cubrían sus pechos, las adolescentes se abrazaban y brincaban de la emoción sobre el escenario. La líder del grupo se puso a agradecer con voz temblorosa a los mánager, al presidente y a los empleados de la compañía productora, a los estilistas y a los miembros del club de fans. Los mencionó a todos de corrido por sus nombres, como si lo tuviera ensayado, y terminó con esta frase trillada:

—¡Gracias por querernos! ¡Nosotras también os queremos!

A mi mamá le gustaban los programas musicales, de modo que era una escena que había visto miles de veces. Sin embargo, ese domingo me surgió una pregunta: ¿se podía usar de ese modo tan fácil el verbo *querer*?

Me puse a pensar en las obras de Goethe y Shakespeare, en las que tantos personajes se afanaban por alcanzar el amor pero morían sin lograrlo; también en los casos policiales que salían en las noticias de gente que acosaba y hacía daño a alguien que había amado porque habían cambiado sus sentimientos; por último, en las historias de aquellos que eran capaces de perdonar por amor.

Hasta donde alcanzaba mi comprensión, el amor era un concepto extremo e imposible de definir que a duras penas se dejaba encerrar en una palabra. Sin embargo, todos decían con demasiada facilidad y frecuencia «Te amo», a veces

solo por el hecho de estar contentos o simplemente porque querían dar las gracias.

Cuando le comenté esto a Goni, lanzó un resoplido, como restándole importancia:

—Uf, ¿quieres saber qué es el amor?

—No te pido una definición, sino tu opinión.

—¿Y cómo lo voy a saber? No tengo ni idea. En ese aspecto, tú y yo nos parecemos —respondió Goni riéndose fuerte y agrandando los ojos.

Era muy típico de Goni el cambiar fácilmente de expresión.

—¡Ah, no es cierto! —se corrigió adoptando un tono áspero—. Tú tuviste a tu abuela y a tu madre. Ellas te habrán querido mucho, ¿no? ¿Por qué me preguntas a mí lo que es el amor?

Después de pasarse varias veces la mano a contrapelo desde la nuca hasta la coronilla, continuó diciendo:

—¿Qué voy a saber yo lo que es eso? ¡Lo que sí me gustaría es hacer el amor!

Lo dijo cogiendo un bolígrafo y apretando varias veces el extremo. La punta se asomó y se retrajo con rapidez.

—¿Acaso no lo haces todas las noches? —le dije.

—Ja, ja, ahora hasta me tomas el pelo, ¿eh? Has progresado, pero lamento decirte que esto no es hacer el amor, sino hacerse una paja.

Lo dijo pegándome un coscorrón en la nuca, pero no me dolió.

—¿Sabes tú lo que es hacer el amor? —me preguntó acercando mucho su cara a la mía.

—Sé para qué sirve.

—¿Ah, sí? ¿Para qué?

Sus ojos sonreían burlonamente.

—Para la reproducción. Es algo instintivo que impulsa el gen egoísta…

Goni volvió a pegarme en la nuca antes de que terminara la frase. Esta vez me dolió un poco.

—¡Ignorante! Tu problema es que sabes demasiado y eso te hace un burro. Escucha bien a tu hermano mayor…

—Yo cumplo antes que tú.

—¿Vas a seguir con tus estúpidas bromas?

—No es broma. Simplemente digo las cosas como son…

—¡Cállate!

Se rio y quiso pegarme de nuevo en la nuca, pero esta vez evité el golpe.

—¡Oh! ¡Muy bien!

—Mejor sigue con lo que ibas a decirme.

Goni se aclaró la garganta con un carraspeo y prosiguió:

—En mi opinión, el amor no sirve para nada. Son unos idiotas los que hablan de él como si fuera algo maravilloso y eterno. A mí no me van esas cosas blandengues. A mí me gustan las fuertes.

—¿Fuertes?

—Sí, quiero ser un tipo duro. Antes de que me lastimen y me hagan daño, prefiero lastimar y hacer daño. ¡Como Alambre!

Había oído ese nombre varias veces, pero no me acostumbraba a él. Me dio un escalofrío y se me quitaron las ganas de seguir escuchándolo.

—Alambre sí que es fuerte. Quiero ser como él —remató Goni y le brillaron los ojos.

Me di cuenta de que Goni no podía proporcionarme una respuesta sobre lo que era el amor, pero no quise preguntárselo al doctor Shim porque supuse que sería una charla de nunca acabar. Me acordé entonces de lo que le había preguntado un día mamá a mi abuela, que dibujaba con mucho afán el ideograma chino «amor»:

—Mamá, ¿sabes qué significa lo que estás copiando?

—Claro que sí —dijo mi abuela abriendo mucho los ojos. Luego pronunció con énfasis y en tono muy solemne—: ¡Amor!

—¿Y qué es el amor? —volvió a preguntarle mamá con ganas de molestarla.

—El descubrimiento de la belleza…

Acababa de dibujar la parte de arriba del ideograma y estaba copiando con mucho empeño la parte del centro que significaba «corazón».

—Mira, hija, estos tres puntos de aquí somos nosotros. ¡Yo, tú y él!

Y, mientras lo decía, terminó de trazar los tres puntos del ideograma «amor». En ese momento no comprendí aquello de que el amor era el descubrimiento de la belleza. Sin embargo, desde un tiempo para acá, aparecía un rostro en mi mente cada vez que me acordaba de esa frase.

51

Traté de dibujar en mi cabeza a la Dora que conocía. Una chica corriendo como una gacela o una cebra… No, estas comparaciones no la describían de manera acertada. Ella era simplemente Dora, la chica que corría. Sus gafas de montura plateada en el suelo, sus piernas y brazos delgados atravesando como un bólido el aire, el sol reflejándose en el cristal de sus lentes, la nube de polvo tras su paso, su mano blanca cogiendo las gafas del suelo y colocándoselas con gesto rápido sobre la nariz al término de la carrera… Esto era todo lo que sabía de Dora.

52

Estábamos reunidos en el salón de actos para la aburrida ceremonia de comienzo de las clases. Aproveché que estaba ubicado un poco lejos del estrado para abrir con sigilo la puerta y escaparme. Oí un ruido y, al darme la vuelta, vi a una chica en el otro extremo del largo pasillo. Se arregló el pelo detrás de las orejas y golpeó un par de veces el suelo con las puntas de los pies. Pensaría que no había nadie mirándola porque se puso a hacer estiramientos. Extendió los brazos y las piernas a todo lo largo y entró en calor poniéndose a saltar en el lugar. De pronto salió disparada y se detuvo en seco con la respiración jadeante a unos pasos de mí. Nos quedamos mirándonos a los ojos por lo menos durante cinco segundos.

Las monturas de sus gafas eran gruesas y de color gris plata mate. Los cristales, redondos y delgados, tenían tantos rasguños que reflejaban los rayos de sol y no dejaban ver bien su expresión. Dora era distinta. No reaccionaba con aspavientos por tonterías como las otras chicas, a veces hasta parecía una anciana por su permanente calma. Con esto no quiero decir que fuese precoz o emocionalmente más madura que las demás. Tan solo era distinta.

Hasta el mes de abril, Dora faltó a menudo al colegio. Si venía, nunca se quedaba a las clases suplementarias o a las horas de estudio nocturnas, por lo que no pudo presenciar el alboroto que armamos Goni y yo a principios de año. En realidad, no parecía interesarle mucho lo que sucedía a su alrededor, puesto que siempre se quedaba sentada en un rincón de la clase con los audífonos puestos. Oí decir que estaba esperando para cambiarse a un colegio que tuviera un equipo de atletismo, pero al final no lo hizo. Casi nunca abría la boca para decir algo y durante las horas de clase siempre estaba mirando el campo de deportes como una pantera encerrada.

Solo la vi una vez sin gafas. Fue en la fiesta de deportes de primavera. Dora participó en la carrera de los doscientos metros como representante de nuestra clase. Como era pequeña y delgada, a primera vista no daba la impresión de ser buena para los deportes.

Dora se ubicó detrás de la línea de salida.

«¡En sus marcas!».

Se quitó de un manotazo las gafas y apoyó los dedos de las manos en el suelo.

«¡Listos!».

En ese instante, le vi los ojos por primera vez. Los tenía almendrados, sombreados por espesas pestañas y con unas pupilas de color castaño dorado como la miel.

«¡Ya!».

Dora corría. Sus largas y fuertes piernas se impulsaban pateando el suelo y levantando una nube de polvo. Corría más rápido que nadie, como una ráfaga de viento fuerte y a la vez ligera. En un abrir y cerrar de ojos, dio una vuelta a la pista. Apenas traspasó la línea de llegada, cogió sus gafas y se las puso sobre la nariz antes de detenerse por completo. Sus ojos misteriosos desaparecieron detrás de los cristales.

Siempre había gente alrededor de Dora. Solía comer en grupo, aunque nunca era el mismo. Si bien estaba casi siempre acompañada, no parecía tener amigos de verdad. De hecho, no parecía importarle mucho con quién comía o volvía a su casa. Muchas veces permanecía sola, pero no porque la marginaran, sino porque sabía estar consigo misma.

53

Mamá abrió los ojos. Ocurrió a los nueve meses de estar hospitalizada. En la clínica dijeron que no era necesariamente una buena noticia. Que abriera y cerrara los párpados no significaba que se hubiera despertado, más bien era un fenómeno parecido a cuando llenaba la bolsa de orina. Todavía tenía puesto el catéter y había que cambiarla de posición cada dos horas. Sin embargo, cuando se despertaba, parpadeaba con los ojos fijos en el techo. A veces hasta me parecía que sus pupilas se movían de un modo imperceptible.

Mamá solía encontrar constelaciones hasta en los dibujos de los empapelados: «Mira allí, esa forma de cucharón es igual a la Osa Mayor. También se ve Casiopea. ¿Buscamos también la Osa Menor?». Me parecía oír la voz estentórea de mi abuela diciendo: «¡Déjate de estrellas, mejor trae agua fresca y rézale a la luna!». La maleza del lugar donde descansaban los restos de mi abuela había crecido mucho la última vez que fui a visitar su tumba. Traté de recordar las risas de ambas, pero solo pude evocarlas con vaguedad, como si estuvieran muy lejos.

Hacía ya tiempo que la librería se había quedado casi sin clientes. Abría la tienda y me colocaba detrás del mostrador cuando llegaba del colegio, pero las ventas eran tan insignificantes que ni merecía la pena llamarlas tales. No podía seguir aprovechándome de la buena voluntad del doctor Shim. Además, sin mamá y la abuela, la librería parecía un sepulcro, un cementerio de libros y letras olvidadas. Tomé entonces una decisión. Había llegado la hora de poner punto final a ese espacio.

Fui a ver al profesor Shim y le expliqué que iba a cerrar la librería, que me quedaría solo con las pertenencias mínimas y que me iría a vivir a un cuarto alquilado. En lugar de preguntarme la razón de mi decisión, el profesor Shim se quedó callado un rato y luego asintió.

La profesora de lengua y literatura que tenía a su cargo el club de lectura enseñaba en tercer curso. Cuando fui a verla a la sala de profesores estaba escuchando con la cabeza gacha al vicedirector. La regañaba porque su clase había sacado la puntuación más baja en el simulacro de la selectividad. Cuando volvió a su escritorio con la cara roja, le pregunté si podía donar algunos libros a la biblioteca. Sin prestarme mucha atención, me dio permiso con un simple movimiento de cabeza.

Había un silencio casi sepulcral en el pasillo de mi curso. Solo faltaban unos días para los exámenes parciales y los chicos no armaban barullo ni siquiera en las horas de estudio nocturnas. Cogí la caja de libros que había dejado temprano esa mañana en un rincón del gimnasio y me dirigí a la biblioteca.

La puerta se abrió con facilidad y oí unos gritos enérgicos como de alguien entrenando. Me dirigí hacia las estanterías de libros y vi a una chica de perfil, que daba saltos intercambiando la posición de sus piernas, que mantenía bien abiertas. El sudor resbalaba por su nariz y el pelo rebotaba sobre sus hombros. Cruzamos miradas. Era Dora.

—¡Hola!

En esas circunstancias, consideré que era cortés saludar primero. Ella paró de saltar.

—Quería donar unos libros —le expliqué, aunque no me lo había preguntado. Acto seguido, abrí la caja.

—Ya se encargarán los chicos del club de libros. Déjalos por ahí.

—¿No eres del club de libros?

—No, yo soy del club de atletismo.

—No sabía que había uno en nuestro cole.

—Sí que lo hay. Aunque no haya ningún profesor a cargo. Yo soy el único miembro.

—Ah… —comenté y puse la caja a medio abrir en un rincón.

—¿De dónde salieron tantos libros?

Le conté que tenía una librería de segunda mano. La mayoría de lo que quería donar eran libros de ejercicios, pues estaban sujetos a los vaivenes de la moda y, salvo que fueran de autores muy conocidos, dejaban de venderse al poco tiempo.

—Pero… ¿por qué estás entrenando aquí y no en el gimnasio? —le pregunté.

—Porque allí llamaría la atención —dijo, y se puso a andar con las manos en la espalda para enseguida darse la vuelta—. Este es el lugar más silencioso del

colegio. Además, casi no viene nadie. Tengo que mantenerme en forma para poder correr.

Cuando la gente habla de lo que le gusta, sonríe y le brillan los ojos sin querer. Exactamente así se veía Dora.

—¿Para qué quieres correr?

No fue una pregunta malintencionada, pero el brillo de sus ojos se apagó al momento.

—¿Sabes que has hecho la pregunta más odiosa del mundo? Ya tengo suficiente con oírla de mis padres.

—Perdona. No quería criticarte, sino saber con qué fin corres.

Dora lanzó un suspiro.

—¿Sabes? Es como preguntarme para qué vivo. ¿Acaso tú vives para algún fin? Vivimos porque estamos vivos, ¿no? Si nos ocurre algo bueno mientras vivimos, nos reímos; y si nos ocurre algo malo, lloramos. Correr es lo mismo. Si llegas primero, te pones contento; pero si no, te quedas con las ganas. Quizá no seas bueno y lo lamentes, pero de todos modos sigues corriendo. ¿Por qué? Porque sí. Del mismo modo que vivimos y respiramos. ¡Porque sí! —dijo alzando un poco la voz al final.

Yo asentí con la intención de tranquilizarla un poco.

—¿Así convenciste a tus padres?

—No, ellos aún se burlan de mí. «¿Para qué quieres correr?», me dicen. «Cuando te hagas mayor, solo vas a correr para cruzar la calle antes de que cambie la luz del semáforo». ¿No es gracioso? Me preguntan para qué corro si no soy Usain Bolt.

Las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo.

—¿Y qué quieren que seas?

—No sé. Antes me decían que, si quería dedicarme a algún deporte, que eligiera el golf, que daba dinero. Pero ahora ni eso. Me dicen que haga cualquier cosa que no los avergüence. ¿Tengo que cumplir lo que ellos me impongan solo porque me trajeron al mundo? Dicen que me arrepentiré si elijo seguir atletismo, pero, aunque así sea, es mi vida, no la suya.

Pareció sentirse mejor después de su perorata porque esbozó una sonrisa. Iba a marcharme cuando Dora me preguntó dónde quedaba la librería. Le indiqué la dirección y también le pregunté para qué quería saberlo.

—Para ir a entrenar allí si no me dejan hacerlo aquí.

54

Mis puntuaciones en los exámenes de simulacro de la selectividad se ubicaban más o menos dentro del promedio general. Matemáticas era lo que mejor se me daba, pero también me iba bastante bien en ciencias naturales y ciencias sociales. El problema era siempre lengua y literatura. Había demasiados sentidos ocultos e interpretaciones que descifrar y las intenciones del autor eran impenetrables para mí. Al final, todos mis intentos de leer entre líneas resultaban erróneos.

Comprender el lenguaje era parecido a leer las expresiones de la cara y los sentimientos de los demás. A eso se debía seguramente que la mayoría de los que tenían las amígdalas del cerebro pequeñas sufrieran de cierto retraso mental. Como es difícil entender el encadenamiento lógico de un texto, no se desarrolla el razonamiento y, por ende, se reduce la capacidad intelectual. Me costaba aceptar que la baja calificación que aparecía en el boletín fuese mi nota de lengua y literatura. Me costaba reconocer que lo que más me gustaba era lo que peor se me daba.

Cerrar la librería no fue una tarea fácil. Tenía que deshacerme de los libros, pero no era cosa de un día. Tuve que sacarlos uno por uno de las estanterías y tomarles fotografías para subirlos a los sitios web de artículos usados, pues era importante mostrar el estado en que se encontraban para poder venderlos. No me imaginé que teníamos semejante cantidad de libros. Tantas ideas, historias, investigaciones y autores que no había oído ni visto nunca… De pronto me sentí muy lejos de ellos. Nunca me había pasado antes. Por el contrario, siempre los había considerado muy cercanos y presentes en mi vida; tanto que bastaba extender la mano para servirme de ellos, como el jabón, la toalla del baño o cualquier otro objeto cotidiano. Sin embargo, ya no era así. Todos esos libros existían en un mundo totalmente ajeno al mío y quizá nunca podría aproximarme a él.

—¡Hola! —me saludó alguien a mis espaldas.

Como si me hubieran rociado con agua fría, se me congeló el corazón. Era Dora.

—He venido a conocer la librería. ¿Puedo?

—Claro. Además, ya estás aquí —le respondí aturdido—. Quiero decir que no es corriente que un cliente pida permiso para entrar. Si esto fuera un restaurante de moda, habría que reservar primero, pero no hace falta, como puedes ver.

Me arrepentí enseguida de lo que acababa de decir porque sonaba a una confesión de que la tienda no iba bien. Sin embargo, debió de parecerle divertido porque lanzó una sonora carcajada. Fue como si miles de cristales de hielo se desperdigaran por el suelo. A continuación, sin borrar del todo la sonrisa de sus labios, paseó la mirada por las estanterías.

—Pero ¿hace cuánto que tiempo que lleva abierto esto? Todavía hay un montón libros sin ordenar.

—No es eso. Es que estoy preparándome para cerrar la librería, aunque suene raro lo de «prepararse».

—¡Ay, qué pena! Te has perdido la oportunidad de tenerme como cliente.

Dora no habló mucho al principio. Se puso a hacer otras cosas, como inflar los carrillos y expulsar el aire de un soplo, o ponerse a golpear el suelo con la punta de la zapatilla. Un buen rato después, como si hubiera llegado el momento adecuado, abrió de nuevo la boca:

—¿Es cierto eso de que no puedes sentir nada?

Era la misma pregunta que me había hecho Goni hacía un tiempo.

—No exactamente. Pero, según los criterios convencionales, supongo que sí.

—¡Qué increíble! Yo creía que casos así solo aparecían en las campañas de televisión para recaudar fondos… Perdón, no he querido ofenderte.

—Está bien, no pasa nada.

—¿Te acuerdas de que me preguntaste para qué corría? Quería pedirte disculpas por enfadarme. He venido para decírtelo. Es que, salvo mis padres, tú has sido el primero en hacerme esa pregunta.

—Ah…

—A mí también me gustaría hacerte una pregunta. Es simple curiosidad, pero ¿qué quieres ser tú cuando seas mayor?

Me quedé un rato sin saber qué responderle. Si no me fallaba la memoria, era la primera vez que me lo preguntaban.

—No sé, nadie me ha preguntado eso antes —le respondí con sinceridad.

—Bueno, pero no hace falta que te lo pregunten. ¿Nunca te has puesto a pensar en eso?

—Es que es demasiado difícil para mí… —dije titubeando.

En lugar de esperar mi respuesta, Dora encontró un punto donde convergíamos los dos:

—Lo mismo me pasa a mí. Me encuentro como sin sueños ahora. Mis padres se oponen tanto al atletismo que ya no estoy segura… Es una coincidencia muy triste, ¿no te parece?

Dora se puso a doblar y extender las rodillas. Parecía que se moría de ganas de correr porque no paraba de moverse. La falda de su uniforme ondeaba como una bandera. Dejé de mirarla y seguí ocupándome de los libros.

—Los tocas con cuidado como si fueran tesoros. Te gustan mucho, ¿no?

—Sí, nos separaremos pronto, por eso me estoy despidiendo.

Dora volvió a inflar los carrillos como un globo y expulsó el aire de golpe.

—A mí no me gustan mucho los libros. No van conmigo porque las letras siempre están quietas en un sitio. A mí me gusta todo lo que se mueve.

Diciendo esto, Dora pasó el dedo por los lomos de los libros. Sonó como si repiquetearan las gotas de lluvia.

—Me gusta que sean libros viejos porque tienen un olor muy intenso, como a hojas secas —dijo riéndose.

Luego se despidió con un «Me voy» y desapareció antes de que pudiera decirle algo.

55

Los rayos de sol de la tarde caían largos y yo volvía a casa después del colegio. El aire era frío y el sol parecía contemplar la tierra desde lejos. Puede también que esté equivocado, que el sol cayera a plomo e hiciera un calor bochornoso e insoportable. De lo que sí estoy seguro es de que acababa de salir del colegio y doblaba la esquina de muros grises cuando de pronto sopló una ráfaga de viento. Las ramas de los árboles se sacudieron con vehemencia y las hojas se estremecieron. Quizá me equivoque, pero no oí las ramas agitándose al viento, sino más bien un rumor de olas. En un instante, el suelo se cubrió de hojas de todos los colores. Todavía no acababa el verano y el sol brillaba en el cielo, pero había un montón de hojas secas a mi alrededor. Naranjas, amarillas y marrones, tapaban el suelo vueltas hacia el cielo como manos entrecerradas.

Entonces vi a Dora, que iba un buen trecho delante de mí. El viento levantaba su pelo arremolinándolo hacia la izquierda. Sus cabellos eran largos, brillantes y fuertes como gruesas hebras de hilo. Empezó a caminar más despacio, pero yo no disminuí la velocidad, así que se fue acortando la distancia entre nosotros hasta que la tuve muy cerca. Había hablado un par de veces con ella, pero nunca la había visto con tanto detalle. Tenía pecas estampadas sobre la tez blanca y entrecerraba los ojos para evitar el viento. Al encontrarse con mi mirada, se le agrandaron los ojos como si se sorprendiera de verme. De pronto, el viento cambió de dirección y los cabellos de Dora se arremolinaron hacia el lado opuesto. La brisa me trajo su olor. Era un aroma que nunca había sentido. Olía a hojas secas, pero también a brotes nuevos de primavera y evocaba en mí las cosas más contradictorias. Seguí avanzando. Ahora casi podía tocarla si estiraba la mano. Su pelo largo me pegó en la cara como un latigazo y lancé un quejido sin querer. Fue como si se desplomara una roca sobre mi pecho. Una roca muy pesada y sofocante.

—Perdona —se disculpó Dora.

—No es nada —le respondí con voz atiplada. Las palabras se me habían atorado en el pecho.

El viento me daba de pleno en la cara y me empujaba hacia atrás, por lo que tuve que acelerar el paso para resistir su ímpetu.

Esa noche no pude dormir. Multitud de imágenes se repetían en mi cabeza como si fueran visiones: los árboles que se sacudían, las hojas multicolores sobre el suelo y el viento arremolinando los cabellos de Dora.

Me levanté de la cama de un salto y salí a la librería. Me puse a dar vueltas entre las estanterías y finalmente saqué un diccionario. Sin embargo, no sabía qué palabra buscar. Me sentía acalorado y el pulso me latía detrás de las orejas y en las puntas de los dedos. Pequeños insectos parecían recorrer mi cuerpo, haciéndome cosquillas de un modo desagradable. Hasta me dolía la cabeza y todo me daba vueltas. Aun así, volví a evocar una y otra vez ese instante en que los cabellos de Dora me tocaron la cara. La sensación que me provocaron, el olor que percibí, la temperatura del aire…

Justo cuando lograba conciliar el sueño comenzó a azularse el firmamento en la madrugada.

56

La mañana siguiente me bajó aquella fiebre, pero en su lugar apareció un síntoma nuevo apenas llegué al colegio. Empecé a ver una especie de resplandor en la nuca de Dora, tanto es así que tuve que apartar la vista de ella. Además, durante todo el día sentí una molestia en el pecho, como si tuviera atravesada una espina.

Ese día al atardecer vino Goni a verme a la librería. No sabía por qué, pero no tenía muchas ganas de hablar con él, ni tampoco podía prestar atención a lo que me decía.

—¿Te pasa algo? No tienes buena cara —me dijo Goni.

—No me siento bien.

—¿Dónde te duele?

—No sé, todo el cuerpo.

Goni me propuso que saliéramos a comer algo, pero me negué. Se pasó la lengua por los labios como si estuviera hambriento y desapareció un rato después. Probé a girar el torso hacia un lado y hacia el otro, pero no podía precisar dónde me dolía exactamente.

Al salir después de cerrar la tienda, me tropecé con el doctor Shim. Me preguntó si había cenado y negué con la cabeza. Hacía ya rato que se había hecho de noche.

Esta vez me llevó a comer fideos de alforfón. «No es suficiente para alguien en edad de crecimiento como tú», dijo, y pidió también un plato de langostinos fritos, pero ni siquiera pude tocarlos. Mientras el doctor Shim comía con parsimonia sus fideos, le conté los síntomas que sufría. Me costaba articular bien las palabras, de modo que tardé el doble de lo normal en pronunciar las pocas frases que dije.

—Creo que es una gripe y ya me he tomado algo —rematé a duras penas.

El doctor Shim se ajustó las gafas y fijó la vista en mis piernas, que no paraban de temblar.

—A ver, ¿puedes darme más detalles?

—¿Más de lo que ya le he dicho? ¿Qué más quiere saber?

—Pues, no sé —dijo riéndose—. Quizá no me lo has dicho todo porque no sabes cómo expresarte, así que explícate con mayor detenimiento. Dime cuándo y cómo comenzaron los síntomas. Por ejemplo, si pasó algo en especial o dónde empezó todo.

Entorné los ojos y traté de remontarme al principio.

—Fue el viento.

—¿El viento?

Como si me imitara, el doctor Shim también entornó los ojos.

—Sí, es difícil de explicar, pero ¿quiere escucharlo?

—Por supuesto.

Tomé una gran bocanada de aire y empecé a contarle de manera pormenorizada lo que había pasado el día anterior. Al ponerla en palabras, la escena quedó seca y sosa: «Sopló una ráfaga de viento, se cayeron las hojas de los árboles, el pelo de Dora me pegó en la cara y sentí un sofoco como si algo pesado me oprimiera el pecho». Era un relato de hechos insustanciales que no tenía pies ni cabeza. Sin embargo, el rostro del doctor Shim se fue suavizando a medida que avanzaba en mi explicación y cuando terminé de hablar me sonreía de oreja a oreja. Me tendió la mano y yo se la acepté sin pensarlo, entonces me la sacudió un par de veces con fuerza.

—¡Enhorabuena! ¡Lo estás haciendo muy bien! Es para alegrarse y mucho. —Y sin dejar de sonreír, me hizo una pregunta que no venía a cuento—: ¿Cuánto has crecido este año?

—Creo que unos nueve centímetros.

—Fíjate, ¡muchísimo! Y así como crece tu cuerpo, también habrá crecido tu cabeza. Seguro que debe de haber cambiado mucho la topografía de tu cerebro. Si yo fuera un neurocirujano, lo comprobaría haciéndote una resonancia magnética.

Sacudí la cabeza. No había sido una experiencia agradable que me tomaran fotos del cerebro.

—Por ahora no me apetece mucho. Preferiría esperar a que las amígdalas crecieran un poco más. Además, no sé si esto es como para felicitarme. Es muy molesto y no puedo dormir.

—Es lo que pasa cuando se siente interés por el sexo opuesto.

—¿Cree que me gusta esa chica? —le pregunté y me arrepentí al instante, pero ya lo había dicho.

—Eso solo lo sabe tu corazón —me respondió sin borrar la sonrisa de su cara.

—Será la cabeza, puesto que es el cerebro el que da las órdenes.

—Aunque así sea, decimos que es el corazón.

Tal como afirmaba el doctor Shim, yo estaba cambiando. Había muchas cosas que despertaban mi curiosidad, pero ya no tenía ganas de compartirlas todas con él. Además, las palabras se me atascaban en la garganta y me embarullaba con las preguntas más simples. Empecé a hacer garabatos en un papel creyendo que así se ordenaría un poco mi cabeza, pero, en lugar de frases, solo escribía una única palabra. Y cuando me percataba de cuál era, arrugaba el papel y me levantaba de un salto.

Aquellos molestos síntomas no cesaron. Es más, empeoraron con el paso del tiempo. Me latían las sienes cuando miraba a Dora y aguzaba los oídos sin darme cuenta cuando oía su voz, sin importar si sonaba lejos o mezclada con otras voces. Mi cuerpo se estaba desarrollando más rápido que mi cabeza, pero lo sentía inútil y molesto como un abrigo en pleno verano. Si hubiera podido, me lo habría quitado de encima de un tirón.

57

Dora venía a verme a menudo a la librería, aunque jamás a la misma hora. A veces aparecía los fines de semana o por la noche. Del mismo modo que los animales presienten los terremotos y los insectos salen a la superficie cuando está por desencadenarse una tormenta, yo sentía un escozor en la columna cuando Dora iba a llegar.

Cada vez que ese cosquilleo me recorría el cuerpo, salía a la calle y sin falta divisaba su cabeza perfilándose en la línea del horizonte. Entonces, como si hubiera visto algo funesto, entraba a toda prisa a la tienda y seguía con lo que estaba haciendo, tratando de aparentar calma.

Dora se ofrecía a ayudarme con los libros, pero cuando encontraba uno que le interesaba se sentaba en el suelo y se ponía a hojearlo durante largo rato. Le gustaban en particular los libros con fotos de paisajes, insectos o animales. Sabía descubrir la belleza en todas las cosas. Encontraba simetrías y el toque maravilloso de la naturaleza en el caparazón de una tortuga, en los huevos de cigüeña o en el juncal de un pantano y exclamaba todo el tiempo: «¡Qué hermoso!». Por supuesto que yo comprendía la frase, pero no podía sentir todo el poder y la vida que contenía cuando ella la pronunciaba.

Terminé de vender la mayor parte de los libros de la tienda avanzado el otoño. Durante todo ese tiempo, Dora y yo hablamos del universo, las flores y la naturaleza, así como de la infinitud del cosmos, de plantas carnívoras que devoran insectos y de los peces que nadan panza arriba.

—¿Sabes? Creemos que los dinosaurios eran todos enormes, pero los había pequeños como un contrabajo. Se llaman *Compsognathus*. Debieron de ser muy monos —me dijo un día Dora con un libro para niños desplegado sobre sus rodillas.

—Era mío. Me lo leía mamá cuando era pequeño.

—¿Te acuerdas?

Asentí. El *Hypsilophodon*, del tamaño de una bañera; el *Microceratus*, grande como un cachorrillo; el *Micropachycephalosaurus*, que tenía unos cincuenta centímetros de largo, y el *Mussaurus*, pequeño como un muñeco de peluche. Me acordaba muy bien de todos esos nombres largos y extraños.

Dora alzó las comisuras de la boca y me preguntó:

—¿Vas a ver a tu madre a menudo?

—Sí, todos los días.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó, tras un momento de vacilación.

—Claro —le respondí sin pensármelo antes.

En la habitación de mamá había un dinosaurio de juguete en el marco de la ventana. Lo había comprado Dora mientras íbamos de camino a la clínica. Ese día fue la primera vez que fui a ver a mamá acompañado de alguien. Sabía que el doctor Shim la visitaba de vez en cuando, pero nunca fuimos juntos. Dora se quedó mirando la cara de mamá con una sonrisa y luego le tomó la mano con cuidado.

—Hola, señora. Soy Dora, una amiga de Yunjae. Es usted realmente muy guapa. A Yunjae le va muy bien en el colegio y goza de buena salud. Espero que pronto lo pueda comprobar usted misma. ¡Levántese pronto!

Dora se retiró con cara seria y luego me dijo en un susurro:

—Ahora te toca a ti.

—¿Qué?

—Haz lo mismo que yo.

—Pero si ella no nos puede oír —le expliqué sin bajar la voz.

—No importa. Es solo un saludo —dijo empujándome un poco.

Me acerqué con lentitud a mamá. Estaba igual a pesar de los meses transcurridos. Me costó mucho abrir la boca porque nunca le había hablado en todo ese tiempo.

—¿Quieres que me vaya? ¿Te dejo solo? —me preguntó Dora.

—No, no hace falta.

—Perdona, no te sientas obligado. Si no quieres…

Antes de que Dora terminara la frase, exclamé «mamá» sin darme cuenta y comencé a contarle en voz baja todo lo que me había ocurrido en aquellos meses. Era increíble la cantidad de cosas que tenía para decirle. No era de extrañar, ya que nunca se me había ocurrido hablarle hasta entonces. Le conté que la abuela había fallecido; que me había quedado solo; que empecé el bachillerato; que pasó el invierno, la primavera, el verano y ya estábamos en otoño; que intenté continuar con la librería, pero que me fue imposible; que lamentaba tener que cerrarla, pero que no le pediría perdón por ello.

Cuando terminé de decirle todo eso, me retiré un poco. Dora me miró y me sonrió. Mamá seguía con los ojos fijos en el techo, pero no me pareció que le hubiera hablado en balde. Se me ocurrió entonces que hablarle a mamá se parecía a hornear bollos y panes para recordar a su esposa como hacía el doctor Shim.

58

Era extraño, pero a medida que crecía mi amistad con Dora, cada vez tenía más secretos para Goni. Por pura casualidad, nunca coincidían en sus visitas a la librería. De todas maneras, Goni parecía andar muy ocupado últimamente porque no se lo veía tan a menudo como antes. Sin embargo, siempre que llegaba, olfateaba algo raro en el ambiente.

—Algo me huele muy sospechoso aquí.

—¿Qué?

—No sé qué es. —Y mirándome muy fijo a los ojos, me preguntaba—: Me estás escondiendo algo, ¿no es cierto?

—Creo que no…

Si hubiera seguido preguntándome, le habría hablado de Dora, pero, cosa rara en él, no insistía y tan solo me decía: «Más te vale».

En esa época, Goni empezó a relacionarse con chicos de otro colegio. Eran chavales muy rudos y algunos habían estado con él en el orfanato. Había uno particularmente notorio al que todos llamaban Bollo Inflado. Al contrario de lo que sugería su apodo, era delgado y alto como un bambú, y tenía las piernas y los brazos flacos como palos. Sin embargo, esos palos terminaban en unas manos y unos pies gordos como bollos inflados. Parecía un muñeco hecho de ramas al que le hubieran clavado grandes bolas de harina en los extremos. En realidad, se había ganado el mote por una razón muy distinta. Se decía que con esas manos y pies enormes «amasaba» las caras de los que le desagradaban hasta dejarlas como bollos inflados.

—Me divierto mucho con esos chicos —decía Goni—. Nos entendemos. ¿Sabes por qué? Porque no me ponen etiquetas ni me dicen que, porque soy así, tengo que hacer así.

A menudo me contaba las cosas chistosas que les había oído decir, pero a mí no me divertían en absoluto. A pesar de todo, Goni no paraba de reírse a carcajadas y de hablar, mientras yo lo escuchaba en silencio.

En el colegio todos seguían con atención el comportamiento de Goni. Cada tanto llegaban llamadas de quejas de los padres y entonces le recordaban que, si volvía a cometer una falta, tendría que cambiarse de centro. En lugar de alborotar, no hacía más que dormir durante las horas de clase. Sin embargo, todos seguían hablando muy mal de él.

—¿Qué opinas? ¿Preparo alguna gorda? Parece que no esperan otra cosa de mí —decía Goni mascando un chicle, como si no le importara en absoluto.

En ese momento creí que hablaba por hablar, pero no fue así. A mediados del segundo semestre, empezó a cambiar y a mostrarse empeñado en obtener un billete directo a su perdición. Como hacía al principio cuando llegó al colegio, si alguien lo miraba, lo cubría de insultos. Se sentaba torcido y cruzando las piernas o se ponía a hacer otra cosa a propósito durante las clases. Si los profesores lo regañaban, fruncía el entrecejo con expresión desafiante y fingía corregir su postura. Al final, los profesores lo dejaban tranquilo para poder seguir dando la clase en paz.

Cada vez que Goni se portaba de aquella manera, sentía una enorme roca sobre el pecho, como cuando los cabellos de Dora me habían tocado la cara. Sin embargo, era todavía más pesada y oprimente, si cabe.

59

A principios de noviembre cayó una lluvia que anunciaba el fin del otoño. Prácticamente ya tenía todo listo para cerrar la librería. Había vendido la mayoría de los libros y solo me faltaba tirar los que quedaban. Iba a marcharme en breve de aquel lugar. Ya había alquilado un cuarto y había acordado con el doctor Shim que me quedaría unos días en su casa antes de la mudanza. Las estanterías vacías parecían decirme que pronto se cerraría una etapa de mi vida.

Apagué las luces y aspiré con fuerza el aire. Era el mismo olor a libros viejos de siempre, pero había algo más. De pronto, relumbró una chispa en mi corazón. Me nació un deseo irreprimible de aprender a leer entre líneas y de comprender los mensajes que querían transmitir aquellos autores. Quería conocer a muchas personas, compartir charlas profundas con ellas y llegar a saber algún día cuál era la esencia del ser humano.

Entonces entró alguien en la tienda. Era Dora. Ni siquiera la saludé, pues quería decírselo antes de que se me olvidara, antes de que se me apagara la chispa del corazón.

—¿Crees que alguna vez podré escribir? Sobre mí mismo, quiero decir. —Dora me miró con curiosidad—. ¿Podrá comprenderme la gente cuando ni siquiera yo mismo me comprendo?

—Comprender… —repitió Dora en voz baja.

De pronto, dio un giro y apareció justo debajo de mi mentón. Su aliento me acarició el cuello y mi corazón empezó a batir como un tambor.

—Oye, tu pulso va muy rápido…

Las sílabas susurrantes que pronunciaban sus labios carnosos me hacían cosquillas en el cuello. Sin darme cuenta, aspiré una gran bocanada de aire y absorbí el aliento de su boca.

—¿Sabes por qué te late rápido el corazón? —preguntó Dora.

—No.

—Porque estoy muy cerca de ti y tu corazón aplaude de alegría.

—Ah.

Nuestras miradas se encontraron, pero ninguno apartó la vista. Sin cerrar los ojos, ella acercó su cara a la mía. Antes de que me diera cuenta, nuestros labios

se juntaron. Los sentí increíblemente esponjosos. Su boca suave y húmeda se apretó aún más contra la mía y respiramos tres veces así, tal cual como nos encontrábamos. Nuestros pechos subieron y bajaron, volvieron a subir y bajar. Y una vez más. Luego agachamos la cabeza al mismo tiempo. Nuestros labios se separaron, pero juntamos nuestras frentes.

—Creo que ahora te comprendo mejor que antes —dijo Dora con los ojos dirigidos al suelo.

Yo también miraba al suelo. A Dora se le había soltado un cordón de la zapatilla y yo lo estaba pisando.

—Eres un chico bueno y como el resto del mundo, pero al mismo tiempo eres muy especial. Esa es mi manera de comprenderte —dijo Dora levantando la cabeza, con las mejillas sonrojadas—. ¿Te parece que esto es suficiente para que yo aparezca en tu historia?

—Quizá.

—¿Qué? ¿Me tomas el pelo? —exclamó Dora lanzando una carcajada.

Luego salió por la puerta dando saltos.

Se me aflojaron las rodillas y tuve que sentarme en el suelo. Mi mente se había quedado en blanco y me latían las sienes a mil. Retumbaba entero como si me hubiera convertido en un enorme tambor. «¡Basta! ¡Es suficiente! ¡Ya me he dado cuenta de que estoy vivo!», era lo que habría querido gritar para calmarme. Sacudí la cabeza varias veces. Todavía tenía demasiadas cosas que aprender en la vida.

En ese instante me atravesó una sensación rara y levanté la vista. Goni estaba al otro lado del escaparate. Nos quedamos mirándonos durante unos segundos sin decir nada, pero él esbozó una ligera sonrisa. Un rato después, se dio la vuelta y desapareció sin prisa.

60

Mis compañeros se fueron de viaje de estudios a la isla de Jeju. Algunos no querían ir, pero ese no era motivo suficiente para no asistir al viaje. Los únicos a quienes dieron permiso para faltar fueron dos chicos que tenían que participar en un torneo y a mí porque no podía dejar sola a mi madre.

Con el colegio vacío, leí todo el día. Un profesor de ciencias que estaba haciendo una suplencia se encargó de verificar mi asistencia. Así pasaron cuatro días hasta que los chicos volvieron a la escuela. Sin embargo, estaban todos inquietos y alborotados.

El incidente había ocurrido el último día del viaje. Durante la noche, mientras todos dormían, había desaparecido el dinero que habían recolectado para tentempiés y golosinas. Los profesores revisaron las pertenencias personales de todos y el sobre con el dinero apareció en la maleta de Goni. Contenía solo la mitad de la suma original. Goni negó haberlo tomado. De hecho, tenía una coartada. Esa noche se había escapado del alojamiento para ir a la ciudad de Jeju y había regresado temprano por la mañana. El dueño del cibercafé donde estuvo testificó a su favor diciendo que había pasado toda la noche jugando a juegos *online* y bebiendo latas de cerveza.

No obstante, todos estaban convencidos de que Goni era el culpable. Decían que quizá había enviado a otro a robar en su lugar o que el dueño del cibercafé era su cómplice. En todo caso, no tenían la menor duda de que había sido obra suya.

Goni no hacía más que dormir tirado sobre su pupitre desde que había vuelto del viaje, como si no le importara en absoluto lo que dijeran de él. Sin embargo, esa misma tarde el profesor Yoon se presentó en el colegio y reintegró la suma que se había perdido. Los chicos no pararon de mandarse mensajes a través del teléfono durante todo el día. No hacía falta mirarlos ni tener mucha imaginación para saber lo que decían.

61

Todo explotó unos días después en la cuarta hora, cuando estábamos en la clase de lengua. Goni se despertó de su sueño y, levantándose de su pupitre con cara de dormido, se dirigió hacia el fondo del aula. Sin prestarle mucha atención, el profesor siguió dando clase. De repente, se oyó a alguien mascando chicle. Era él.

—Tíralo.

El profesor de lengua era mayor y le faltaba poco para jubilarse. Goni no le respondió. En medio del silencio sepulcral, solo el ruido del chicle cortaba el aire como un cuchillo.

—Tíralo o vete de la clase.

Antes de que el profesor terminara la frase, Goni escupió con fuerza el chicle, que dibujó un arco y cayó a los pies de un chico.

—Sígueme —le ordenó el profesor cerrando con estrépito el libro de texto.

—No me da la gana —dijo Goni, pegando la espalda a la pared y apoyando las manos sobre la cabeza—. No puede hacerme nada. A lo sumo, me llevará a la sala de profesores para amenazarme o llamará al cabrón de mi padre para que venga al colegio. Mejor pégueme e insúlteme, si eso lo que quiere. No se reprima. ¿Por qué nadie en este maldito lugar dice y hace lo que piensa de verdad?

El rostro del profesor no sufrió el más ligero cambio. Debía de ser una destreza adquirida tras décadas de enseñanza. Sin inmutarse, se quedó mirando con fijeza a Goni durante unos segundos para luego marcharse del aula. Una marejada de silencio se abalanzó sobre la clase, que quedó a la deriva. Todos agacharon la cabeza y posaron la vista en el libro abierto sobre el pupitre.

—¿Alguno quiere ganarse un poco de pasta? —preguntó Goni en voz alta con una risita sardónica—. ¡Un buen dinerito a cambio de unos cuantos golpes! Os voy a hacer una buena oferta. Por un puñetazo, cien mil wones; si hay sangre, quinientos más; y si hay un hueso roto, dos millones. ¡Vamos! ¿Nadie se anima?

En el aula solo se oía la respiración agitada de Goni.

—¿Por qué os quedáis sentados como si no os interesara? Sé que os tiemblan las manos por unas monedas. ¿Cómo pensáis sobrevivir en este mundo siendo

tan gallinas? ¡Malditos cabrones de mierda!

Gritó con tanta fuerza que el insulto resonó en el pasillo. Temblaba como una hoja. Su boca, que esbozaba una sonrisa inescrutable, estaba visiblemente torcida. Para ser sincero, parecía a punto de llorar.

—No sigas —le dije con calma.

—¿Que no siga? —exclamó Goni con los ojos como ascuas—. ¿Y qué quieres que haga? ¿Quieres que agache la cabeza pidiendo perdón y escriba una carta de disculpa? ¿Me pongo de cuatro patas y ruego que me perdonen? Vamos, ¡dímelo tú! ¿Qué carajo puedo hacer yo? ¡Estúpido de mierda!

No pude responderle nada porque Goni empezó a tirar por los aires todo lo que encontró a su alcance. Las chicas chillaban y los chicos maldecían, creando un coro de agudos y graves que hería los oídos. En un abrir y cerrar de ojos, el aula se convirtió en un caos indescriptible. Las mesas y las sillas se cayeron al suelo; los cuadros y el cartel con los horarios en la pared quedaron torcidos. Parecía que alguien hubiera tomado el aula y la hubiera sacudido como una caja. Sin atinar a hacer algo, todos se quedaron pegados contra las paredes como si se hubiera producido un terremoto. De pronto, se oyó un murmullo. Fue apenas un susurro, pero resonó en los oídos de todos como un grito.

—¡Basura!

Goni se dio la vuelta hacia quien había hablado. Era Dora.

—¡Esfúmate! ¡No nos molestes más y vete al mundo de mierda al que perteneces!

Lo gritó con una expresión completamente desconocida para mí, con los ojos y la nariz torcidos cada uno por su lado, las cejas levantadas, las fosas nasales agrandadas y un extremo de la boca contraído como si se riera, pero temblándole nerviosamente.

Se abrió la puerta del aula y entró corriendo la profesora a cargo de nuestra clase junto con varios profesores. Sin embargo, antes de que pudieran hacer algo, Goni desapareció por la puerta de atrás del aula. Nadie lo llamó ni intentó detenerlo. Ni siquiera yo.

62

Esa misma tarde, Goni vino a la librería. Se puso a hablar sin parar, golpeando en vano las estanterías vacías.

—¡Te he visto! Te creía un robot y bien que te has ligado a una chica, que además te defiende. Fue bastante fuerte oírle decir que me esfumara. No sientes nada, pero todos quieren darte amor. ¡Menuda suerte tienes!

Me quedé de una pieza. Goni sacudió las manos como diciéndome que no me preocupara mientras repetía: «No te achiques».

—Pero déjame que te haga una pregunta —dijo mirándome a los ojos—: ¿Tú también piensas que fui yo?

Por fin sacaba el tema que lo había traído.

—Yo ni siquiera estuve allí.

—Vamos, responde. ¿Crees que fui yo?

—¿Quieres que te hable de probabilidades?

—Sí, de eso. De la probabilidad de que haya sido yo.

—Todos los chicos que estuvieron allí tienen esa probabilidad.

—Pero ¿la mía es la más alta de todas?

Goni asentía con la cabeza y se reía.

—Si quieres que te sea sincero… —dije con lentitud—. No me parece raro que todos piensen que fuiste tú, ya que les has dado suficientes motivos para ello. Es lógico que no se les ocurra otro culpable, excepto tú.

—Entiendo. Es lo que me pareció, por eso no me molesté en repetir que no fui yo. Solo lo dije una vez, pero nadie me hizo caso. No insistí para ahorrarme el trabajo, pero el cabrón de mi padre va y repone ese dinero sin siquiera preguntarme si fui yo. Y eso que debió de haber sido una buena suma. ¿Crees que debería sentirme orgulloso de tener un padre así?

No le respondí y Goni también se quedó en silencio.

—Pero ¿sabes qué? ¡No fui yo!

Dijo la última frase una octava más alta. De nuevo se instaló el silencio entre los dos.

—He decidido vivir como todos esperan que lo haga. Además, es lo que mejor sé hacer.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo he dicho. Quiero volverme fuerte. Lo he pensado mucho. Me refiero a la manera de lograrlo. Estudiar o desarrollar el físico son formas de hacerlo también, pero no van conmigo. Además, ya es tarde. Me he vuelto viejo.

—¿Cómo viejo? —le dije.

Sin embargo, cuando lo miré de nuevo, se me ocurrió que podía ser cierto. Había envejecido.

—Sí, me he vuelto viejo —dijo Goni asintiendo con la cabeza—. Ya no hay vuelta atrás.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté.

—Ya te lo he dicho, voy a volverme fuerte. Lo haré de la manera en que he vivido hasta ahora, de la manera que es más natural en mí. Quiero ser un ganador. Si no puedo evitar que me hagan daño, seré yo quien lo haga.

—¿Cómo?

—No lo sé, pero no creo que sea muy difícil. Así es el mundo al que pertenezco —dijo con una sonrisa sarcástica.

Quise decirle algo, pero Goni ya estaba saliendo por la puerta. De pronto, se dio la vuelta y me dijo:

—Probablemente no nos volvamos a ver. No te doy un beso de despedida, pero sí te dejo esto.

Me guiñó un ojo y levantó con lentitud el dedo medio, esbozando una sonrisa suave y amable. Fue la última vez que lo vi sonreír.

A partir de entonces, se pusieron en marcha los engranajes que terminarían en el horrible suceso.

Cuarta parte

63

Unos días después, se supo que el autor del robo había sido otro chico, el mismo que me preguntó delante de todos a principio de año qué sentí cuando vi morir a mi abuela ante mis ojos. Se dirigió a la sala de profesores y le confesó a nuestra tutora que había planeado el robo. No lo había hecho por el dinero, sino para que la culpa recayera en otro y ver cómo reaccionaban todos. Cuando la profesora le preguntó por qué hizo aquello, respondió sin alterarse: «Pensé que sería divertido».

No obstante, nadie se sintió mal ni lo lamentó por Goni. Culpable o no, tarde o temprano habría liado alguna. Eso era más o menos lo que se decían los chicos por los chats del móvil, como pude leer por encima de sus hombros.

El profesor Yoon parecía demacrado, como si no hubiera comido durante días. Se apoyó contra la pared y, entreabriendo con dificultad sus labios resecos, me dijo:

—Jamás en la vida le he pegado a nadie. No pienso que la violencia sea la manera de disuadir a alguien. Pero ¿sabes? Le pegué dos veces a Isu. No se me ocurrió otra forma de meter en vereda a ese chico.

—Una vez fue en la pizzería, ¿no? Lo vi a través del cristal del escaparate.

El profesor Yoon asintió con la cabeza.

—Sí, llegué a un trato con el dueño del local. Como por suerte nadie salió lastimado, todo se arregló más o menos sin problemas. Ese día metí a Isu a la fuerza en el coche y me lo llevé a casa. No nos dijimos una sola palabra durante el camino ni cuando llegamos. Luego me metí enseguida en mi despacho.

Al llegar a este punto, le tembló la voz.

—Mi vida ha cambiado mucho desde que llegó ese chico. Ni siquiera me ha dado tiempo para afligirme por la muerte de mi esposa. Seguramente ella soñaba con que viviéramos algún día todos juntos, pero lo cierto es que me incomodaba estar bajo el mismo techo que Isu. Aunque me pusiera a leer un libro o me acostara a dormir, no podía dejar de atormentarme pensando por qué había crecido de esa manera, quién tenía la culpa de lo ocurrido…

Se detuvo para lanzar un profundo suspiro.

—Es lamentable, pero, cuando la tristeza es demasiado grande y no se puede hacer nada al respecto, nos dejamos dominar por pensamientos negativos. Eso fue lo que me pasó. Me ponía a imaginar cómo sería todo si él no estuviera conmigo, si nunca hubiera vuelto…

Todo su cuerpo comenzó a agitarse por los sollozos.

—¿Sabes lo que es peor? Llegué a pensar que sería mejor que no hubiera nacido, que no existiera. Sí, te sonará terrible que un padre piense así de su propio hijo. Ni yo mismo puedo creer que te esté contando todo esto…

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y se metían por el cuello de su suéter. Los sollozos ahogaron su voz y ya no pude entenderle. Le preparé una taza de chocolate caliente y se la puse delante.

—Me he enterado de que te hiciste amigo de Isu, que hasta viniste a casa a verlo. ¿Cómo pudiste, después de que se portara tan mal contigo? —me preguntó mirándome a los ojos.

Le respondí de la manera más simple que pude:

—Porque Goni es un buen chico.

—¿De verdad piensas eso?

Yo sabía que Goni era bueno, pero si me pidieran que contara cosas concretas sobre él solo podría decir que me hizo daño. Que destrozó una mariposa. Que les faltó el respeto a los profesores. Que les tiró a los chicos lo que encontró a mano. Así de difícil es comunicar algo con palabras, tan difícil como probar que Isu y Goni eran la misma persona.

—Simplemente lo sé. Goni es un buen chico.

El profesor Yoon esbozó una sonrisa. La sostuvo unos tres segundos, pero se vino abajo enseguida y volvió a ponerse a llorar.

—¡Gracias, Yunjae! ¡Gracias por pensar de esa manera!

—¿Por qué llora?

—Porque me duele en el alma no haber pensado así de mi hijo…, porque me doy cuenta de lo absurdo que es que te esté dando las gracias por pensar así… —dijo tartamudeando por los sollozos.

Antes de marcharse, añadió con voz titubeante:

—Si llega a ponerse en contacto contigo…, ¿podrías decirle de mi parte… que lo que más deseo en este mundo es… que vuelva?

—¿Por qué quiere eso?

—Me da vergüenza decirlo, pero ocurrieron tantas cosas de repente y todas a

la vez que no pude aceptarlas ni reflexionar sobre ellas. Me gustaría que Isu me diera la oportunidad de empezar todo de nuevo.

—Está bien, se lo diré —le prometí.

Me cruzaron muchos pensamientos por la mente. ¿De verdad el profesor Yoon elegiría no tener a su hijo si pudiera dar vuelta atrás en el tiempo? Entonces no lo perdería, ni su esposa enfermaría por la culpa, ni moriría llena de remordimientos. Tampoco se producirían los quebraderos de cabeza que provocó Goni. Sobre todo, él mismo se ahorraría los muchos sufrimientos y carencias que padeció. Sin embargo, pensar de esta manera era absurdo, hacía que todas las cosas perdieran su sentido y en su lugar solo quedara la nada, rala y seca.

Permanecí desvelado hasta la madrugada. Tenía que hablar con Goni como fuera. Tenía que pedirle disculpas por haberme hecho pasar por él ante su madre, por no contarle que había hecho una amiga y, sobre todo, por no haberle dicho que confiaba en él. En él y en su palabra de que no había robado ese dinero.

64

Para encontrar a Goni, la vía más rápida era preguntarle a Bollo Inflado. Sabía que asistía a un colegio ubicado en una zona donde abundaban los locales de diversión y juego. Era incomprensible que hubiera una escuela en semejante lugar, aunque también era posible que hubieran fundado la escuela primero y que posteriormente el área se transformara. Como fuera, me dirigí hacia allí. Era una tarde soleada y divisé a unos chicos con poca pinta de estudiantes fumando a un lado del campo de deportes.

Al cruzar el portón del colegio, un par de ellos me empujaron con el hombro. Les dije que había venido a ver a Bollo Inflado. Era el único que podía saber dónde estaba Goni. Quizá me dijera dónde quedaba ese sitio tan tentador del que Goni me había hablado en la librería, ese lugar que le hacía señas de querer recibirlo con los brazos abiertos.

Bollo Inflado se acercó a mí con lentitud. Su sombra se reflejaba en el suelo todavía más raquítica y larga que su cuerpo. Al tenerlo cerca, vi que tenía las manos, los pies y la cara tan grandes como melones. Hizo una señal con el mentón y los chicos que venían detrás me revisaron los costados y los bolsillos. Tras comprobar que no traía nada, Bollo Inflado me preguntó:

—¿A qué debo el honor de que me visite un estudiante aplicado como tú?

—Goni ha desaparecido. Quizá puedas decirme dónde está. No te preocupes, no pienso ir a contárselo a su padre.

Al contrario de lo que me esperaba, la respuesta de Bollo Inflado fue inmediata.

—Está con Alambre —dijo, encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza un par de veces para hacer sonar los huesos del cuello—. El Goni ese se fue con él. Por las dudas, te aclaro que yo no tengo nada que ver. Alambre es demasiado para mí. Como ves, solo soy un simple estudiante —remató dándose golpecitos en la mochila que llevaba a la espalda.

—¿Y dónde está…? —pregunté sin pronunciar el nombre de Alambre.

—¿Vas a ir a verlo? No te lo recomiendo.

—Sí —le respondí sin más. No podía perder el tiempo parloteando.

Bollo Inflado se tomó su tiempo poniéndose a hacer ruidos con la boca, pero acabó por darme el nombre de una ciudad portuaria que no estaba lejos.

—En una de las callejuelas al fondo del mercado principal hay una zapatería donde hacen zapatos de baile. No puedo decirte más porque nunca he estado allí. Te deseo suerte, aunque no creo que te sirva de mucho.

Bollo Inflado extendió el pulgar y el índice como una pistola, me apuntó a la cabeza pronunciando «pum» con los labios como si me disparara y se alejó caminando como un matón.

65

Antes de que saliera en busca de Goni, Dora pasó por la librería. No dijo nada durante un buen rato, pero abrió por fin la boca para pedirme disculpas.

—No sabía que era tu amigo. Si lo hubiera sabido, no le habría dicho eso. ¡Es que alguien tenía que detenerlo! No me explico cómo pudiste hacerte amigo de un chico así… —añadió bajando el tono de voz.

«Un chico así»… Era lo que todos pensaban de Goni, incluido yo mismo. Le repetí a Dora lo que le había dicho al doctor Shim:

—Quise conocer mejor a Goni para explicarme lo que les había pasado a mamá y a la abuela. Creí que así podría comprender un poco este mundo.

—¿Y pudiste hacerlo?

Sacudí la cabeza.

—Pero comprendí otra cosa.

—¿Qué?

—A Goni.

Dora encogió los hombros y meneó la cabeza.

—Pero ¿por qué tienes que ir tú a buscarlo?

—Porque es mi amigo.

66

El viento que venía del mar olía a sal y a pescado. Era un olor que borraba el frío del invierno y me hacía perder el sentido de la orientación. Empujado por ese viento, me adentré en el mercado. Había una larga cola de gente delante de un puesto conocido por su pollo agridulce.

Bollo Inflado no resultó ser un buen guía. Pregunté en todas partes, pero nadie supo decirme dónde quedaba el local que hacía zapatos de baile. Di vueltas y más vueltas dejándome llevar por mis pies, internándome cada vez más en el enmarañado laberinto de callejuelas.

La oscuridad del invierno me encontró pronto. Cuando me percaté de que caía la tarde, todo quedó en tinieblas como si se hubiera hecho de noche de repente. Percibí un ruido extraño. Parecían chirridos o quizá los gemidos de un cachorro recién nacido. Sobre aquel sonido se superponían voces y risas. Volví la cabeza hacia el ruido y vi una puerta entreabierta. Era de metal. Estaba oxidada y destartalada y se mecía por efecto del viento. Oí de nuevo parloteos y risas. Una sensación extraña me recorrió la espalda. Me esforcé por comprender aquella situación, por encontrar la palabra o frase que la explicara. Me era conocida, ya la había vivido, pero no logré recordar qué era.

En ese instante, la puerta se abrió rechinando y salió en tropel un bullicioso grupo de chicos. Me pegué contra la pared para que no me vieran. Eran de mi edad o apenas un par de años mayores y desaparecieron en la oscuridad. Otra vez me sobrecogió esa sensación tan extraña.

De pronto, atrapó mi atención un par de zapatos de tacones altos que estaba en la entrada. Brillaban espléndidos como bañados en oro. Me acerqué, los cogí y les di la vuelta. Tenían las suelas de piel de color claro y suaves al tacto típicas de los zapatos para bailes latinos. Como señalándome la dirección que debía seguir, justo debajo de donde estaban comenzaba una escalera. Bajé lentamente por los escalones a oscuras y al final me encontré con un montón de cajas de cartón apiladas. Detrás había una pesada puerta atrancada con una larga barra de hierro. Se abría desde mi lado, pero estaba oxidada y me costó bastante retirar la barra. Lo logré a duras penas y empujé la puerta.

Al otro lado vi ante mis ojos un espacio que no podía ser más caótico. Era un sótano sucio, viejo y atiborrado de objetos en desorden. Parecía una suerte de refugio secreto, pero no era fácil suponer lo que sucedía allí.

Oí un ruido y en ese instante nuestras miradas se cruzaron. Era Goni. Estaba acurrucado en el suelo, abrazado a sus rodillas. Era como un bulto pequeño e insignificante. Parecía estar solo y tenía un aspecto que no podía ser más astroso. *Déjà vu!* Esta era la frase que estaba buscando. Pasaron por mi cabeza las imágenes del programa de televisión *Diversión en familia*, el terrible alarido del dueño de la pequeña tienda de dulces, yo perdido en las calles desiertas, mamá arrojándose sobre mí para abrazarme cuando me encontró en la comisaría… Tras un salto temporal, vi caer al suelo a mamá y a la abuela ante mis ojos… Sacudí la cabeza. No era el momento de pensar en esas cosas. Frente a mí no estaba el hijo moribundo del dueño de la tienda de dulces, sino Goni, todavía vivo.

67

Goni abrió los ojos de par en par. Ni en sueños se habría imaginado que aparecería por allí, así que se sorprendió mucho.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Por qué has venido? ¿Cómo has llegado? ¡Mierda! —exclamó a duras penas con voz rasposa.

Tenía la cara llena de moretones y heridas. También lucía muy pálido.

—Fui a ver a Bollo Inflado. No le dije a nadie que venía aquí. Ni siquiera a tu padre —le expliqué.

Antes de que pudiera terminar la frase, Goni cogió una lata vacía de refresco y la tiró al aire. Después de rebotar unas cuantas veces rodó sobre el suelo polvoriento.

—Pero ¿qué te ha pasado? Llamemos a la policía —le dije.

—¿A la policía? ¿Estás loco? ¿Te crees detective? ¡Qué estúpido eres!

Diciendo esto, comenzó a reírse de un modo muy extraño. Con las manos sobre el estómago y echando hacia atrás la cabeza y la espalda, lanzó una risotada demasiado larga y estridente, mientras decía cosas como: «¿Creíste que te lo iba a agradecer?».

—No te rías así. No te queda bien. No parece que te estés riendo —le dije interrumpiéndolo.

—¿Ahora me vas a decir cómo debo reírme? Hago lo que me da la gana y estoy donde quiero estar, ¿por qué vienes a meterte en lo que no te importa? ¿Te has vuelto loco? ¿Quién te crees que eres? No eres nadie…

Sus gritos se apaciguaron. Vi también que temblaba ligeramente. Había cambiado mucho en cuestión de días y una sombra negra se cernía sobre su cara áspera y macilenta. Algo lo había transformado.

—Vámonos a casa, Goni.

—No me hagas reír. ¿Quién carajo te crees que eres? Déjate de estupideces y vete por las buenas. ¡Vete antes de que todo se vaya a la mierda! —rugió.

—Pero ¿qué haces aquí? ¡Mira cómo te han dejado! ¿A esto llamas volverte fuerte? No eres fuerte, solo quieres hacerte el fuerte.

—¡Tú no entiendes nada, estúpido! ¡Cierra esa maldita boca!

Sus ojos se helaron de repente. Se oyeron unos pasos lejanos, pero se acercaron pronto y se detuvieron ante la puerta.

—Te dije que te fueras… —dijo Goni en un susurro arrugando la cara.

Entonces entró aquel hombre.

68

No me pareció un ser humano, sino una sombra gigantesca. Según cómo se mirara, podía ser un veinteañero y al mismo tiempo pasar los treinta. Llevaba una cazadora gruesa y gastada, pantalones de cordero y de color ladrillo y un sombrero de ala ancha. No se le veía bien la cara porque llevaba una mascarilla que le tapaba la boca y la nariz. Aquel tipo vestido de manera tan extraña no era otro que Alambre.

—¿Quién es este? —le preguntó a Goni. Si una serpiente pudiera hablar, esa sería su voz.

Goni se mordió el labio y contesté yo en su lugar:

—Soy su amigo.

Alambre levantó las cejas y se le formaron algunas arrugas en la frente.

—¿Cómo te enteraste de este lugar? Bueno, lo que me importa en realidad es saber para qué has venido.

—Para llevarme a Goni.

Alambre se sentó con lentitud sobre una silla. Su larga sombra se dobló en dos al mismo tiempo que él y la silla chirriaron.

—¿No te estarás equivocando? En creerte un héroe, quiero decir —soltó burlón. Usaba un tono tan suave que, si no fuera por el contenido de sus palabras, hasta podría decirse que era amable.

—Goni tiene un padre que lo espera. Tiene que volver a casa.

—¡Cállate! —me gritó Goni, y luego le dijo algo en voz baja a Alambre, que asintió varias veces con la cabeza.

—Ah, tú eres ese chico… Goni me ha hablado de ti. No tengo ni idea de si existe de verdad esa enfermedad que se supone que tienes, pero ya me parecía raro que no se te cambiara la cara. La mayoría de la gente que me conoce no reacciona como tú.

—Goni y nos iremos de aquí. ¡Suéltelo! —le repetí.

—¿Qué quieres hacer, Goni? ¿Quieres irte con tu amigo?

Goni se mordió el labio, pero enseguida lanzó una risita irónica:

—¡Ni hablar! Ni loco me voy con este enfermo.

—Muy bien. Además, ¿cuánto vale una amistad? No es más que puro palabrerío. Existen demasiadas palabras vacías de sentido en este mundo.

Alambre se levantó de la silla e, inclinándose un poco, sacó algo del pecho. Era un cuchillo fino y puntiagudo. Cada vez que la luz se reflejaba en el filo, relumbraba un destello plateado.

—Alguna vez te he mostrado esto, ¿verdad? También te dije que pronto podría hacerte falta.

Goni se quedó boquiabierto.

—Toma, úsalo —dijo señalándome con el filo.

Goni tragó saliva. Su pecho empezó a bajar y subir agitado.

—Vaya, te has asustado. Es tu primera vez, así que no hace falta que vayas hasta el final. Simplemente juega con tu amigo hasta meterle un poco de miedo.

Alambre se quitó la mascarilla y, con una sonrisa en los labios, se despojó también del sombrero. Se me cruzaron infinidad de rostros por la cabeza, pero no necesité mucho tiempo para darme cuenta de a quién se parecía. Era la cara del David de Miguel Ángel y de otros arquetipos de belleza que había visto en el libro de la clase de Arte. Tenía un cutis marmóreo, los labios rojos, el pelo castaño, las cejas bien delineadas y los ojos profundos y brillantes. Dios había elegido a un ser muy extraño para darle el rostro de un ángel.

69

Alambre había estado en el mismo reformatorio que Goni, pero solo se habían visto unas cuantas veces de lejos. Las historias que se contaban sobre él y lo que había hecho eran tan perturbadoras y comprometedoras que solo circulaban en privado y de boca en boca. Al parecer, había adquirido el apodo de Alambre porque era el material que había usado en su primer asesinato. Goni solía contarme estas y muchas otras cosas que había oído en el reformatorio sobre él con lujo de detalles. Lo hacía como si se tratara de las hazañas de un héroe.

Alambre pensaba que no valía la pena aprender un oficio o formar parte de la sociedad. Había diseñado un mundo distinto en su mente, donde la meta era llegar a extremos a los que nadie se hubiera atrevido antes. A mí no me atraía en absoluto, pero convocaba a su alrededor a muchos chicos como Goni que se dejaban seducir por ese extraño mundo.

—Alambre dice que en nuestro país deberían permitir la tenencia de armas como en Estados Unidos y Noruega para que cada tanto haya tiroteos a mansalva y desaparezca de un manotazo tanta gente inútil, ¿no te parece guay?

—¿Y a eso le llamas ser fuerte?

—¡Por supuesto! Alambre no le tiene miedo a nadie, lo mismo que tú. Yo también quiero ser así.

Era lo que me había dicho Goni un ya lejano día de verano.

70

El Goni que tenía ahora ante mí sostenía un cuchillo en la mano. Oía su respiración agitada como si lo tuviera pegado a mi oreja. ¿Qué iba a hacer con eso? ¿Qué quería probar? Sus pupilas temblorosas brillaban como canicas.

—Déjame que te pregunte una cosa: ¿es esto lo que realmente quieres?

Sin embargo, antes de que acabara de decir la frase, Goni me pegó una patada en el costado. El impacto fue tan fuerte que me estrellé contra la ventana y se cayeron al suelo unos vasos de vidrio que había cerca.

A algunos les gusta alardear de la edad en que empezaron a robar o se acostaron con una chica, o de la razón por la que fueron enviados a un reformatorio. Para ser reconocidos en ese tipo de pandillas, es preciso protagonizar «una buena hazaña» o recibir «una condecoración» por ello. Probablemente Goni había soportado la paliza que le habían propinado porque era parte del rito de iniciación para formar parte de la camarilla de Alambre. Pero, según lo veía yo, todo eso no servía más que para probar lo débiles que eran. Era la expresión de flaqueza de aquellos que admiraban a los fuertes.

El Goni que yo conocía no era más que un chico inmaduro de dieciséis años, un blandengue que se hacía pasar por fortachón.

—¿Es esto lo que realmente quieres? —volví a preguntarle—. Yo no lo creo.

—Cierra la boca —respondió Goni respirando agitado.

—Estoy seguro de que no.

—¡He dicho que te calles!

—Tú no eres así, Goni.

—¡Te voy a…! —gritó Goni casi sollozando.

Quizá me había lastimado con un clavo de la pared porque me corría la sangre por la pierna. Al verme herido, Goni empezó a gemir como un niño. Así era en realidad Goni. No soportaba ver la sangre ni el dolor ajeno.

—¿Ves? Tú no eres así.

—¡Maldita la suerte que tienes de no sentir nada! Yo también… quiero ser así… —masculló Goni entre espasmos.

—Vámonos de aquí —le dije extendiendo la mano—. Este no es tu lugar.

—¡Vete tú, idiota! ¡Yo no te conozco!

Conteniendo el llanto a duras penas, comenzó a cubrirme de insultos. Los soltó como si ladrara, como si esa fuese la única manera de salir vivo de allí.

—¡Basta! —lo interrumpió Alambre—. Ya me estoy aburriendo de este juego de niños.

Luego se dirigió a mí:

—Llévatelo si quieres, pero tendrás que pagar un precio antes. Veo que os une una gran amistad, ¿qué tal si demuestras lo que puedes hacer por tu amigo? —dijo acariciándose el mentón, a lo que Goni se puso blanco como el papel—. Dime, ¿qué harías por Goni?

Su voz continuaba siendo suave y cordial. No se le borraba la sonrisa de la cara y elevaba un poco el tono al final de las frases. Mamá me había enseñado que eso significaba ser amable y simpático, pero era obvio que este no era el caso.

—Haré lo que sea —le respondí.

Pareció extrañarse de mi respuesta porque abrió mucho los ojos y resopló varias veces.

—¿Lo que sea?

—Sí.

—¿No te importaría morir?

Goni masculló un «mierda» por lo bajo. Como si le pareciera divertido, Alambre se enderezó.

—A ver cuánto resistes. Me intriga saber lo que eres capaz de aguantar por tu amigo —dijo sonriendo—. No te culpes si no es mucho. Es la prueba de que no eres más que un chico común y corriente.

Goni cerró con fuerza los párpados y Alambre vino lentamente hacia mí. Yo acepté lo que el destino me tenía reservado.

71

Después todo el mundo me preguntó por qué lo hice, por qué no salí corriendo de aquel lugar. Yo les respondí que hice lo que me resultaba más fácil, lo único que puede hacer alguien que no sabe lo que es el miedo.

Recobraba y perdía la conciencia. Una y otra vez. Como un tubo fluorescente que titila. Cuando la recobraba, el dolor era tan grande que me preguntaba cómo era posible que el cuerpo humano hubiese sido creado para soportar tanto y deseaba con todas mis fuerzas volver a perder la conciencia de nuevo.

A veces también veía a Goni, por momentos de un modo borroso y otras veces muy claro. Mi cerebro debía de estar fallando. Lo vi tan atemorizado que comprendí lo que quería decir «muerto de miedo». Tenía la expresión de alguien que trata de respirar desesperadamente en un lugar sin oxígeno. Así me miraba.

En un momento se desdibujó su cara. Creí que mi vista se nublaba, pero no era eso. Su rostro era un mar de lágrimas. Comenzó a dar alaridos. «¡Basta! ¡No le hagas más daño, por favor! ¡Mejor házmelo a mí!», gritaba Goni sin parar. Habría querido sacudir la cabeza para decirle que no hacía falta que dijera eso, pero me faltaron las fuerzas.

72

Pasaron por mi cabeza los recuerdos de hacía unos pocos meses. Del día que Goni desgarró las alas de la mariposa y fracasó tratando de enseñarme a sentir, del día que no paró de llorar mientras limpiaba los restos de la mariposa destrozada.

—Me gustaría no sentir miedo… ni dolor… ni culpa… —dijo gimoteando.

—Eso no es para cualquiera, Goni. Eres demasiado sensible. Tú deberías ser pintor, músico o algo parecido.

A modo de respuesta, Goni se había reído entre lágrimas.

Entonces era verano, no como ahora, que los quejidos de dolor salían de mi boca como vaho blanco a causa del frío. Entonces estábamos en la plenitud del estío. ¿Alguna vez había sido verano? ¿Alguna vez había sido todo verde, exuberante y pleno? ¿Había sido real lo que habíamos vivido juntos?

Goni solía preguntarme a menudo cómo era eso de no tener miedo y no sentir nada. Aunque me esforzaba por explicárselo, volvía a hacerme la misma pregunta una y otra vez.

Yo también tenía preguntas cuyas respuestas desconocía. Al principio quise saber qué pasaba por la mente del hombre que mató a mi abuela, pero con el tiempo la pregunta se desvió hacia otra dirección, hacia las personas que sabían y pretendían no saber… No sabía qué pensar de ellas.

Una vez fui a ver al doctor Shim a su casa. Un muchacho que había perdido sus piernas y una oreja lloraba desconsoladamente en la pantalla del televisor. Estaban poniendo las noticias de un país en guerra y el doctor Shim miraba las imágenes con rostro impasible. Cuando me oyó llegar, se dio la vuelta y me saludó con una sonrisa amable. Mis ojos estaban centrados en el chico que estaba detrás de su rostro sonriente. Hasta un estúpido como yo podía darse cuenta de que el chico sentía dolor, que sufría por una terrible desgracia que le había acaecido.

Sin embargo, no le pregunté nada al profesor Shim. No le pregunté cómo podía dar la espalda y sonreír cuando alguien estaba sufriendo de esa manera. Ya

había visto a muchas personas hacer lo mismo. Mamá o la abuela también lo hacían mientras cambiaban de canal con indiferencia. «La desgracia que está lejos no es tu desgracia», me había explicado alguna vez mamá.

Supongamos que así son las cosas. Y entonces ¿toda esa gente que se quedó mirando lo que les pasaba a mamá y a la abuela sin hacer nada? Ellos vieron con sus propios ojos lo que sucedía y a una distancia tan escasa que era imposible poner como pretexto aquello de la desgracia lejana. Sin embargo, uno de los miembros del coro se había justificado del siguiente modo en una entrevista: «El asesino tenía una actitud tan violenta que me dio miedo acercarme».

La gente volvía la cabeza no solo ante las desgracias que ocurrían lejos porque no había nada que se pudiera hacer, sino también ante las que ocurrían cerca porque los paralizaba el terror. Podían sentir, pero la mayoría de las veces no hacían nada al respecto; podían solidarizarse, es verdad, pero también se olvidaban con facilidad.

Hasta donde yo podía entenderlo, eso no estaba bien.

Yo no quería vivir de esa manera.

Goni empezó a emitir un sonido extraño. Era grave y vehemente, le nacía desde el fondo del estómago. Parecía el chirriar de un engranaje oxidado o el aullido de un animal. No entendía para qué gritaba inútilmente. «¡Qué tonto es!», pensé, sin poder ponerlo en palabras.

—¿Eso es todo lo que puedes aguantar? Está bien, pero no te arrepientas de tu elección —dijo Alambre mirando con fijeza a Goni.

Acto seguido, Alambre cogió lo que estaba tirado en el suelo junto a Goni. Era el cuchillo que le había tendido hacía un rato. Antes de que pudiera reaccionar, se lo puso debajo del mentón. Sin embargo, no pudo hacerle daño porque el que recibió finalmente la cuchillada fui yo.

73

Empujé a un lado a Goni con todas mis fuerzas y el cuchillo de Alambre se clavó en mi pecho. Goni lanzó un largo grito llamándolo demonio. Alambre retiró el cuchillo y un líquido rojo, caliente y pegajoso se derramó con rapidez de mi cuerpo. Entonces perdí el conocimiento.

Alguien me sacudió el hombro. Era Goni, que me abrazaba sollozando:

—¡No te mueras, por favor! Haré lo que tú quieras, lo que sea…

Goni estaba todo manchado de sangre. También pude ver a Alambre. Estaba tendido bocabajo en el suelo. No sé por qué lo dije, pero le susurré a Goni:

—Pide perdón a todos aquellos a los que has hecho daño. Hazlo de corazón. Incluso a la mariposa a la que le rompiste las alas y a todos los insectos que aplastaste…

Había ido allí para pedirle perdón a Goni, pero le estaba exigiendo que se disculpara.

—¡Lo haré! ¡Lo haré! ¡Por favor, no te mueras! —exclamaba sin parar Goni, mientras me mecía en sus brazos.

En algún momento dejé de oír su voz y se me cerraron los ojos. Como si me transportara una corriente marina, mi cuerpo flotaba ingrávido. Me dirigía hacia los tiempos inmemoriales que había habitado antes de nacer. Como si viera una película, una escena borrosa se fue haciendo cada vez más nítida en mi cabeza.

Es del día que nevó por primera vez aquel invierno, el día de mi cumpleaños. Con el blanco de sus ojos teñidos de sangre, mamá está tirada en el suelo. Veo también a mi abuela. Tiene una expresión decidida como la de una fiera y me grita desde el otro lado del vidrio: «¡Vete, vete, quítate de ahí!». Sus palabras expresaban rabia. Como las que Dora le había gritado a Goni. Querían decir que me esfumara. ¿Por qué mi abuela quiso echarme de allí? La sangre salpica el vidrio. Todo se vuelve rojo. ¿Le dolería tanto como me duele a mí ahora? Aun así, ¿se alegraría de ser ella la que sufre y no yo?

Sentí gotear algo sobre mi cara. Eran las lágrimas de Goni. Estaban calientes, casi quemaban. En ese instante algo explotó en mi pecho. Fue como si estallara un dique y las aguas fluyeran con ímpetu. Algo se había hecho añicos dentro de mí y yo ya no era el mismo.

—Puedo sentir… —susurré.

No sabía si llamarlo tristeza, alegría, soledad, dolor, miedo o júbilo, pero en todo caso era muy fuerte. Tuve arcadas y me invadió un asco insoportable. Fue a la vez una gran experiencia. De pronto, me sobrevino un sueño irrefrenable y se me cerraron los ojos. La imagen de Goni llorando sobre mí se fue desvaneciendo hasta desaparecer de mi vista.

Por fin me había convertido en un ser humano. El problema era que el mundo se alejaba lentamente de mí.

Mi historia termina aquí.

74

Lo que sigue es una suerte de colofón.

Mi alma salió de mi cuerpo y vi desde arriba a Goni que lloraba abrazándome. Pude ver también la estrella que se había rasurado en la cabeza. Me acordé de que nunca me había reído de eso y lancé una sonora carcajada. No recuerdo nada más.

Cuando me desperté, estaba en el hospital. Durante muchísimos días no hice más que dormir y despertar una y otra vez. Tuvieron que pasar varios meses hasta que me recuperé por completo y pude volver a caminar.

Mientras estaba hospitalizado, tuve un sueño que se repitió a menudo. Me encontraba con Goni en el campo de deportes del colegio en plena fiesta deportiva. Caían los rayos de sol sobre nuestras cabezas y nos envolvía una nube de polvo. Hacía mucho calor y ante nosotros se desarrollaba una carrera. Sonriendo, Goni me ponía algo en la mano. Era una canica semitransparente cruzada por una línea roja curva como una sonrisa. La hacía rodar en mi palma y la línea roja cambiaba de dirección, como si riera y llorara a la vez. Era un caramelo de ciruela.

Me lo metía en la boca. El sabor dulce y ácido estimulaba mis papilas. Lo hacía rodar con la lengua y sonaba al chocarse con mis dientes. De pronto sentía un escozor. Un gusto salado y acre, metálico y amargo, me llenaba la boca. Al mismo tiempo, desprendía un aroma dulzón que hacía aletear mis fosas nasales.

¡Pum! Resonaba de pronto en el aire la señal de salida. Salíamos a toda carrera, pateando con fuerza el suelo para impulsarnos. No se trataba de competir, sino de correr. De sentir cómo atravesábamos el aire con nuestros cuerpos.

Cuando abrí los ojos, vi al lado de mi cama al doctor Shim, quien me contó lo que ocurrió aquella noche.

Un rato después de perder la conciencia, apareció el profesor Yoon con la policía en la guarida de Alambre. Habría estado bien que Goni y yo saliéramos de allí por nuestra cuenta y sin la ayuda de nadie, pero no éramos más que unos chavales. Dora había ido a decirle a nuestra tutora que yo había salido en busca de Goni y ella había dado parte a la policía. Los oficiales interrogaron a varios chicos, incluido Bollo Inflado. Después de eso, no había sido difícil dar con el lugar.

Goni había apuñalado a Alambre, aunque no de gravedad. Alambre se había recuperado antes que yo y estaba a la espera de ser juzgado. La lista de sus crímenes era tan larga que no podría enumerarlos todos aquí. Según me contaron después, no se le había borrado aquella extraña sonrisa de la cara en ningún momento durante el juicio, aunque sabía que iba a pagar caro todo lo que había hecho. Ojalá la vida le brinde la oportunidad de dibujar otras expresiones en su rostro.

La puñalada que le había propinado Goni a Alambre había sido reconocida como defensa propia. Goni estaba recibiendo asistencia psicológica, pero al parecer todavía no estaba preparado para verme. El profesor Yoon había pedido permiso en la universidad para dedicarse por entero a su hijo durante un tiempo. Goni seguía sin querer hablar mucho con su padre, pero el profesor Yoon no se rendía y seguía intentando acercarse a él.

Dora había venido varias veces a verme cuando estaba inconsciente y había dejado un sobre para mí. Dada su aversión a la escritura, no contenía un mensaje, sino una fotografía. Era ella corriendo. Tenía las piernas despegadas del suelo y parecía volar por los aires. Se había cambiado a un colegio que tenía equipo de atletismo y había quedado en segundo lugar en la primera competición del distrito en la que había participado. Había recobrado los sueños perdidos. Me imaginé a sus padres sonriendo contentos muy a su pesar.

—Oye, la expresión de tu cara ha cambiado… —me dijo de pronto un día el doctor Shim.

Le conté de la extraña transformación que se había producido en mi mente y mi cuerpo aquella noche.

—Cuando te recuperes del todo, pediré que te hagan una resonancia magnética —dijo entusiasmado—. También haré que te repitan todas las pruebas clínicas. Creo que ha llegado el momento de comprobar cuánto ha cambiado tu

cerebro. A los médicos les gusta poner etiquetas, pero es su manera de comprender y aceptar los síntomas y los pacientes poco corrientes. La mayoría de las veces poner etiquetas es lo más claro y práctico, pero el cerebro humano es mucho más complicado y sutil de lo que parece. Además, yo soy de los que creen que el corazón domina la mente. Quiero decir que quizá tu caso sea simplemente el de un chaval que se ha desarrollado de un modo diferente a los demás.

—¿Será que crecer es cambiar?

—Seguro que sí. En una buena o mala dirección.

Recapitulé los últimos meses que había pasado junto a Goni y Dora y deseé con fervor que Goni cambiara hacia el lado bueno, aunque quizá habría que definir primero cuál era ese lado.

El doctor Shim dijo que debía dejarme un momento a solas porque tenía algo que hacer, pero antes de salir de la habitación titubeó un poco y me dijo:

—Odio arruinar una sorpresa, pero en este caso no puedo aguantarme las ganas de decírtelo. Te adelantaré una cosa: va a venir alguien muy pronto. Te caerás de la cama, te lo aseguro.

Al terminar de hablar, me tendió una carta de Goni.

—Gracias. La leeré cuando se vaya.

Abrí el sobre cuando se marchó el doctor Shim. Dentro había un papel blanco doblado en cuatro y lo desplegué con lentitud. Eran unas pocas frases escritas con letra torpe y apretando mucho el bolígrafo.

> Perdóname.
> Muchas gracias también.
> De corazón.

Me quedé mirando el punto con que terminaba la frase «De corazón». Deseé que ese punto final fuera el comienzo de una nueva vida para mi amigo. ¿Nos volveríamos a encontrar? Esperaba que sí. De corazón.

75

Se abrió la puerta de la habitación. Era el doctor Shim y empujaba una silla de ruedas. Una persona me sonreía de oreja a oreja. Me conocía de memoria esa sonrisa, puesto que la había visto desde que nací.

—¡Mamá!

Mamá se deshizo en lágrimas al oírme. Sin dejar de llorar, no paraba de acariciarme las mejillas y de pasarme la mano por el pelo. En cambio, yo no lloré. Quizá mis emociones no se habían desarrollado hasta ese punto o quizá me había vuelto demasiado mayor para llorar.

Ella se había despertado milagrosamente de su coma mientras yo estaba hospitalizado. Había logrado lo que todos creían imposible, pero su versión de lo ocurrido es diferente. Dice que fui yo quien consiguió lo que todos tachaban de imposible. Yo negué con la cabeza y quise contarle todo lo que había pasado, pero no supe desde dónde empezar. De pronto, sentí que algo mojaba mis mejillas y que mamá me secaba con un pañuelo. Eran lágrimas y fluían de mis ojos. Yo estaba llorando. Y también me reía. Al igual que mamá, no podía parar de reír y llorar al mismo tiempo.

Epílogo

Ha llegado la primavera número diecinueve de mi vida. Terminé el colegio y hace unos meses alcancé lo que se dice la mayoría de edad.

Se oía una canción lánguida por la radio del autobús y los pasajeros cabeceaban adormilados. Al otro lado de la ventanilla se desplegaba la primavera. «¡Aquí estoy! ¡Soy yo!», parecían decir las flores interminables que pasaban ante mis ojos. Iba de camino a ver a Goni. Esta vez no me guiaba ningún objetivo ni quería decirle nada en particular. Simplemente deseaba encontrarme con mi amigo, el chico bueno que todos creían un monstruo.

A partir de este momento, mi historia toma otro rumbo, nuevo e impredecible.

Ni yo mismo tengo la menor idea de cómo será. En realidad, nadie puede saber si una historia terminará en tragedia o comedia. Quizá sea imposible desde el principio clasificar una existencia como una u otra. La vida no hace más que fluir imparable, guardándonos toda clase de sabores.

Yo he decidido afrontar la vida del modo que lo he hecho siempre: tal como viene y en la medida en que puedo sentirla.



Son Won-pyung nació en 1979 en Corea del Sur. Se licenció en estudios sociales y filosofía en la Universidad de Sogang y en dirección cinematográfica en la Academia Coreana de Artes Cinematográficas. Ganó el premio de la crítica cinematográfica de la sexta edición de Cine21 en 2001. Su guión de película *I believe in the moment* ganó el Premio de los Escritores de Fantasía Científica en 2006. También escribió y dirigió varios cortometrajes, entre ellos *Oooh You Make Me Sick* (2005) y *A Two-way Monologue* (2007).

Hizo su debut literario en 2017 cuando su primera novela de larga duración *Almendra* ganó el Premio Changbi de Ficción para Jóvenes Adultos, cosechando inmediatamente reacciones muy favorables por parte de los lectores. Como nueva generación de narradores, escribió su siguiente novela completa, *Nacida en 1988*, que ganó el Premio Literario de la Paz Jeju 4.3. Está activa en el cine y en la literatura como directora de cine, guionista y novelista.

Notas

[1] Además de ser un nombre común de mujer, puede interpretarse también como participio del verbo *jitda*, que significa «escribir», «crear». *(N. del t.)* <<